

Zavaleta Mercado:
Movimiento obrero
González Soriano:
Capitalismo en México
A. Cueva y F. Arauco:
*Sobre la teoría
de la dependencia*
Pesenti:
*Capitalismo actual
y capitalismo de transición*

3
**historia
y
sociedad**

revista latinoamericana de pensamiento marxista



Historia y Sociedad

*revista latinoamericana
de pensamiento
marxista*

Dirección: Roger Bartra y Enrique Semo

Redacción: Raúl Olmedo y Sergio de la Peña

Edición: Guillermina Krause y Blanca Sánchez

Consejo editorial: Fernando Arauco, Arturo Azuela, José Luis Balcárcel, Donald Castillo, Susy Castor, José Luis Ceceña, Sergio Corichi, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Enrique Florescano, Iván García, Enrique González Rojo, Raúl González Soriano, Hugo Gutiérrez Vega, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Pedro López, Arístides Medina, Carlos Monsiváis, Marcela de Neymet, Carlos Perzabal, Gerard Pierre-Charles, Ricardo Pozas, Wenceslao Roces, Américo Saldívar, Adolfo Sánchez Vázquez, Masae Sugawara, Mishiko Tanaka, Raquel Tíbol, Alfonso Vélez Pliego, Pierre Vilar, René Zavaleta Mercado.

In memoriam: David Alfaro Siqueiros, Agustín Cué Cánovas, Luis Chávez Orozco, Enrique Gil-Gilbert, Froylán Manjarrez, Ramón Ramírez Gómez, Mauricio Swadesh.

Corresponsales: Héctor P. Agosti (Argentina), Herbert Aptheker (E.E.U.U.), Manfred Kossok (R.D.A.), N. M. Lavrov (U.R.S.S.), César Augusto de León (Panamá), Jean Piel (Francia), Enrique Ramírez (Cuba), Emilio Sereni (Italia), Jean Suret-Canale (Francia).

3

historia y sociedad

revista latinoamericana de pensamiento marxista

Segunda época, Número 3, ∫∫ Otoño de 1974.

INDICE

- René Zavaleta Mercado: *Movimiento obrero y ciencia social* / 3
- Raúl González Soriano: *Auge y crisis del capitalismo en México. 1950-1971* / 37
- Agustín Cueva: *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia* / 55
- Fernando Arauco: *Observaciones en torno a la dialéctica de la dependencia* / 79
- Vincenzo Vitello: *En memoria de Antonio Pesenti, economista y revolucionario* / 93
- Antonio Pesenti: *El capitalismo actual como capitalismo de transición* / 101
- LA CRITICA / 121

Revista Trimestral

Apartado postal 21-123, México 21, D. F.

Precio del ejemplar: \$25.00

Suscripción anual:

Por correo ordinario, México	\$ 80.00
Por correo aéreo registrado, México	\$ 100.00
Centroamérica, EE.UU. y Canadá . Dls.	11.00
Sudamérica y Europa	Dls. 12.00

Ilustraciones: grabados tomados de Röttger, Ernst y Dieter Klante, *Punto y línea*, Editorial Bouret, París, 1972

Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F.
3,000 ejemplares.

Movimiento obrero y ciencia social

LA REVOLUCION DEMOCRATICA DE 1952 EN BOLIVIA Y LAS TENDENCIAS SOCIOLOGICAS EMERGENTES *

René Zavaleta Mercado

1. Introducción

El obstáculo sistemático de una sociedad atrasada se radica en un momento esencial: su propio conjunto de determinaciones la hace incapaz de volver sobre sí misma, las propias evasiones y fragmentaciones cognoscitivas aquí son como una prolongación del desconocimiento de esas determinaciones, las compensaciones son el principio y el fin de todos sus modos de conciencia y, en general, se puede decir que es una sociedad que carece de capacidad de autoconocimiento, que no tiene los datos más pobres de base como para describirse. Con relación a su propio ojo teórico esta sociedad se vuelve un nómeno.

Puesto que los fenómenos sociales no se muestran sino como objetos erráticos

* Este ensayo fue realizado en el marco del Centro de Estudios Latinoamericanos, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y constituyó una ponencia presentada al XI Congreso Latinoamericano de Sociología (San José, Costa Rica, 1974).

de un sujeto que o no está ahí o no sabe que le pertenece el papel de sujeto, para construir esa unidad de acción que es la confusión sujeto-objeto, puesto que los hechos no son representables ni delimitables y que, por consiguiente no se puede elaborar el *continuum* concreto-representación abstracta-concreto de pensamiento que Marx definió como su método sociológico, por consiguiente, todo conduce aquí a que lo que se pueda producir de inteligencia social se entregue a la construcción de un movimiento voluntarista. La colocación misma del sujeto sociológico intelectual está dada de un modo que está hecho no para conocer sino para no conocer y hasta su propia actividad no es sino una acentuación de la distorsión general. No en balde, en la historia de las ideas sociales latinoamericanas, sus momentos más lúcidos son aquellos en los que su inteligencia se subleva contra el vasallaje consagrado de las ideas europeas, en un arranque autonómico que sería bárbaro si no conllevara el supuesto de que la importación de tales

supuestos que se proclamaban universales, como toda idea ocasional en el decurso del país central, acumulaban las imposibilidades de autoconocimiento y retorcián aún más los márgenes del propio razonamiento local.

A estas alturas es totalmente obvio que la principal contribución sociológica del movimiento obrero boliviano es el estudio de la *crisis nacional general* como método de conocimiento de una formación económico-social atrasada. Es seguro que los ideólogos de la clase obrera de ese momento, es decir, los portadores de la fusión entre la colocación estructural de la clase y su instante de revelación, tenían ya adquirido el concepto de que el marxismo como tal se refiere al análisis de las situaciones concretas; pero, por cierto, es difícil que conocieran o tuvieran en mente (conocimiento actual) lo que es el análisis de la totalidad a partir de la intensificación analítica del "*nudo principal de una situación*", es decir, de su aislamiento como categoría sintética de conocimiento de la totalidad social. Fue el movimiento de la formación económico-social lo que *pidió* el uso de un método que no estaba conscientemente insertado en nadie.

Ahora bien, la crisis es a la vez el desgarramiento y la universalidad. Las clases inertes o receptoras se escinden aquí de la unidad autoritaria, la sociedad se hunde hasta el tope mismo de sus relaciones de producción presentadas de una manera atrozmente desnuda a partir del hundimiento de su superestructura y, por consiguiente, la crisis alcanza a la universalidad de los suje-

tos del ámbito de la crisis, es decir, a todo el alcance político-práctico de la sociedad y no solamente a los grupos integrados a los indicadores por cierto volátiles que se usan comúnmente para medir la participación.

Lo mismo que los individuos con relación a su acontecimiento culminante que es su muerte natural, hecho tan flagrante frente al cual no pueden ser sino lo que son, las sociedades no asisten a su derruimiento como fases sino como lo que realmente son y aquí se olvida su circunstancia de poder, la verticalidad de sus mitos, la inercia de su autoridad. Lo único que actúa es la fuerza material de sus clases, estuvieran o no contenidas en la expresión política de su estatuto previo. Lo que aparece es la desnudez de las clases y no la mediatización de las clases (la crisis es la crisis de la mediación). Las clases pues aprenden las dimensiones de su poder y la eficiencia de su poder *no desde* los análisis previos, que son todos incompletos o presuntivos o totalmente inexistentes, como consecuencia de aquellos límites cognoscitivos de este tipo de sociedades en el momento de su quietud, sino a partir de su práctica; aquello que pueden y aquello que no pueden es lo que son. Aislamos la crisis y a partir de esta condensación o examen pragmático podemos recién evaluar, en lo que es una nueva aplicación de la inversión del método histórico que consiste en la categoría de la serie temporal, también presente ya en Marx, el recorrido previo de las clases y la caracterización de los modos de producción que entran en situación de ca-

tástrofe; es decir, sólo lo posterior explica y contiene a lo anterior. La crisis, por tanto, es el movimiento de estas sociedades y quizá de las sociedades en general. De aquí se derivan las cuestiones del momento del conocimiento social, es decir, de la súbita capacitación del sujeto, que es la clase, para conocer lo que antes le estaba vedado, de la presentación "Ulena" de la sociedad que antes no se presentaba sino en su parte legalmente aceptada pero que sólo ahora se presenta como todo su número y, por último, la crisis como escuela, porque sólo la clase que se ha preparado puede en ese momento conocer lo que le ocurre. De otra manera, como es el caso, el conocimiento será posterior a la perspectiva objetiva del poder. Y como el poder es, en último término, la unidad entre la posibilidad objetiva y la conciencia subjetiva de esa perspectiva, por tanto la crisis se convierte en una escuela. La clase ha avanzado mucho pero ha perdido la ocasión.

2. La matriz del 52

Tomamos pues como punto de referencia la crisis nacional general que se produce en Bolivia en torno a la insurrección popular del 9 de abril de 1952.

En este momento se reconstituyen las clases, cada una de ellas según el carácter de su necesidad, se reformula la totalidad del poder del país y se lo concentra en una medida que no tiene antecedentes en toda la vida republicana. Se está entonces ante una página en blanco. Como no hay ejército, por ejem-

plo, se puede decidir si debe existir uno o no y cuál es la forma que debe adoptar. Pues las influencias regionales clásicas no pesan en el nuevo poder, se puede resolver dónde se intensifican los esfuerzos de inversión para el desarrollo de la economía, etc. Configura todo ello un momento de *disponibilidad general* pero ello condicionado por dos aspectos o núcleos de atención en el análisis, que no pueden ser borrados: primero, que la propia dispersión o aniquilación o esfuminación del bloque previo de poder, que es algo distinto de un mero desplazamiento o ampliación no implica por fuerza la sustitución del tipo de Estado existente o sea que la continuidad de un mismo proceso capitalista puede contener varias revoluciones burguesas y no una sola o sea que una nueva clase burguesa destruye y sustituye a la otra, con lo que se cumple el requisito del carácter revolucionario, que está además confirmado por su tipo de alianzas, lo cual es posible, por otra parte, debido a la modalidad regresiva del bloque anterior, que impide la unificación de la burguesía en el seno del Estado;¹ segundo, que el tipo de pugnacidad que se instala en el seno de la revolución burguesa triunfante, no solamente entre las clases del pacto revolucionario sino aun en su extensión hacia las contradicciones dentro del núcleo que no tarda en hacerse monopolístico del nuevo aparato estatal, germen de

¹ Para el tema del 9 de abril del 52 es útil ver los libros de L. Peñaloza, A. Selme, H. Roberts, A. Barrenechea. Asimismo artículos de A. Céspedes, R. Zavaleta *et al.*, y colecciones diarios de *La Nación*, *Combate*, *En Marcha*.

la burocracia, resultan decisivas para señalar la manera de todo el desarrollo ulterior del proceso.

En todo caso, con lo que esto tiene de necesariamente provisional, es por estas razones que estudiar las actuales tendencias sociológicas que se dan en Bolivia es algo que debe hacerse a partir de ese momento. La desigualdad básica del desarrollo ideológico es algo que conviene tener en cuenta. Aunque el horizonte de visibilidad está dado por el año 52, sin embargo lo que allá no aparecía sino como un matiz, puede verse ya en forma, es decir, cuerpo bien delineado, en 1974, así como lo que pudiera parecer una adquisición invulnerable de ese momento, la libertad de las clases en el seno del Estado democrático, por ejemplo, puede extinguirse y hasta la propia clase, a la vez que acumular sus formas de conciencia, puede *recordar* un momento de su atraso, etc. Se requiere pues una estimación sintética o estructural del proceso, que no puede servir a secas a la línea de la sucesión cronológica y que en cambio ha de optar por el aislamiento de coyunturas para la obtención de categorías de desarrollo.

3. La carga ideológica (el MNR)

El MNR es en la práctica de aquel momento el monopolista del movimiento democrático e incluso los sectores no movimientistas se veían en el caso de expresarse al través de los accidentes o hendidias del poder titular de este partido que, en su extensión, no podía sino

manifestar a la vez su pluralidad o policlasismo. Veamos cuál era, en términos gruesos, su carga ideológica o herencia:

a) Es un partido formado en lo básico en torno a la crítica de la oligarquía de empresarios mineros y terratenientes, crítica hecha desde los sectores de la pequeña burguesía urbana, en principio. Como es un país en el que el bloque oligárquico, la rosca, gobierna directamente por medio de sus funcionarios y no por medio de los funcionarios del Estado, la crítica de la oligarquía se convierte de inmediato en crítica del Estado, del sistema estatal en su conjunto. Es decir, la crítica empírica de la clase dominante se vuelca a la crítica genérica del Estado. La pequeña burguesía o burguesía potencial está pugnando en este momento por la ampliación burguesa, por la expansión de la clase dominante, pero se da cuenta muy temprano de que tal cosa no es posible sin la destrucción de la clase actualmente dominante. No se puede hacer crítica de clase a la clase dominante sin el reconocimiento derivado de las clases dominadas y, por consiguiente, la construcción de la alianza con los demás sectores oprimidos, que le sirven de catapulta, coincide con la transformación del proletariado en *clase política* en la década de los 40 y del campesinado en la del 50. La crítica de la oligarquía convocaba de facto a una democratización del sistema político.²

² Cfr. sobre todo *La calle*. También v. Paz Estenssoro, *Proceso y sentencia a la oligarquía en Bolivia*; J. Cuadros Quiroga, *Cuarenta años de vida perdularia*, etc..

b) La destrucción del aparato ideológico del Estado oligárquico. Esto arranca del correlato nacionalismo-indigenismo. El pacto entre el MNR, cuyo programa tiene un violento sentido xenóforo,³ que hablaba de fundarse en la raza mestiza, con la logia militar RADEPA (Razón de Patria)⁴ tiene este contenido. Se trataba de un llamamiento de corte plebeísta, adecuado al tipo de movilización que se proponía el movimiento.

En el gobierno de Villarreal se actualiza, como decisión de gobierno, la polémica Tamayo-Arguedas,⁵ que databa de 1910 y que a su turno provenía de la más antigua entre Rafael Bustillo y Juan Bautista Alberdi.⁶ Se edita el libro de Tamayo *La creación de la pedagogía nacional*, que se convierte en una suerte de evangelio de los militares nacionalistas. Es una tesis racial-indigenista, es decir, la raza vista como motivación por el sector oprimido más extenso del país, pero la fuerza formidable que tenía el planteamiento en lo intelectual, en un país con un contenido indígena tan vigoroso como Bolivia, no podía sino alcanzar un gran reclutamiento.

Esto pertenece, como es natural, a lo

³ *Programas políticos de Bolivia*, M. Rolón Anaya.

⁴ *El presidente colgado*, A. Céspedes.

⁵ Cfr. F. Tamayo, *La creación de la pedagogía nacional*, A. Arguedas, *Pueblo enfermo*, B. Saavedra, *La democracia en nuestra historia*, etc.

⁶ Lo de Alberdi está todo publicado. Los folletos de Bustillo sólo en el archivo de la Biblioteca Nacional en Sucre, Bolivia, pero también su correspondencia en el Public Record Office, de Londres.

que se puede llamar el aparato mítico de la movilización democrática en su momento más atrasado pero tratar de encontrar en *La creación de la pedagogía nacional* una explicación científica del proceso democrático sería tan absurdo como tratar de explicar la unidad alemana a partir de los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, aunque posiblemente ni el 52 ni la unidad alemana habrían sido posibles sin esta suerte de convocatorias irracionalistas y eficaces. Por lo demás cumplen una función parecida a las discusiones sobre la religión que Engels describe como una traducción esotérica de más auténticas exigencias revolucionarias en el campo político; en la primera época de la izquierda alemana. Los bolivianos de ese tiempo discutían como raza lo que en realidad pensaban como clase y este tipo de incentivos patentizantes les eran imprescindibles para llegar al tiempo en que ya no fueran necesarios. Después del 52 la consigna racial ya habrá quedado atrás. A ellos les parecía que el dato más íntimo de reconocimiento de lo nacional era el ser material, cuyo modo humano era la raza; pues el fin que se proponían era lo *nacional*, la nación.

Otro aspecto igualmente relevante de la destrucción del aparato ideológico del Estado oligárquico fue la revisión histórica. Aunque no vale la pena entrar en detalles, es evidente que el carácter de guerra agraria que tuvo el extenso fenómeno de las republiquetas, las contradicciones entre los azogueros y la Corona o entre los dueños de obrajes y los comerciantes de Buenos Aires

o la lucha de clases en torno a la movilización popular de Manuel Isidoro Belzu y la contrarrevolución de Melgarejo, su recreación de la clase latifundista en base al reparto de las tierras de comunidades, el gran movimiento agrario de los Willka, que engendró y que remató en el movimiento campesino de Zárate, en la Guerra Federal de 1899,⁷ en fin, el papel de las masas en general en la historia de Bolivia era sistemáticamente encubierto por la historiografía oficial. Montenegro hizo esa revisión que fue completada para el siglo xx por Augusto Céspedes, ambos ideólogos básicos del MNR.⁸

c) En la contigüidad de una temática con la otra, es obvio que el indigenismo concebido como lucha entre las clases nacionales contra la casta extranjera (el propio descendiente del español, en cuanto clase dominante, era considerado por el MNR como un extranjero), no podía sino traducirse en un programa agrario. La combinación entre el razonamiento indigenista y la movilización campesina, que es anterior al 52, hacía inevitable la revolución agraria y la consiguiente destrucción de los terratenientes señoriales clásicos.⁹

⁷ En esto la bibliografía es extensa. En lo básico G. R. Moreno, Alberto Gutiérrez, Quintín Quevedo, Rigoberto Paredes y el gran libro de Ramiro Condarco, *Zárate el temible Willka*.

⁸ Cfr. Carlos Montenegro, *Nacionalismo y colonización*, Augusto Céspedes, *El dictador suicida y El presidente colgado*. Los artículos de Céspedes sobre el liberalismo (v. *La Nación*) resultan fundamentales. También S. Almaraz, *El poder y la caída*, J. Albarra-cin, etc.

⁹ Hay indicios de ello, por ejemplo, en la discusión entre Tamayo y Paz Estenssoro,

Pero la lucha de clases, *crux* del éxito del movimiento, no en el sentido de la posición marxista, "*que se siente clase en vez de sentirse nación*",¹⁰ sino entendiendo la historia de Bolivia como la contradicción antagónica entre la nación, es decir, las *clases nacionales*, la plebe considerada en su hecho de conjunto, y la oligarquía extranjerizante o extranjera ella misma, la oligarquía o la antinación o antipatria. La propia clase obrera era tomada por Montenegro, por ejemplo, como la dirigente de las clases nacionales pero sin destino al margen de su fusión con las demás clases nacionales. Aquí está el concepto de que "*la oligarquía impide la unidad del pueblo*",¹¹ pero después de la oligarquía el pueblo es uno, supuesto populista que es la base del policlasismo del MNR lo cual, si no hubiera llegado a producirse la falla por el polo proletario, debió haber sido el asiento o soporte de la futura burocracia estatal.

d) *La fuente proletaria*. La imbricación MNR-clase obrera es, en el principio, un dato fáctico. Simplemente nacen juntos a la política y el MNR, es por ejemplo, el creador de la Federación de Mineros (la FSTMB) que es hasta hoy el centro organizativo principal del proletariado. Como el MNR era, en la práctica, la federación de todos los grupos antioligárquicos, es evidente que los obreros, en aquel momento del desarrollo de su clase, se movían con soltura dentro del MNR y no encontraban

en la Cámara de Diputados, sobre la cuestión agraria. También sobre el trigo, v. Paz Estenssoro, *Discursos parlamentarios*.

¹⁰ Cfr. C. Montenegro, *Documentos*.

¹¹ *Ibid.*

nada en su vida diaria que los empujara a diferenciarse del MNR.

Sin embargo, la historia de los obreros en el MNR será la historia de su creciente diferenciación con el propio movimiento democrático en general; la lucha por conservar su identidad dentro del lugar de su alianza con las otras clases será a la vez lo que configure la construcción de su independencia de clase. Eso se funda, en primer término, en ciertos logros programáticos internos, como la Tesis de Pulacayo, que es aprobada en 1947, bajo la indudable influencia trotskista. Pero un programa avanzado no garantiza todavía una avanzada práctica de clase. Se funda, en segundo lugar, y de una manera más importante, en el hecho de que el proletariado resulta un caudillo automático, una clase más eficaz, penetrante y organizada que cualquiera otra incluso dentro del pacto democrático; resulta, en consecuencia, de su propio *poder de hecho*, que sale a la luz en los grandes acontecimientos de 1952.

e) El *antimperialismo*, que pasa de ser una retórica heredada de la reforma universitaria a un análisis de situaciones concretas a partir de la revisión de la cuestión del Chaco en la que, sin duda, juegan un papel fundamental la *década infame* argentina y el imperialismo inglés. Montenegro, por ejemplo, que fue quizá el hombre más influyente en la formación ideológica del MNR, tiene un papel muy notorio en la nacionalización de la Standard Oil en 1937.¹² La lucha posterior contra los lla-

mados "*precios de democracia*"¹³ para los minerales bolivianos y el no reconocimiento de Villarroel por los Estados Unidos, aparte de la doctrina Rodríguez Larreta y el Comité Guani, organizados para acosar a los regímenes de Perón y Villarroel, dejan una tradición antinorteamericana en el MNR; pero es una tradición que será rápidamente relegada a los pujos de la violenta lucha de clases desatada en 1952. El imperialismo entonces, con la actitud pragmática que adopta Eisenhower, se convierte en una amenaza mediata en su cotejo con el inmediato acoso del movimiento obrero.

Estas son no sólo las influencias en general sino también el orden de influencias en la creación de este movimiento.

4. El Estado del 52

El Estado burgués se constituye entonces antes que la burguesía; pero hay que distinguir entre la necesaria dependencia relativa de la fase de la clase obrera respecto de la fase del Estado burgués y la falacia que supone que el desarrollo del proletariado corresponde al desarrollo de la burguesía. Con ese recaudo, distinguimos cuatro fases dentro del ciclo del MNR o si se quiere del Estado del 52, que es el que estamos viviendo todavía:

a) *Fase de la hegemonía de las masas*. Aquí el proletariado es la clase dirigente del proceso democrático-bur-

nazi, en *Discursos parlamentarios*, de Paz, y *El presidente colgado*, de Céspedes.

¹³ Cfr. La calle.

¹² Cfr. C. Montenegro, *Bolivia contra el oro de la Standard*. También *El putsch*

gués. El aparato represivo es el pueblo en armas; el ejército ha sido disuelto en la batalla del 9 de abril. La oligarquía es reprimida en cuanto clase y la represión en gran medida está en manos de las propias masas. El proletariado, aunque no ha asumido todavía el carácter de clase para sí, impone o ejecuta por sí mismo el carácter radical de las medidas adoptadas en cuanto a la nacionalización de los capitales extranjeros en la minería y la revolución agraria. Es la clase obrera la que arma a las demás clases del pacto democrático y la que las organiza. La organización de las masas es la principal adquisición democrática de este período.¹⁴

b) *Fase semibonapartista del poder.* Este es el momento que mejor se aproxima al modelo estatal concebido en el proyecto del MNR. Aunque fue pensado como un estatuto de largo plazo, a la manera del sistema mexicano, no obstante, la autonomía relativa del Estado emerge aquí como un cruce ocasional o forma de tránsito; una correlación de modos de producción en flujo y la propia articulación atrasada de un modo de producción con el otro ofrecen una base impropia para la práctica real de la ilusión teórica de la autonomía del Estado. No obstante, esta independencia relativa, inmediatamente circunstanciada, se expresa en la aparición del subfenómeno de la mediación. La burocracia lechista actúa como mediación con relación a una clase obrera en situación del reflujo, los ca-

ciques se han convertido en intermedios con el campesinado, que domina el territorio y el propio Ovando, que es el agente de la reorganización del ejército y por consiguiente el jefe titular de la burocracia estatal militar, es un mediador con relación al ejército. Se negocia ya con el imperialismo aunque todavía desde una posición de cierta fuerza y autodecisión que se basan en las masas.¹⁵

c) *Fase militar-campesina.* Aquí es ya importante el desdoblamiento en el seno de la burocracia. Como la autonomía relativa es un paso cualitativo o ascenso de la unidad de la burguesía, allá donde no existe la unificación estatal de la burguesía (que es impensable aquí porque la burguesía no existe ante sí, no está sino en el arranque de su acumulación misma), tampoco hay unidad de la burocracia estatal. En todo caso, la burocracia que surge como soporte del nuevo Estado en la suma de sus órganos, se alía con el sector más atrasado, satisfecho y estático de las masas, bajo la dominación directa del imperialismo. La presencia semicolonial de los norteamericanos en el aparato represivo del nuevo Estado es un dato impactante de la modernización de ese aspecto represivo. Los mecanismos de mediación sobreviven todavía pero el concepto mismo de mediación está siendo rápidamente sustituido por el de control estatal. La ruptura política entre la burocracia civil y el proletariado minero, que queda momentáneamen-

¹⁴ Cfr. G. Lora, *La revolución boliviana*, E. Ayala Mercado, *Defensa de la Revolución de abril*.

¹⁵ Cfr. Sergio Almaraz, *Requiem para una república*; R. Zavaleta Mercado, *Formación de la conciencia nacional*.

to aislado, es montada por la inteligencia imperialista y facilita la emergencia de estas fases conservadoras del nuevo aparato.¹⁶

d) *Fase militar-burguesa.* La burguesía ya se ha reconstituido como clase, es decir, se ha constituido como clase política en su nueva extensión, y la derecha militar se ha enlazado con ella. La mediatización en el campo es en ciertos sectores lo suficientemente estable como para que se abandone el pacto militar-campesino o los sectores campesinos que se rebelan como resultado del nacimiento de nuevos apetitos democráticos siguen la misma suerte que la clase obrera o sea que se ejerce una dictadura frontal sobre la clase obrera y sobre todos los sectores que sigan a su descontento. Todos los sectores propiamente estatistas han sido desplazados.

5. Condiciones del cambio de fase

Desde luego, no es el objeto taxonómico lo que aquí interesa sino la adopción de perímetros de análisis. Cuando los fenómenos sociales ocurren sobre masas en movimiento no sólo los codos de ruptura sino los propios cambios de acentuación no pueden ocurrir sino por medio de golpes de mano o imposiciones bruscas desde el lugar social donde se asienta el poder real. En efec-

¹⁶ V. *El nacionalismo revolucionario contra la ocupación extranjera*, manifiesto de la Resistencia, etc., S. Almaraz, *Requiem*, así como todo el llamado Foro sobre el Gas, realizado en Cochabamba, en noviembre, 1967.

to, no se puede concebir, por ejemplo, la sustitución de la fase a) por la fase b) sin que se produzca un codo de ruptura o desgarramiento, que está dado por el desplazamiento del aparato represivo del Estado del pueblo en armas al ejército reorganizado. Se da un cambio de carácter de clase en el aparato de Estado burgués; no es ya el proletariado el que encabeza la revolución burguesa sino la burocracia que, defensivamente, opera como conjunto. Es un golpe de Estado dado por la burocracia contra el proletariado.

El desbaratamiento de las fases siguientes, como contraparte, implica solamente la subrogación de hegemonías de las fracciones dentro de la burocracia, como administradora del poder estatal burgués o de la burguesía misma que ensaya su poder directo unificado contra la burocracia y el proletariado. Pero es una linealidad expositiva. Con Torres, por ejemplo, el proletariado ensaya ya su retorno al estatuto del 52, en condiciones que han sufrido sus naturales mutaciones y, en cambio, la burocracia militar intenta restablecer el momento semibonapartista, con la consecuencia de ser vencidos ambos. Pero no es un solo proyecto el que se derrumba sino dos: sólo la derrota los une, cada uno es vencido en su propio propósito.¹⁷

6. La teoría de las etapas

La propia discusión en torno a las primeras fases dentro de la revolución

¹⁷ Cfr. *Masas, Unidad, Vanguardia, Causa Obrera* (periódicos).

burguesa, el examen provisional de sus resultados, tiene como efecto la creciente diferenciación entre la tendencia sociológica burguesa y la tendencia sociológica proletaria. Para la clase obrera, por ejemplo, una pregunta capital era aquella que se refería a por qué hay hegemonía proletaria en 1952, una hegemonía automática, no preconcebida en concreto por nadie y por qué se produce la pérdida de hegemonía.

La prueba de que la clase siente como insuficiente una explicación subjetiva de dicha pérdida está en que sus dirigentes, los que presuntamente habrían entregado el movimiento de masas, no son desplazados. En una clase menos cautelosa, la división del movimiento obrero habría sido en esa coyuntura un hecho inevitable. Aquí, por cierto, hay una temprana conciencia de que la clase debe moverse siempre como *toda la clase* o sea de que, como dice el Manifiesto Comunista, los sectores avanzados del proletariado "*no tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado*", que el proletariado, en suma, debe vivir como conjunto su propio atraso y su propia evolución. La condición natural es la existencia de la democracia proletaria, es decir, la democracia de la clase para sí misma, la lucha ideológica en el interior de la clase.

En segundo término, como derivación, viene la crítica de la teoría de las etapas y su consecuencia, que es la asunción de la tesis de mayoría general.

Se sabe de dónde viene, en Bolivia, la teoría de las etapas. La descripción más clara de esta posición sigue sien-

do hasta hoy la esbozada por el teórico del MNR Walter Guevara en su documento Manifiesto a los electores de Ayopaya,¹⁸ aunque no es la única ciertamente. Guevara postula allá de un modo específico que la revolución burguesa debía cumplirse a plenitud en el país para que fuera posible después plantearse la revolución socialista. Guevara, en lo que será en lo posterior una práctica política muy generalizada en Bolivia, aplica la jerga y las propias categorías del marxismo a una postulación propiamente burguesa; es explicable, por otra parte, que en el mismo Guevara la posición de las etapas lo condujera, en el momento del paso del proletariado de clase hegemónica a clase complementaria del poder, a postular, con menos rigor aún que en el Manifiesto, que la dirección de la revolución correspondía a la clase media, situándose a la derecha de la propia burocracia estatal.¹⁹

La implicación de las tesis de Guevara abarcaba, sin embargo, a todos los sectores no proletarios del régimen. Era un supuesto de ellas el advertir que el propio desarrollo de las fuerzas productivas, tácito en el impacto revolucionario, convocaba a un desarrollo conjunto, paralelo e intercorrespondiente de la burguesía y el proletariado y que debía hablarse por tanto de *revolución nacional*.

La crítica de la teoría de las etapas

¹⁸ Cfr. W. Guevara Arze, *Manifiesto a los electores de Ayopaya*, Cochabamba, 1944.

¹⁹ Cfr. *Clase media y revolución nacional*, conferencia de Guevara. Réplicas de Ayala, Zavaleta, etc., en 1960, *La Nación*, *El Diario*.

suscita varias conclusiones sumamente útiles para el conjunto de ideas que designamos como sociología de la clase obrera. En primer término que el desconocimiento de las etapas, que es un impulso característico de masas en las que el carácter espontáneo prima todavía sobre su desarrollo consciente, no puede conducir sino a que las etapas se expresen contra la clase obrera, en mengua de su capacidad real de poder. En segundo lugar, que las etapas, sea que se considere a la revolución burguesa misma como una etapa, sea que uno considere las etapas en el seno de la revolución burguesa, pueden y deben ser cumplidas bajo la hegemonía y el poder de una clase no burguesa y, en el caso, del proletariado. En tercer lugar, que es demagógico hablar de clase media en el mismo sentido que se habla de burguesía o de proletariado y que dicha mención se refiere o al punto en el que emerge la burocracia estatal semibonapartista o, más bien, al lugar social en el que se está gestando la reconstitución de la burguesía en sus nuevos términos. En cuarto lugar, que el desarrollo de la burguesía no es el desarrollo del proletariado sino en su aspecto excedente, el cuantitativo y aun eso dentro de determinadas formas de desarrollo económico y que, por consiguiente, era totalmente concebible la ejecución de las tareas burguesas al margen de la burguesía.

Pero, en los hechos, cualquiera que fuera el orden de sus protestas ideológicas, el proletariado *se vio obligado* por la combinación entre su débil desarrollo cualitativo (que hacía una pa-

radoja con la densidad de su poder material) y la urgencia derivada del *hueco estatal* que acompañaba a la crisis nacional del 52.

¿Qué quería decir empero aquello de que *se vio obligado*? En 1952, el proletariado no tenía intereses diferenciados con el campesinado; pero, al realizar la consigna burguesa de la tierra, al dirigir el proceso de la revolución agraria al mismo tiempo que cedía la forma del aparato estatal a la pequeña burguesía, el proletariado estaba habilitando al movimiento campesino para pactar directamente con el Estado desde el que había recibido la tierra, al margen del proletariado. Por tanto, mientras en 1952 tenía una cómoda hegemonía aun a pesar de su inconclusión interna de clase, porque representaba a la *mayoría general*, en 1954, cuando la crisis se expresaba como falta concreta de productos, tenía ya que atenerse a su mera fuerza numérica, sus intereses se habían diferenciado de los del campesinado, se veía relegado a un rol complementario y era, en suma, una clase aislada, que había avanzado pero al precio de romper la alianza que era la clave de su poder. Objetivamente, esta misma clase que repudiaba la teoría de las etapas había venido a practicarla. Claro está que, en un análisis superficial, habría quien dijera que esto ocurría porque la izquierda no había leído *Sobre el impuesto en especie*. Pero la subsunción de la teoría no se realiza a través del conocimiento teórico sino por medio de la discusión de la clase en su momento concreto.

El segundo sector de desconcierto de la izquierda se sitúa en la órbita de las ideas económicas. En lo que es una curiosa paradoja con relación a las ideas argentinas de la misma época, que pensaban que el mal de su país radicaba en la extensión, en Bolivia se desarrolló, prácticamente desde el principio del siglo XIX, el concepto de la inferioridad geográfica del país.²⁰ El propio mariscal Santa Cruz, con su frustrada Confederación Perú-Boliviana estaba sin duda ya practicando estas concepciones espacialistas que, por otra parte, se fundaban en un hecho harto real cual era el desplazamiento de los centros interiores a la periferia de los puertos por la llegada del comercio inglés. Pero fue el Plan Bohan,²¹ el que entrevió a principios de la década de los cuarenta, las posibilidades de un avanzado desarrollo capitalista en torno al área de Santa Cruz de la Sierra, en la parte occidental de los llanos orientales. La gente del MNR, por lo demás, tuvo ocasión abundante de ver en la Guerra del Chaco las dimensiones de la no integración territorial del país. En los hechos, no sólo la integración del Oriente sino el propio cambio del eje económico territorial, en una franca fuga de la centralización en el altiplano minero, la tierra del "metal del diablo", se convirtieron en verdaderos fetiches de la política económica, que puede

²⁰ Tendencia muy numerosa. J. Mendoza la refutó en *El Macizo Andino*. El jefe de los teóricos de la inferioridad geográfica fue Badía Malagrida.

²¹ Un programa oficial de asistencia técnica a Bolivia, en tiempo de la presidencia del general Peñaranda.

inclinarse a voluntad en base a la *tabula rasa* política del 52. De esta manera, Paz Estenssoro sobre todo, Walter Guevara y Alfonso Gumucio conducen la ideología económica del MNR hacia una concepción geográfica, territorialista y agrarista del desarrollo. Todo ello, por lo demás, de un modo sugestivo en extremo en su coincidencia con los criterios circulantes en el momento alemán de la construcción de la unidad. Habría que recordar, por ejemplo, las menciones de Marx referentes a la inferioridad geográfica de Alemania y el papel de los ferrocarriles. Pero era algo que se hizo rápidamente coincidente con los intereses norteamericanos, que se situó de hecho dentro de la división del trabajo que podía admitir el imperialismo en ese momento y era, por tanto, una política típicamente burguesa en sus planes de integración pero abandonando toda política de industrialización, que era posible sobre todo en torno a la minería nacionalizada y el petróleo, que resultan prácticamente abandonados a su propia suerte. Como eso coincide con la instancia del reflujo de la clase obrera, la izquierda no puede contraponer a esos planes sino una política defensiva y es evidente que, tanto en el momento de su auge como en el de su influencia complementaria, es una clase obrera que carece de ideas económicas con relación al mismo poder en el que, sin embargo, influye políticamente de un modo determinante.²²

²² Cfr. Guevara, *Política económica de la revolución nacional*. Los folletos de Gumucio resultan muy ilustrativos acerca de esta posición.

7. La tesis de Pulacayo

Consideremos, sin embargo, no el lado de la perplejidad del proletariado sino el de su lucidez y en este orden de cosas la llamada Tesis de Pulacayo (Tesis Central de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia)²³ es sin lugar a dudas la prueba más rotunda del carácter avanzado que adquiere esta clase desde su más temprana aparición en la política del país.

Para mencionar sólo algunos de sus aspectos, los más generales. Una correcta tipificación de la formación económico-social del país: "Bolivia es un país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional".²⁴ Una definición sin duda sorprendente si se la ubica en la fecha de su aprobación, noviembre de 1946, bastante antes de que la cuestión de las formaciones económico-sociales y de los modos de producción fuera discutida en el continente.

Por otra parte, la Tesis sostiene que "la particularidad boliviana consiste en que no se ha presentado en el escenario político una burguesía capaz de liquidar el latifundio y las otras formas económicas precapitalistas; de realizar

la unificación nacional y la liberación del yugo imperialista. Tales tareas burguesas no cumplidas son los objetivos democrático-burgueses que inaplazablemente deben realizarse. Los problemas centrales de los países semicoloniales son la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional"... "El proletariado de los países atrasados está obligado a combinar la lucha por las tareas demo-burguesas con la lucha por las reivindicaciones socialistas".²⁵

El desconocimiento de toda posibilidad de dirección pequeño-burguesa: "La clase media o la pequeña burguesía es la más numerosa y, sin embargo, su peso en la economía nacional es insignificante. Los pequeños comerciantes y propietarios, los técnicos, los burócratas, los artesanos y los campesinos no han podido hasta ahora desarrollar una política de clase independiente y menos lo podrán en el futuro. El campo sigue a la ciudad y en ésta el caudillo es el proletariado".²⁶

Sobre quién debe encabezar la propia fase democrático-burguesa: "Señalamos que la revolución demo-burguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse sólo en una fase de la revolución proletaria... Mienten aquellos que nos señalan como propugnadores de una inmediata revolución socialista en Bolivia; bien sabemos que para ella no existen condiciones objetivas. Dejamos claramente establecido que la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos y sólo un episodio de

²³ Tesis de Pulacayo (Tesis Central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia), 1946.

²⁴ Ibid.

²⁵ Ibid.

²⁶ Ibid.

la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará. La revolución proletaria en Bolivia no quiere decir excluir a las otras capas explotadas de la nación, sino alianza revolucionaria del proletariado con los campesinos, artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía ciudadana".²⁷

En cuanto a su proyecto estatal: "La dictadura del proletariado es la proyección estatal de dicha alianza. La consigna de la revolución y dictadura proletarias pone en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho Estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa será realizada por sectores "progresistas" de la burguesía y que el futuro Estado encarnará en un gobierno de unidad y concordia nacionales pone de manifiesto la intención firme de estrangular el movimiento revolucionario".²⁸

A pesar de lo extraordinario que resulta que el proletariado como conjunto adoptara una Tesis tan avanzada en un momento en que, después de todo, no había dicho todavía su plena palabra, la historia fue más lejos que la Tesis o cumplió sus previsiones de un modo más retorcido y, por otra parte, resultó muy evidente que la clase no tenía las condiciones para llegar allá donde llegaba sin embargo su Tesis.

Por ejemplo, en el problema que Marx llamaba de la "iluminación" desde el sector de punta. Primero habría que resolver si no es posible la existencia del foco o enclave capitalista

como enclave mismo, es decir, como un polo en que si se quiere hay un modo de producción capitalista, pero no articulado con los demás sectores de la formación, cuyo único dato de unidad es el dato político, lo que algunos llaman el Estado aparente. Aquí no sólo falta la propalación del modo principal sino que puede faltar la articulación misma. No era el caso, por cierto. El mero hecho de que se hablara de la rosca como la combinación entre los latifundistas y la empresa minera, mostraba ya que la iluminación existía. Pero aquella burguesía propiamente oligárquica, muy preocupada con su restricción y no con su expansión, era en cambio el freno principal con que se encontraba no sólo el proletariado (que era sin duda su enemigo) sino las propias clases preburguesas, los sectores que ya se sentían en disposición de convertirse en burguesía. Es cierto que lo que había de iluminación era lo que permitió al proletariado avanzar sobre las capas campesinas y aliarlas a su tarea (no es un azar que el centro de la revolución agraria fuera Cochabamba, la zona más integrada a la economía minera); pero lo que no había de propalación del modo de producción de punta impidió la expansión numérica aunque no está en la Tesis, el hecho numérico se volvía decisivo. El cerco a la clase obrera se convirtió en una muralla china.

Esta preburguesía o si se quiere los agentes políticos de la burguesía en construcción logran a su turno canalizar la revolución agraria (que, en efecto, implanta el proletariado de

²⁷ Ibid.

²⁸ Ibid.

acuerdo en todo al mandato de la Tesis) y plantea la unidad nacional de una manera propiamente burguesa; la claudicación estatal del proletariado no le permite realizar las tareas burguesas que la burguesía no ha sabido realizar. Esas tareas vuelven a su titular aunque se limitan a lo que se permite hacer a una burguesía dependiente.

A mayor abundancia, el campo no siguió a la ciudad sino hasta realizar sus propias consignas; la alianza con el campesinado y la pequeña burguesía urbana fue mucho más inconstante de lo previsto y, en fin, el propio proletariado acabó practicando no su Tesis sino la de sus rivales (en la teoría de las etapas, por ejemplo), o sea que la clase considerada como conjunto no había tenido tiempo de asumir su propio programa. El programa a su turno habría necesitado de un contorno teórico, que lo desarrollara y, además, cuando se es tan poco numeroso y las alianzas son tan decisivas, habría sido necesario que incluso los sectores más avanzados de las otras clases de la alianza tomaran este programa como propio, es decir, que se diera una *irradiación*. Pero nada de esto alcanza para disminuir la importancia histórica de este tipo de adquisiciones; se puede comentar la Tesis o transformarla o explicar por qué no se cumplió a la hora de la crisis pero las clases no retroceden del punto al que han llegado con sus programas.

8. El fondo histórico

Esto es lo que los polacos llaman el *fondo histórico*. En este momento co-

rresponde hacer una notación. Estudiamos o describimos las tendencias sociológicas que se han dado en Bolivia en lo que va de 1952 al presente. Pero hablar de tendencias sociológicas es una cosa y otra en todo distinta hablar de una sociología de autores y, más lejos aún, de una sociología de libros o ensayos. Desde nuestro punto de vista, que en esto es sin duda el del movimiento al que pertenecemos, el hablar de una ciencia social al margen de sus correspondientes respectivos en las tendencias sociales materiales es hacer una sociología sin sociedad o una sociología al margen de la sociedad. Pero lo que llamamos sociología, como decía Picasso de la pintura, es una hacha. Lo que llamamos ciencia sociológica no es sino la elaboración en un nivel científico, en cuanto eso se nos ha dado, de inclinaciones o impulsos u ordenaciones que están ya presentes en el movimiento de las fuerzas sociales de carne y hueso. Se hace sociología desde una clase, desde un país, desde una situación concreta. Es evidente que eso mismo debe ser representado y que un *concretum* tiene que hacerse *concretum categórico*, de pensamiento, para ser conocido y que nada puede explicarse en último término fuera de su universalidad. Pero el conocimiento gratuito o creación científica determinados internamente, la colocación del sujeto científico como una entelequia no condicionada, es decir, como una "cosa que lleva en sí el principio de su acción y que tiende por sí misma a su fin propio" nos parece realmente un conocimiento falso.

Podemos convenir empero en que quizá se trate de una condición local, de una condición boliviana. Tratándose de una sociedad acosada y de un movimiento de pensamiento de una clase en situación de guerra social, es posible que no hayamos tenido otro remedio que conocer aquello que necesitábamos conocer, al servicio de la reproducción esencial de nuestra vida.

9. La determinación derivada de clase

Veamos ahora el desarrollo de la sociología burguesa.

Hacia 1952, arrasado el sistema político oligárquico y su propia base económica, prácticamente disuelta la clase de los terratenientes del campo, la burguesía (la que existía como grupo marginal al Superestado minero, es decir la burguesía tomada en su expresión concreta y no en su contenido histórico) está reducida a su expresión mínima y no dispone de perspectivas. Sin embargo, este es el momento en que se organiza el moderno Estado burgués boliviano, al cual llamamos por eso el Estado del 52.²⁰ Se puede decir que en este momento, porque lo quieren conscientemente o porque no tienen otro remedio, *todas las clases persiguen fines burgueses menos la burguesía*, que sigue a la costumbre de una superestructura derrotada. Pues no puede fundarse en la propia clase a la que quiere servir, el Estado acá es anterior a la

²⁰ Cfr. E. Ayala Mercado, *¿Qué es la Revolución boliviana?*; R. Zavaleta Mercado, *La Revolución boliviana y la cuestión del poder*.

clase a la que servirá; el Estado adrogará sin miramientos al germen burgués sobreviviente, creará su nueva burguesía, le dará el tiempo, los medios y la imaginación como para que se constituya como clase.

Esta es la cuestión de la determinación derivada de una clase en otra. Sin duda, no es la primera vez que una clase social da lugar al poder de otra y, por último, en su consecuencia histórica diferida, a la constitución de una tercera. Esto es, por el contrario, algo clásico de las revoluciones burguesas de tipo democrático. En el caso boliviano, es la clase obrera la que conquista un poder para el que no es capaz todavía como clase misma, lo entrega a su aliado más verosímil como clase burocrática, que es la pequeña burguesía, portadora ya de los ideales burgueses, aunque en contradicción concreta con la burguesía misma preexistente, que es débil y carece de un proyecto propio, que es incapaz hasta de la tarea de interpretar el hecho. La burguesía nueva se construye aplastando políticamente a la vieja burguesía.

10. Caos social y pequeña burguesía

El núcleo de ubicación de la acumulación originaria de la burguesía, de la que tampoco puede decirse que se constituya como *clase política* sino alrededor de veinte años después, es el Estado. Como los mismos supuestos ideológicos (que como hemos visto eran difusos) pueden dar lugar a diferentes desarrollos, es probable que la propia

fase de la dictadura de las masas (1952) haya dado lugar a que maduraran en el seno del MNR propensiones que ya estaban de un modo germinal en su interior.

Dentro del supuesto de que la desgracia del país no era la existencia de una burguesía sino la insuficiente existencia de una burguesía nacional y su correlato, la lucha por la integración nacional, la construcción del Estado nacional,³⁰ los puntos de acumulación se enquistan en el capitalismo de Estado (creado en su parte fundamental por la nacionalización de las grandes empresas mineras) y las zonas de recursos naturales de nueva apertura. En lo que era ya un plan consciente, la COMIBOL se convierte en empresa generadora de empresas, en empresa de construcción de la burguesía financiera ampliada y, por el otro lado, sus excedentes son desviados hacia el desarrollo capitalista de Santa Cruz de la Sierra.

Mencionemos ahora el impacto del caos económico-social o lo que se vive como caos, que es el vuelco del estilo cotidiano de vida social, en los grupos intermedios. No es el de Bolivia por cierto el único caso en que la revolución democrática se acompaña de una gran crisis agrícola, un desorden general en la economía aparte del descenso de la producción minera y el desatamiento de la inflación en gran escala. Esto no afectaba de una manera decisiva a los campesinos que, aun sin aportar excedente agrícola al mercado, en

³⁰ Cfr. *Estado nacional o pueblo de pastores*, R. Zavaleta.

el peor de los casos mantenían sus condiciones de vida en un status que se hacía ventajoso porque iba acompañado de la expulsión de los patrones, de la libertad política y la participación. Ya entonces, en efecto, los campesinos dieron la base social para la supervivencia del esquema político y por el otro lado, aunque esto Eder³¹ jamás habría podido entenderlo, incluso la llamada Estabilización Monetaria que fue quizá el más drástico plan anti-inflacionario implantado en la América Latina, habría podido sobrevivir si los campesinos no hubieran comenzado entonces a practicar su concurrencia al mercado. La situación era bastante diferente en lo que se refería a la pequeña burguesía urbana. Despojada de sus privilegios políticos, con el voto universal, clase cuya pretensión es conservarse y conservar el orden social abstracto a diferencia de los obreros y los campesinos sin tierra, que aspiraban a sustituirlo, grupo de ahorristas, empleados, artesanos, comerciantes sin reservas económicas, etc. no podían sino vivir como un momento demoníaco aquel de la ruptura del orden político que iba además acompañado de un proceso inflacionario violento. Incapaz el proletariado de retener la concentración del poder en torno a sí mismo, luchando en los tiempos siguientes por retener esa fuerza inicial, desorganizando aún más el sistema, no podía ofrecer a la pequeña burguesía su pro-

³¹ Cfr. *Inflation and Development in Latin America*, G. J. Eder, 1968, University of Michigan. También, L. Whitehead, *The United States and Bolivia*.

pio orden en la política ni en la economía.

Al no haber ni existir una respuesta diferente a esta crisis, se produce el reingreso del imperialismo norteamericano por la vía de la ayuda. Tal como se ha dicho antes, el imperialismo a su turno confirma las características del plan de desarrollo agrarista y territorial del MNR y lo fortifica canalizando su ayuda en el mismo sentido, es decir, acelerándolo. El precio que se paga por esta ayuda es la interrupción específica de todo hipotético plan de industrialización que, en ese momento, sólo podía concebirse en torno a la producción minera. En los hechos, Estados Unidos impone que el proyecto de constitución de la burguesía se dirija hacia la producción primaria y suprime toda posibilidad de creación de industrias pesadas y de integración de la minería, que habrían sido su único remate racional. Pero esto se basa ya en la quietud o satisfacción del campesinado y en el *élan* del orden en la pequeña burguesía urbana, que está dispuesta a pagar cualquier precio por ello y que, no olvidarlo, es la mayoría en las ciudades. Esto se puede decir también en otra forma: una mayoría conservadora había sustituido a la mayoría revolucionaria del pueblo y exacerbó los aspectos moderados que preexistían a ambas, mayoría conservadora y mayoría revolucionaria, en el seno de la clase burocrática.

11. Modernización del aparato estatal

Un proceso como éste no podía ocu-

rrir sin una modernización considerable del sistema estatal. Ello sucede por varias vías:

a) Ampliación del área territorial real de alcance estatal, mediante la integración económica y política de grandes zonas, que en lo previo no eran sino periféricas al acontecimiento estatal.

b) Expansión del ámbito humano de validez del poder mediante la democratización política y económica, que se traduce en la incorporación del campesinado al funcionamiento estatal.

c) Reconstitución y ampliación del aparato represivo del Estado, con la creación del nuevo ejército.

d) Construcción de un importante sector capitalista de Estado.

e) Constitución y desarrollo de un núcleo burocrático estatal e instalación de sus correspondientes mecanismos de mediación.

12. Contradicción burocracia y burguesía

En este momento tenemos ya un poder político de dirección burguesa. Pero de ningún modo hay que confundir a un Estado que se ha modernizado con un Estado moderno. Incluso dentro del puro segmento estatal, como ha ocurrido además de un modo tanto más terminante en cuanto al itinerario de los modos de producción, *la alteración del tipo de sucesión de las categorías estatales europeas es todo un carácter histórico*. Si el trabajo de la unificación, tomado en su consideración más general, es algo que abarca toda una época, comprendiendo a la vez sus as-

pectos espaciales, humanos y de modo de producción, no es por cierto la menor de sus obtenciones aquella que se refiere a la propia unificación de la clase dominante —la burguesía, en todas sus fracciones— en el hecho estatal. La propia burguesía debería ser un fruto cualitativo de la unificación de las fracciones de la burguesía. En el caso boliviano, por el contrario, la burocracia dará el curso objetivo que haga posible la unificación de la burguesía pero cuando ésta se unifique verá a la burocracia como a su rival y se producirá una regresión en la manera estatal, aunque dentro de la nueva dimensión dada.

Como es clásico en este tipo de revoluciones, el nuevo poder desarma a las masas que le han dado el poder. La reorganización del ejército es la forma que adquiere ahora el desarme de las masas, la sustitución de un aparato represivo por el otro. La fase semibonapartista, que cumple con el doble papel de suprimir la crisis económica que proviene como secuela supérstite de la crisis revolucionaria del 52 y de iniciar la acumulación de la nueva burguesía, se asienta en la alianza entre la burocracia civil (el MNR) y la burocracia militar. De hecho, se trata ya de una dictadura tanto sobre las masas, que han perdido la actividad del 52 o están ya mediadas, como sobre los sectores reaccionarios, que todavía se proponían una restauración del status anterior a 1952.

Con todo, ello no podía suceder sin importantes conflictos tanto entre las clases que en conjunto estaban intere-

sadas en la revolución burguesa como entre los gérmenes y las fracciones dentro de las propias clases que se movían en torno al nuevo poder, es decir, a la nueva dominación.

El frente policlasista, que ya estaba encabezado de un modo directo por la pequeña burguesía después del fracaso estatal del proletariado en 1952, se va apoyando cada vez más en la alianza entre el Estado y el campesinado. El Estado es todavía pequeño-burgués y la diferenciación de clase en el seno del campesinado no se ha declarado aún. Con Siles Zuazo y el segundo Paz Estenssoro, por ejemplo, ya es esta alianza la que manda; pero el proletariado, aunque vencido en su propósito de clase, aunque resistiendo a la política de desarrollo burgués en ascenso, se mantiene todavía dentro del MNR. Siles y Paz Estenssoro pueden todavía usar a la clase obrera como argumento *a contrariis* para negociar con el imperialismo. O sea que esta alianza hace el *minimum* para sobrevivir como burocracia; la falta dejada por el desahucio obrero del sistema, que no se producirá sino unos años después, es lo que restará margen de movimiento y aun de permanencia al proyecto burocrático.

Es del todo distinto lo que pasa con el ejército, es decir, con la burocracia militar. Ella es un fruto indirecto de la revolución y en cambio sí un resultado directo del momento en que la revolución se ve obligada a pactar con el imperialismo. Por el contrario, la reorganización del ejército es una de las condiciones del reconocimiento por

parte del imperialismo. Puesto que su propia existencia y la totalidad de su equipamiento provinieron de los Estados Unidos, es un ejército que se organiza en los términos de aquellos que existen bajo control neocolonial norteamericano y así ocurrirá aun en aspectos de tanta inferencia local como lo que se llama su doctrina militar.

Por eso Barrientos significa ya la liquidación del periodo semibonapartista, el desplazamiento de la pequeña burguesía que había logrado concretarse como burocracia semibonapartista y la alianza directa entre la burocracia militar y el campesinado, con exclusión sistemática de la clase obrera. Nótese que sigue siendo una burocracia la que gobierna, la militar, es decir, un sector de la *clase estatal*. Pero cuando la burguesía haya concluido su proyecto de constitución, con Bánzer, se tratará ya de la alianza entre la burguesía minero-comercial del altiplano y la burguesía capitalista rural del oriente la que gobierne el país. En todo caso, por su origen, su ideología y su papel concreto, el ejército representará en la política al estatuto semicolonial, en tanto que la clase obrera, en ausencia de una burguesía ya constituida, será la clase más avanzada: no en tanto socialista; *será incluso la clase capitalista más avanzada del país.*

13. La repetición tendencial

Este decurso nos conduce a ciertos razonamientos adicionales acerca de lo que se puede llamar la materialidad o viabilidad material de un sector so-

cial. Se diría que tanto aquellos grupos cuya decadencia comenzó casi de inmediato a su composición (la burocracia), como aquellos de tardía composición, como la burguesía (composición que se infiere de un factor ajeno a ella) y aun los que se plantean su vida como un proceso de autodeterminación interna y gradual, como el proletariado, todos en conjunto parecerían tender a su repetición y, sobre todo, a la repetición intensificada de sus momentos culminantes. Es decir, cuando piensan en sí mismos *recuerdan* el que es su momento superior y aunque no parecerían proponerse otra cosa que la reiteración (los militares reaccionarios, como los barrientistas en lo básico, el sistema anterior al 52; la burocracia, el momento semibonapartista, el proletariado, el 52, etc.) las nuevas condiciones adecúan su comportamiento de tal manera que, en su aspecto palpable, se hace algo bastante diferente. Ninguno de estos sectores, en efecto, logra la reproducción de su momento. La burguesía, porque su acumulación, una vez comenzada, tiende a su propia prosecución o sea que, mientras exista el capitalismo y no se afronten crisis especiales, deberá ser cada vez más poderosa o sea cada vez más diferente de sí misma, aparte todo ello de la reconstrucción de su contorno, etc.; el proletariado porque a su turno consigue su propia agregación clasista y no retrocederá sino excepcionalmente de sus adquisiciones como clase (una adquisición sólo práctica en todo caso; descubre lo que siempre podía pero, hasta que la clase no lo sabe, es como

una potencia encogida. Por eso se llama acumulación de conciencia al descubrimiento o reconocimiento de una posibilidad otorgada por su colocación en el proceso productivo más su devenir subjetivo). Esto es algo así como un cambio hacia adelante; estos grupos no se repiten porque se enriquecen. Pero la burocracia no logra repetirse con éxito porque se empobrece; una vez que ha derrochado la perspectiva de la mediación, que es vista en la etapa semibonapartista como una necesidad por todos, una vez que las puntas se han acostumbrado a vivir sin su intermediación, entonces, ya no se funda sino en una memoria o en un propósito estatalista sin mayor envergadura en su impacto sobre los intereses materiales de las clases. Su episodio de retorno tiene por eso esta fragilidad fundamental.

Esto nos ayuda a explicarnos la contradicción entre Bánzer y Ovando-Torres. El ejército tiene el monopolio formal del poder y, por tanto, aunque como conjunto representa al Estado burgués, aunque es de hecho la fase de emergencia del Estado del 52, en aquello se manifiesta la contradicción entre los sectores militares propiamente estatalistas (porque en este sector se vive al Estado como un deber patrio), que aspiran a la reconstrucción de la fase semibonapartista, aunque esta vez bajo la hegemonía de la burocracia militar y no de la civil (de la cual, sin embargo, resultan algo así como un devenir) y los sectores militares que están ya incorporados, aun en lo personal y familiar (a través de esta for-

ma constante de acumulación que es la corrupción desde el aparato estatal, muy amplia en los altos mandos a partir de 1964) a la nueva burguesía y que se proponen acelerar la acumulación capitalista con una dictadura lata sobre las masas, dictadura que, por lo demás, se inserta mejor con el rush anticomunista que vive la región geopolítica.

Así no obstante, esta propia discriminación, que contiene en potencia no sólo la contradicción ejército-ejército, sino también —asimismo en potencia— una otra ejército-burguesía pero, de un modo mucho más inminente, la coincidencia clase obrera-ejército (en lo que se expresa el hecho de que la clase obrera es a la vez la más avanzada clase capitalista y su negadora) y la separación automática entre Estado burgués y clase obrera, es algo que no se incorpora a la conciencia proletaria sino después de discusiones importantes, sobre todo aquellas que se localizaron en la cuestión del método. De allá resulta el estudio de las otras clases como parte del conocimiento de la propia y la conciencia de que, mientras el campesinado se prepara para nuevos apetitos democrático-burgueses, es decir, para una nueva revolución democrática, el comportamiento de la burocracia estatal, en lo específico la militar, tiende a conformar una alianza con el proletariado que dura hasta el instante mismo en que se toma el poder; en este instante, en efecto, la burocracia recuerda su religión estatal y aplica la contradicción Estado burgués-proletariado. La formidable conducción

obrero en los hechos de octubre de 1970, que dieron lugar al gobierno de Torres, fue la aplicación de estas reglas del conocimiento interclasista en Bolivia.³²

14. Estrategia de la burguesía nacional

El sector estatista o progresista o nacionalista del ejército, el sector militar de la burocracia estatal creada por el MNR, se expresa en el llamado Mandato de las Fuerzas Armadas, con el que sube Ovando y gobierna Torres y en la llamada Estrategia Socioeconómica del Desarrollo Nacional. Puesto que este segundo es uno de los pocos documentos en los que ha habido influencia de las corrientes sociológicas continentales sobre una definición boliviana, vale la pena hacer algún hincapié en él.

Para la Estrategia:

*“La dependencia y la marginalidad constituyen los rasgos centrales de nuestra sociedad”.*³³

“No se trata aquí solamente de la subordinación histórica del país a otros más fuertes sino que se apunta al hecho de que la estructuración interna de su economía y su vida social y política

³² Para esto ya debe verse la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana aprobada en 1971. También *Unidad, Vanguardia, Masas*, etc. Para la interpretación del período de Torres, v. G. Lora, *De la asamblea popular al golpe del 21 de agosto*, R. Zavaleta Mercado, *Algunos problemas izquierdistas en torno al Gobierno de Torres en Bolivia*.

³³ Estrategia Socioeconómica del Desarrollo Nacional, Ministerio de Planificación. La Paz, 1970.

*se deriva básicamente de las formas que asume la dominación”.*³⁴

Se define a la marginalidad como “el resultado del desarrollo desigual de la sociedad dependiente. Cada una de las grandes etapas de cambio de los países metropolitanos ha generado cambios en la organización de la economía, de la sociedad y del Estado en los países periféricos. Pero como esos cambios no se hicieron para responder a necesidades internas, en los países latinoamericanos se ha producido una situación en la cual se combinan y se integran, en el mismo momento, modos y niveles de producción, de estratificación y de poder político correspondientes a etapas distintas del desarrollo capitalista de los últimos siglos, dando como resultado un proceso de desarrollo desigual y combinado”.³⁵

Ya aquí podemos esbozar algunas observaciones:

1. El rasgo central de la sociedad no está dado por la dependencia y la marginalidad sino por la naturaleza de clase de su sistema estatal-económico. Aquí, en cambio, se apunta como carácter principal algo que no es sino derivación del carácter principal. Esto mismo de naturaleza de clase, sin embargo, es sólo una manera de aludir a lo que es la fisonomía o perfil de la formación económico-social, entendida ella de dos maneras: primero, como un proceso, es decir, como formación económico-social que atraviesa el tiempo; esto que llamamos hoy formación económico-social boliviana, con sus gran-

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

des variaciones espaciales y fisonómicas, sin embargo, no es algo que nace junto con el mercado mundial ni aparece cuando llegan los portadores del mercado mundial; en segundo término, como remate o conclusión de ese proceso, caso en el cual, en efecto, nos interesamos en la forma de la unidad, es decir, en el modo de la articulación de aquella desigualdad histórica acumulada. En ambos casos, sin embargo, decir que la marginalidad define al país o que la dependencia es su rasgo central sería lo mismo que decir que su "rasgo central" es su polilingüismo o su falta de integración nacional o cualquier otro carácter zonal de una formación que, sin embargo, debe conocerse como conjunto. Vamos a ver después, en la medida en que ello es posible, cómo la propia dependencia está determinada por la sociedad que la recibe aunque obviamente determinándola a la vez en el grado en que el tipo de recepción lo admite.

2. No es que la lucha de clases dependa del carácter de la dominación, porque en este caso la sociedad dependiente no podría producir sino dependencia indefinidamente e incluso las propias luchas de los sectores oprimidos no podrían moverse sino en los términos dados por la conservación del sector opresor. La propia dependencia y la dominación en general dependen por el contrario del modo de definición interior de la lucha de clases aunque es obvio que, hasta que no triunfe la línea de liquidación de la dependencia, esto no hace sino condicionar una dependencia que de todas maneras debe

suceder. Aquí la externización del análisis tiende a suprimir o disminuir o eufemizar la importancia fundamental de la lucha de clases.

Este defecto del ángulo o perspectiva es algo decisivo dentro de la Estrategia, es decir, en su desvalorización. En la fase que vivimos en Bolivia, por ejemplo, el "*rasgo central*" está dado por la existencia de la *revolución burguesa en el 52*, es decir, el tipo de sociedad al que dio lugar. Pero la revolución no fue resultado de la dependencia ni resultado de la marginalidad; por el contrario, existió a pesar de la dependencia y de la marginalidad, existió *contra* ambas.

3. Tampoco significa nada decir que una sociedad es desigual y combinada. Todas las sociedades en general, incluyendo las socialistas, son desiguales y combinadas. Lo que interesa en un análisis es el modo de la desigualdad y el modo de la combinación; desigualdad y combinación que, en efecto, aunque encuadradas por el modo de producción a nivel mundial, dependen, sin embargo, tanto del proceso de la formación, es decir, de sus predeterminaciones, como, en lo actual, otra vez, del desarrollo interno de la lucha entre las clases.

4. En cuanto a la marginalidad. El "*rasgo central*" de Bolivia como país no es la ausencia de las masas sino su espectacular presencia reiterativa a pesar de sus débiles conexiones con el mercado interno en el juego de su economía (aunque esto mismo —lo del mercadeo— es algo que podría discutirse bastante).

Pensar que "*la impermeabilidad e*

incomunicación entre los diferentes estratos sociales"³⁶ es parte de ese carácter (el rasgo central) es también ignorar momentos estelares imprescindibles de la historia del país. Lo característico de esta historia, en efecto, es la continua comunicación política entre sus clases, estratos, grupos y segmentos y eso es lo que explica la insurrección del 52 o los periodos de Ovando y Torres, etc.

La evolución de los hechos históricos habla más bien de periodos de incomunicación y periodos de intensa comunicación, de fases de permeabilidad y fases de impermeabilidad.

5. Aparte de ello, errores de hecho pero muy abultados. Ejemplos:

Decir que "*el desarrollo del sector minero* (como consecuencia de las reformas estructurales, sg. la Estrategia) *crea condiciones para la organización de la clase obrera*"³⁷ es llanamente falso. Por el contrario, la propia nacionalización de las minas fue un evidente resultado de la organización de la clase obrera.

Lo mismo cuando se dice que "*la descomposición de la vieja clase latifundista posibilita una primera movilización del campesinado*"³⁸ Es falso otra vez. Las luchas agrarias en Bolivia son muy antiguas y no se puede suprimir de un plumazo por ejemplo la participación campesina en la Guerra Federal de 1899 ni los movimientos mismos posteriores a Villarroel, que fueron parte de la construcción del 52.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

Otro tanto cuando dice que "*la Revolución de 1952 fue encabezada en parte por sectores medios* (profesionales, maestros, periodistas, empleados, etcétera)".³⁹ Omisión de la clase obrera, que tuvo un rol aplastantemente superior al de todos los mencionados.

15. M.P. de punta. M.P. de resabio

La Estrategia dice que "*para la explicación de la marginalidad económica y social, la dependencia juega un papel central en nuestro país, como en los demás países latinoamericanos, las relaciones de dominación a que históricamente fueron sometidos, se fueron modificando concomitantemente con las transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados. Esto significa que, en cada una de las etapas de cambio en las formas de dominación, se han generado transformaciones en las estructuras económicas, sociales y políticas de los países periféricos. Pero como estas transformaciones se realizaron en forma desarticulada y además como las mismas tuvieron su origen en fenómenos exógenos a los países periféricos, el resultado fue un proceso de desarrollo desigual en los distintos sectores de la economía y en diversas formas de relación social, tanto desde el punto de vista regional como sectorial. Asimismo estas transformaciones no fueron totales en cada etapa. Siempre perduran en los países periféricos vestigios de formas de producción y de relaciones sociales no supe-*

³⁹ *Ibid.*

radas totalmente. Así se genera una situación en la cual se integran en el mismo momento histórico, formas y niveles de producción, de estratificación social y de poder político correspondientes a etapas históricas distintas de las relaciones de dependencia".⁴⁰

Esto es verdad en el mismo sentido en que, por ejemplo, la producción prefeudal se vuelve marginal con relación a la feudal cuando ella aparece y ésta lo mismo con relación a la producción mercantil simple y así con el capitalismo, etc. Pero no se dice por qué allá la aparición de un nuevo régimen productivo es también un modo de disolución del anterior y por qué eso no ocurre aquí, donde la eternización de las fases predecesoras —en el concepto de la definición que da la Estrategia— parecería ser la regla.

Tal sucede porque se presta una atención sobresaliente al momento de la llegada a la periferia de las fases del capitalismo del país central (cuando la economía mundial ya existe) y no *al modo de recepción* de esa fase que es, a juicio nuestro, lo fundamental de esta imbricación o sea lo que da el tono de un tipo u otro de subdesarrollo. Esto se puede decir de otra manera: lo decisivo no es el modo de producción que se sitúa en la cúspide o punta, lo que en cualquier forma tenía que ocurrir en un mundo que se ha hecho mundial, sino cuál es el resabio o resaca o supervivencia que impide la plenitud o generalización del desarrollo de ese modo de producción dominante pero no generalizado.

⁴⁰ *Ibid.*

Pero ésta no es la visión que desarrolló la Estrategia. Para ella, lo normal es la fase del país central que llega a la periferia. Dentro de eso, "*perduran*" los vestigios o hay relaciones "*no superadas totalmente*" pero como un incidente del episodio central que es la fase que ha llegado. Perduran mientras no hay progreso y el progreso las superará. Nos parece que las cosas suceden al revés. Las previsiones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo en la India no se cumplieron y ello no fue fruto de la ineficiencia inglesa sino de los modos de relacionarse que tienen las formaciones económico-sociales que provienen de la fase no mundial de la historia. No sólo que el sector de supervivencia o resabio no es algo simplemente "*no superado del todo*" sino que determina la posibilidad o potencia del sector de punta. Es el resabio el que impide o mata *ab ovo* la posibilidad de aparición autónoma de la burguesía como clase, no como supercolocación sino como nacimiento interno, y es el resabio, por último, el que en general, a nuestro modo de ver, define a largo plazo la inviabilidad del desarrollo capitalista de un país como Bolivia.

Nos parece que estamos ante un quid de cuestión. Si la burguesía no tiene aquí un surgimiento original es porque no nace como resultado de la fase autónoma de la formación económico-social sino de la fase de la irrupción del centro sobre la parte a la que convertirá en periferia. Aun esto empero con sus propios reparos. Los mismos conquistadores no podían venir sino con

lo que eran, es decir, con su propia formación económico-social, que no había completado tampoco su unificación (si es que España la completó jamás) y era ilusorio por tanto pensar siquiera en la uniformidad de una fase de la formación en traslado cuando, además, la propia complejidad española no podía existir aquí ni siquiera como lo que tuviera de feudal, de mercantil o de burgués, omitiendo la resaca o resabio de las propias formaciones precolombinas. Siendo defectuosa, no tenía condiciones ni aun para reproducir su propio defecto. Cuando llega a existir la burguesía es porque se la hace existir, es una derivación de la existencia de otras burguesías del mundo y, por consiguiente, no estamos sólo ante una formación económico-social dependiente sino también ante una burguesía dependiente *ab initio*. Habría que preguntarse incluso si es eso una verdadera burguesía, pero vamos a dejar la cosa.

Por otro lado, no solamente este tipo de capitalismo no tiene en los sectores precapitalistas a un enemigo sino que, por el contrario, en gran medida *se funda* en la existencia de dichos sectores precapitalistas. ¿Cómo podía, por ejemplo, la oligarquía minera, aquella mínima burguesía de carácter oligárquico, imponerse sobre el poder político de la oligarquía latifundista del sur, en la Guerra Federal de principios de siglo, sin apoyarse en el movimiento encabezado por Zárate, el Temible Willka? Por el otro lado, ¿podían el MNR (partido pequeño-burgués portador de los ideales de la nueva burguesía), y el proletariado imponerse sobre

el Superestado minero al margen de aquel movimiento campesino en el que se mezclaban la lucha por la división de las haciendas y la reivindicación de las comunidades?

Finalmente, es la misma aplicación de la ley de las formaciones económico-sociales la que permite interpretar la diferencia de desarrollo capitalista entre unas y otras zonas del espacio histórico latinoamericano y también la desigualdad interna de desarrollo capitalista dentro de las mismas naciones; eso y no la teoría de la dependencia. Si el desarrollo capitalista es más acelerado en el polo oriental de Bolivia, por ejemplo (en Santa Cruz) se debe a que aquí existen menos resabios que en el sector occidental y, por consiguiente, una vez creada una infraestructura mínima, puede desenvolverse sin mayor resistencia. Lo mismo en el desarrollo comparado de los países latinoamericanos. Aquellos que tienen que afrontar menos resabios son los que están dispuestos para adquirir un mayor desarrollo capitalista. La disposición de buenos recursos naturales o de una población previamente acostumbrada a la producción capitalista pueden ser ventajas pero no son las decisivas. ¿Qué habrá ocurrido entonces? ¿Se podrá decir que "*las transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados*" llegaban de maneras diferentes a los diferentes lugares? Si la determinación mayor viniera de la fase del país central, ¿cómo es que no somos países uniformes? Pero es, en cambio, el índice de resistencia el que explica que dicho

impacto tenga implicaciones en todo diferentes en su comparación entre una formación económico-social y la otra.

Con todo, lo que es un obstáculo para un pleno desarrollo burgués capitalista no lo es para el desarrollo del proletariado ni de su sistema político. Esto es algo que vamos a ver en un momento.

16. Teoría de la dependencia y nacionalismo revolucionario

Aun con estas considerables salvedades, la exposición de tal esquema de desarrollo en torno al *continuum* dependencia-marginalidad no deja de tener sus propios indiscutibles méritos. En el fondo, ésta fue la ideología con la que actuó el sector progresista del ejército y el propio nacionalismo en general. Por cuanto ellos son aliados, ocasionales pero importantísimos, del proletariado, es una posición netamente más progresista que aquella que se tipifica en Bánzer y expresa la alianza entre la burguesía minero-comercial del altiplano y la burguesía capitalista rural del oriente.

Veamos cómo se produce dicho ensamblamiento. Dice la Estrategia que:

*“Como los diferentes sectores sociales se vinculan entre sí, los grupos dominantes internos sustituyen a la gran minería y a los latifundios, sin conformar un grupo nacional fuerte y autónomo capaz de constituir un frente con los grupos populares, para hacer viable el proceso revolucionario del 52”.*⁴¹

Es decir, debe crearse dicho “GRUPO NACIONAL FUERTE Y AUTONOMO CAPAZ DE CONSTITUIR UN FRENTE CON LOS GRUPOS POPULARES”. Para ello, se deben cumplir los “dos objetivos principales de esta Estrategia: liberación de las estructuras de dependencia y participación popular, que están inseparablemente unidas y se exigen recíprocamente. Para lograr la participación popular en la tarea de liberación y de superación de la marginalidad, DEBE APROVECHARSE EL DINAMISMO EXISTENTE EN LOS GRUPOS POPULARES, REACTUALIZANDO SOBRE NUEVAS BASES”.⁴²

Está claro que la “participación”, término con el que la sociología burguesa sustituye a la movilización de las masas, no puede ser entendida como el acceso de las clases oprimidas no burguesas al poder. Debe, por el contrario, APROVECHARSE SU DINAMISMO o sea su actual capacidad de movilización pero REACTUALIZANDOLA SOBRE NUEVAS BASES, es decir, con una mediación, una participación condicionada que en el mejor de los casos podía parecerse al momento del reflujo obrero en la fase semibonapartista pero de ningún modo a la hegemonía de las masas del 52.

Es una exposición franca de la posición de la burocracia militar semibonapartista. Es lógico, por otra parte, que esta corriente preste una atención tan considerable a las tesis dependencistas puesto que para el nacionalismo revolucionario se sobrepone a la con-

⁴¹ Ibid.

⁴² Ibid.

tradicción interna entre las clases de la nación. Son razonamientos muy divulgados en Bolivia: es el imperialismo el que impide a la nación convertirse en Estado nacional; las clases no son libres sino cuando la nación es libre; una vez que es libre la nación se puede recién discutir cuáles son los términos de la libertad de cada una de las clases dentro de la libertad de la nación. Simplemente, la nomenclatura dependientista da nuevos ropajes y apariencias a las doctrinas contenidas por ejemplo, en Montenegro, sea en *Nacionalismo y coloniaje o en Documentos*.⁴³

17. La cuestión nacional

Las dificultades de la burguesía, para su constitución y para su desarrollo histórico, no son las del proletariado. Ello será visible de un modo más notorio cuando la burguesía, aunque logrando una cierta unificación como clase en sí, la práctica de dicha unificación de clase sea la rebelión contra el proyecto de la burguesía como clase para sí, es decir, contra el proyecto estatal burgués, que sin duda encontró su mejor expresión en la línea que hemos expuesto en el punto anterior. En eso la burguesía boliviana no estaba haciendo otra cosa que aplicar su atraso tradicional. El resultado será, entre otras cosas, una visión absolutamente opuesta a la del proletariado en cuanto a la *cuestión nacional*, tema que si bien figuró siempre en un puesto importante dentro de las discusiones de

la sociología boliviana cobrará en la circunstancia una nueva magnitud.⁴⁴

La burguesía tiene precisamente en la dependencia el principal obstáculo para ser plenamente burguesa y no es por eso una mera casualidad que su pensamiento se concentre tan enfáticamente en ello. *La disposición plena de un mercado interno, de la cual se derivan los conceptos de Estado nacional, soberanía, etc. es un dato esencial de la clase y no sólo una circunstancia favorable.* La burguesía depende del mercado al que vende y, si ese mercado no es el suyo, su propia estructura productiva está condicionada por otra, es una burguesía que depende del mercado ajeno y, por consiguiente, de todas las formas capitalistas desarrolladas en la zona dominante, compradora de productos, exportadora de bienes industriales.

Pero mientras el desarrollo burgués minero-comercial del Occidente boliviano no puede generalizarse o propagarse en todo su circuito humano-espacial porque se encuentra en su radio con resabios poderosos que no puede romper impunemente, porque sería impensable aquí, por ejemplo, una actual expropiación de los pequeños productores del campo —en cierta medida base del actual Estado— sin producir una hecatombe social, en cambio la burguesía rural del Oriente sí puede generalizar en su área la explotación capitalista salarial y mecanizada en un

⁴⁴ Cfr. J. Ovando, *La cuestión nacional en Bolivia*. También la discusión *Contra el oportunismo nacionalista en el seno del MIR, Estrategia revolucionaria del MIR*, artículos en *Causa Obrera y Vanguardia*.

⁴³ Montenegro, *op. cit.*

grado importante porque, incluso la fuerza de trabajo que emigra hacia esa región, lo hace ya dentro de *un proceso de conversión*. El resabio opera en tanto cuanto la unidad productiva se mantiene en su sede tradicional. El hombre que va a otro lugar para vender su fuerza de trabajo lo hace ya dispuesto a adaptarse a las nuevas condiciones. No tiene capacidad de actuar como resabio; ha abandonado no sólo su lugar sino también el modo de producir de su lugar.

Si a eso se suman precios que resultan favorables en el algodón y el petróleo, situados en el área oriental, y la localización de proyectos industriales de dimensión importante, como la siderurgia, en esa zona, veremos que todo tiende a producir una suerte de cambio del eje clásico de la economía boliviana.⁴⁵

Prima facie, aquí debería darse en principio una contradicción interburguesa. Pero lo que se llama "burguesía cruceña" es, en realidad, la burguesía de todo el país que se concentra en su sistema de inversiones en la zona donde la acumulación es más practicable y acelerada. Es cierto, de otro lado, que la mayor parte de la población del área de Santa Cruz es ya de origen occidental, de los departamentos no orientales. En todo caso y cualesquiera que sean los ingredientes, lo que se demuestra aquí es hasta qué punto el movimiento histórico burgués del 52, al movilizar el desarrollo general de las fuerzas productivas, lejos

⁴⁵ Cfr. M. Quiroga S. C., *El saqueo de Bolivia*.

de resolver la cuestión nacional, que se mantenía no resuelta pero como adormecida, la ha planteado en sus términos culminantes. El país está más integrado que en el pasado pero, al mismo tiempo, las contradicciones regionales se han hecho mayores y, aunque lo natural sería que aquella integración cuantitativa se convierta en cualidad unificada a la larga, se da la base para que, en la pugna política, la cuestión nacional pueda ser utilizada en apoyo de los intereses reaccionarios en torno a la lucha de clases. Ya el movimiento de Bánzer en el 71 se planteaba en concreto la creación de una zona "democrática" en Santa Cruz, para luchar contra la hipótesis de una zona occidental dominada por la Asamblea Popular. Pero la propia expansión de los grupos proletarios y semiproletarios a que da lugar el desarrollo capitalista de la zona ofrece a la clase obrera la posibilidad de incorporarlos a su propio avanzado desarrollo. Se diría que la contradicción entre la burguesía como clase concreta y su proyecto estatal es lo que le permite a la clase obrera actuar en su momento como *clase unificadora*.

18. *Adecuación o asimilación teórica*

El proletariado boliviano es el más avanzado o, por lo menos, uno de los más avanzados de la América Latina. Un pensamiento sociológico marxista no puede surgir con verdadera fuerza sino allá donde hay a la vez un poderoso movimiento obrero. Es un pendant

necesario: donde no hay pensamiento obrero, el impulso espontáneo de la clase se interrumpe. Donde no hay impulso espontáneo, la sociología marxista se vuelve ciencia pura, ya no es marxista. Es el tipo de problemas que va planteando la clase en su desarrollo lo que da lugar al pensamiento marxista.

Si las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época, es evidente que la burguesía, que aun en su forma secundaria no hace sino acabar de constituirse en Bolivia, no es una clase realmente dominante. La difusión del pensamiento marxista tiene tal extensión en el país que, desde 1952 hasta aquí, ningún gobierno se atreve a excluirlo, por ejemplo en los sindicatos o en las universidades, por lo menos en su uso terminológico. Las mismas ideas que la burguesía expone son aquellas que supone que pueden ser aceptadas por el movimiento obrero. El proletariado, sin embargo, no ingresa en la política real del país sino en la década de los 40 y, aunque adquiere un crecimiento fulminante, no hay duda de que se trata de una clase joven. Los obstáculos que le impiden tomar el poder, incluso cuando se configura como la clase materialmente vencedora, son entonces los que se derivan de su propio desarrollo interno.

Aquí nos topamos con la cuestión de la adecuación o asimilación. Aunque el proletariado es mucho más proletariado que la burguesía como burguesía, por las razones dichas, sin embargo carga también con las derivaciones de su participación subordinada en una gran revolución democrático-burguesa y, en

general, debe decirse que sólo sus sectores avanzados son hoy clase para sí; la clase en su conjunto es también una clase inconclusa. Ha dejado de ser ya una clase en sí pero no ha llegado todavía en bulto a ser una clase para sí.

Desde el momento de la transposición escolástica y elemental de las ideas marxistas hasta hoy, la experiencia teórica del proletariado boliviano ha recorrido mucho trecho. Sin embargo, si la asimilación se produjera sólo por la vía del estudio del marxismo, los grados de inmadurez que el proletariado detecta en cada una de sus derrotas sería sólo consecuencia de la falta de lecturas de los intelectuales de la clase obrera.

Es algo que poco tiene que ver con el promedio general del nivel cultural de un país. Sea bajo o alto dicho promedio cultural abstracto, una clase se plantea los problemas que le ocurren. Por eso, el socialismo científico le sirve de fuente indispensable pero la adecuación de la tesis general y universal a la táctica inmediata es algo que no se puede aprehender sino en las discusiones internas de la clase, en su crítica a las posiciones emitidas desde las otras clases y en su invasión práctica a las clases que debe someter.

Un país atrasado puede producir una avanzada clase obrera y, por el contrario, los países avanzados suelen implantar mecanismos de alienación y aristocratización eficientes como para impedir el desarrollo de su clase obrera. Estos son supuestos que hay que tener en cuenta en todo debate sociológico en torno a Bolivia.

19. Etapas del movimiento obrero

El proceso de integración de la clase obrera en Bolivia puede distinguirse a través de tres etapas:

1. La etapa del espontaneísmo de clase. En este momento, el carácter espontáneo del movimiento obrero es lo predominante de un modo casi absoluto. Dura desde 1940 hasta 1952, por lo menos, aunque sus resabios son por demás considerables en todo lo posterior. El carácter meramente espontáneo de esta etapa no podía sino servir a las modalidades populistas del MNR, cuya principal figura obrera fue Juan Lechín.

2. Es obvio que movimientos verdaderamente espontáneos no ocurren sino por excepción. Por tanto, cuando se habla de espontaneísmo se hace alusión a un carácter dominante. Ha habido antes una distribución molecular de la agitación, que es un riego ideológico y, por otra parte, tampoco es imposible adoptar el propio espontaneísmo como un pensamiento, una manera de concebir la actuación de las masas en el momento revolucionario. La descripción del movimiento espontáneo como un carácter esencial del proceso revolucionario puede ser una teoría; de otra manera, no habrían existido ni Rosa Luxemburgo ni el primer Trotsky.⁴⁶

3. El momento de la construcción del partido de la clase obrera. Pero lo importante en este campo no es el tener en abstracto la idea de la necesidad

⁴⁶ Para ello, v. G. Lora, *Historia del movimiento obrero en Bolivia* y sus demás libros y folletos.

del partido sino que ella sea una necesidad conscientemente apetecida por la clase. Es verdad que los partidos marxistas existieron desde hace varias décadas; pero sólo adquieren un contenido importante cuando los obreros abandonan al populismo, que ya ha defecionado, sufren nuevos fracasos en la reiteración de sus incursiones de tinte espontáneo y, en cambio, logran éxitos inusitados allá donde la conducción es llevada por los partidos obreros, como ocurrió en la transformación de la Asamblea Popular.

20. Temas obreros

En cualquier forma, el concepto fundamental que se deriva de las discusiones en la clase obrera boliviana es el de *la acumulación en el seno de la clase*. Esto tiene derivaciones importantes y se refiere de hecho a los métodos de la clase obrera. La propia aseveración de que la clase no excluye ningún método y de que no se liga tampoco a ninguno en especial, de que la transferencia del método y el repliegue desde el método son opciones propias del partido y no de la agrupación elemental, en fin, todo ello, no halla su implantación sino en la lucha teórica con los sectores que penetran en la discusión obrera ya comprometidos con métodos específicos, como es el caso de los grupos maoístas y los vanguardistas en general. La experiencia guerrillera del 67, en la que murió el comandante Guevara, fue uno de los acontecimientos-fuente de esta discusión.

Con todo, se distingue entre lo que son métodos de lucha y método de conocimiento. Para lo segundo se parte, como es elemental en el marxismo, del análisis de las situaciones concretas desde el punto de vista de la composición de clase de la situación y, aunque esto no es para nada una novedad para un sociólogo profesional sí lo es como práctica intelectual en manos de una dirección obrera; por consiguiente, las cuestiones no ligadas al devenir de la clase se vuelven librecas y la clase no las adopta.

Si se analiza la actuación de los obreros en el momento de la Asamblea Popular o las huelgas generales organizadas por los fabriles en medio de la represión más extensa en 1972 o la huelga campesina de Cochabamba de 1974, está claro que nada de eso habría sido posible si la masa no hubiera tenido ciertos métodos incorporados a sí, es decir, si no se hubiera producido esto que llamamos la acumulación en el seno de la clase. Pero, en cambio, los intentos de implantación de focos guerrilleros en Nancahuasu y Teoponte o la débil experiencia de enfoque maoísta en Santa Cruz en 1971 demostraban que se trataba de métodos no incorporados.

En cambio, de las experiencias de 1952 y 1971 surge ya la elaboración en principio de una teoría del Estado de la clase obrera, sobre todo a partir de las discusiones acerca del poder dual que, a nivel latinoamericano, fueron prácticamente exclusivas de Bolivia, aparte de algún planteamiento lateral en Chile. Pero no hay duda de que es

en Bolivia donde las discusiones en torno del tema adquieren una real envergadura.

En todo caso, aunque se nos ha dado con una gran generosidad la posibilidad de describir más bien que el pensamiento sociológico boliviano algunos de los problemas que estudia la sociología en Bolivia, sin embargo es claro que la dimensión misma de la exposición se postula mejor para un cuadro de temas que para el tratamiento de los temas. A manera de guía, puesto que se supone que uno de los objetos de estos congresos es la información, mencionamos algunos de los asuntos que han sido discutidos o son discutidos ahora por el movimiento popular boliviano:

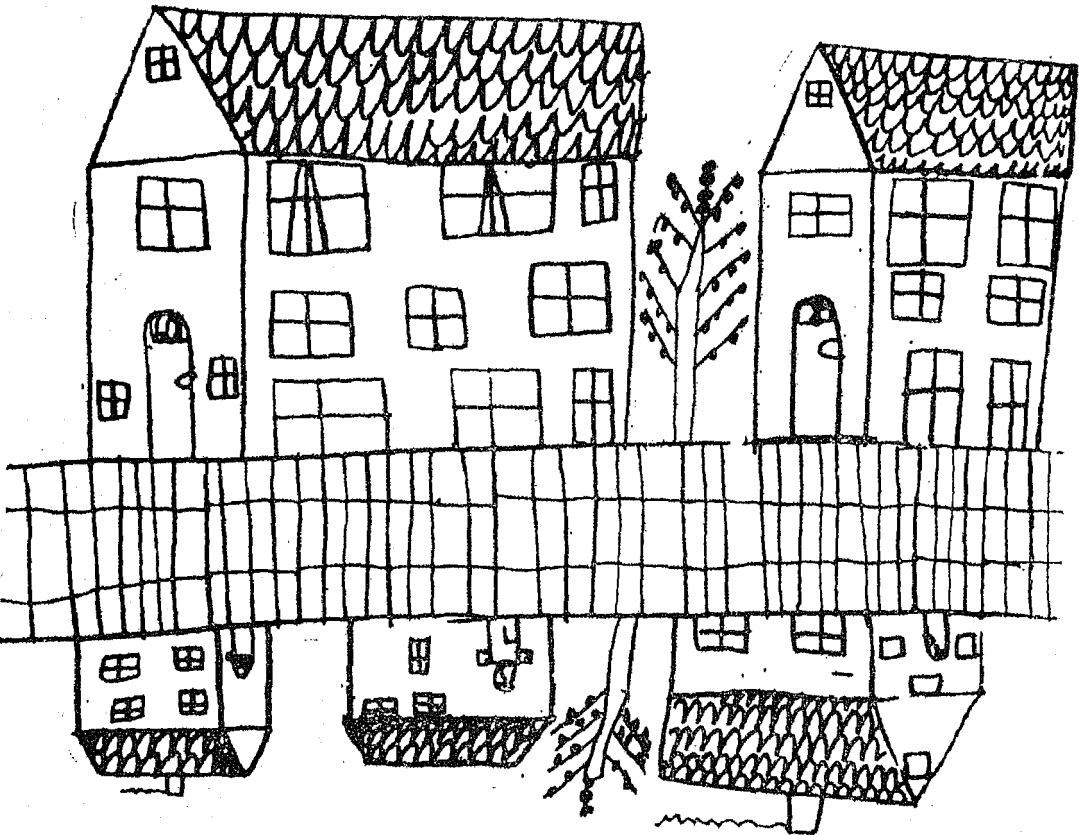
1. Teoría de la crisis nacional general;
2. La acumulación en el seno de la clase;
3. Problemas de la mutación en el seno de la revolución ininterrumpida;
4. Sobre la cuestión nacional en un país atrasado;
5. Estructuras del cambio del poder político en la fase no proletaria;
6. Relación clase-partido-Estado;
7. La irradiación de clase. Problemas que emergen de la expansión de la clase obrera;
8. Discusión sobre el sujeto del poder político en las revoluciones democráticas avanzadas;
9. El carácter de la revolución en Bolivia;
10. Sobre las alianzas. Diferenciación campesina, la lucha democrática por

la influencia en los sectores medios;

11. Condiciones tácticas de la explotación de las divisiones interburguesas;
12. Carácter del partido en países atrasados con procesos democrático-bur-

gueses esporádicos;

13. La teoría de la semicolonía aplicada a la experiencia nacional;
14. Problemas del reconocimiento interno de la clase y las regresiones en el movimiento obrero;
15. La cuestión de los métodos.



Auge y crisis del capitalismo en México. 1950-1971*

Raúl González Soriano

Este artículo intenta exponer la mecánica de la acumulación de capital en México en el periodo de posguerra y aclarar las posibles alternativas del sistema ante la crisis estructural que se inicia en la segunda mitad de los años sesenta y se manifiesta de manera abierta a partir de 1971.

Consideramos necesario, en primer lugar, abordar estos problemas con la ayuda de la teoría marxista de la reproducción y acumulación del capital social, descubriendo tanto sus manifestaciones generales como sus aspectos específicos.

En segundo término, referir la ilustración estadística al análisis del conjunto de la información disponible, con objeto de comprobar si la hipótesis manejada permite la explicación del material factual. Es decir, esforzarnos por encontrar la relación que existe entre

el funcionamiento real y el funcionamiento aparente del sistema.

Intentamos exponer los rasgos principales de la acumulación nacional en la posguerra, dividiendo el periodo en dos etapas principales. Una primera que se caracteriza por la formación de lo que llamaremos el modelo de desarrollo capitalista dependiente, que abarca de 1950 a 1965 aproximadamente, y que podemos asociar a una situación de relativa expansión y estabilidad de precios, con excepción de los bienes de consumo necesario.

Luego hablaremos del surgimiento y desarrollo de la crisis estructural que se despliega de 1965 en adelante y que se manifiesta con tendencias al estancamiento de la producción, la elevación del desempleo o la inflación. Todo ello ha conducido a la consolidación del capital monopolista y a la mayor dependencia de la acumulación interna respecto al curso de la reproducción capitalista a escala internacional.

* Primero de una serie de artículos. El segundo abordará los problemas del periodo 1971-1974.

I. La reproducción de capital en los países dependientes, una acumulación derivada

El desarrollo del capitalismo en México está sujeto, desde el punto de vista general, a las contradicciones inherentes a un proceso de acumulación esencialmente anárquico (a pesar de la creciente regulación estatal), y polarmente antagónico. La acumulación nacional no escapa a estas leyes generales, que en nuestro caso se han traducido en el inevitable deterioro de las condiciones de vida de los asalariados y en la concentración, y sobre todo centralización, de los capitales. Esto da lugar a una creciente monopolización. Es indudable que en el periodo que se analiza, el surgimiento del capital financiero es la base sobre la que se incrementa la monopolización, si bien este proceso se realiza con la activa participación del capital estatal y el extranjero.

Lo fundamental es que, en los últimos veinte años, se ha consolidado el predominio del gran capital en los sectores industrial, comercial, bancario y de servicios.

Pero estos fenómenos, con ser de gran importancia, no agotan las características del desarrollo del capitalismo en México y en países como el nuestro. Consideremos por tanto otros aspectos fundamentales del proceso de acumulación nacional. Nos referimos a dos conceptos que a nuestro juicio tienen una importancia equiparable a la de la creciente monopolización de la economía nacional, en la explicación de la

dinámica del capitalismo: el de *estructura de la producción* y el de la *base de acumulación*.

Por lo que respecta al primero de ellos, es necesario considerar que la acumulación nacional de capital se produce en el marco de una estructura interna de la producción. El peso fundamental de ésta descansa en la elaboración de bienes de consumo —en una primera fase de origen agrícola— y, posteriormente, con un cierto contenido manufacturero, que demanda la importación de un volumen creciente de maquinaria, equipo y bienes intermedios, por la inexistencia o débil eslabonamiento del sector de bienes de producción. De esta manera, la reproducción del capital en México es función principal de la acumulación del sector de bienes de consumo. Así, la reagrupación de los medios de producción en el sector I —premisa fundamental del crecimiento económico— queda determinada cada vez en mayor grado por las relaciones de dependencia. Es decir, se trata de una acumulación *derivada*.

Por otra parte, en el periodo de referencia, el proceso de acumulación interna adquiere las características de lo que llamamos capitalismo dependiente. Con esto queremos significar que la base de la acumulación nacional reviste la forma de materias primas y energéticos, y es desarrollada de manera principal por el capital estatal. Es esta base de la acumulación la que va a ser subordinada progresivamente en beneficio del gran capital asociado a las corporaciones norteamericanas, por lo que la economía nacional se relaciona cada

vez más orgánicamente con el curso de la acumulación internacional de capital.

Esta acumulación de capital *derivada y dependiente* se desarrolla condicionada por tres importantes fenómenos:

a) *La existencia de un problema agrario.* Un número importante de productores agrarios (pequeña economía campesina y sector ejidal) que concentra alrededor del 40% de la tierra laborable y una reducida proporción de la tierra de riego, no se ha integrado plenamente al desarrollo del capitalismo en el campo, pero aporta una proporción cercana al 40% de la producción. Desde luego que estos sectores se ven sometidos a la explotación del capitalismo y en su seno se desarrollan relaciones mercantiles plenas, pero su evolución hacia el capitalismo es muy lenta y zigzagueante. Al mismo tiempo, en el período que analizamos, la gran propiedad agraria de tipo capitalista concentra más de un 50% de la producción agrícola, 70% de la maquinaria y 70% de las tierras de riego, pero es insuficiente por sí sola —en función del área que explota—, de satisfacer los requerimientos de productos primarios que demanda la acumulación del capital.

Estos fenómenos afectan negativamente la dinámica de la acumulación en la medida que impiden un crecimiento del producto agrícola más rápido y determinan, por el contrario, un descenso en los ritmos de su incremento.

b) *La reproducción del capital inter-*

nacional. La etapa que nos corresponde analizar se caracteriza por una penetración del capital exterior, principalmente norteamericano, y abarca una fuerte expansión del capitalismo a escala internacional asociado, en la etapa de posguerra, a las guerras “locales” de Corea y Vietnam —en el caso de Estados Unidos— y a la prolongada expansión de países como Japón y Alemania Federal que se vieron empeñados en un programa de “reconstrucción” con ausencia de fuertes gastos militares. Hay entonces un período de rápido crecimiento de la economía internacional, sólo interrumpida por una recesión intermedia de la economía norteamericana en 1958.

El fortalecimiento del capitalismo en escala internacional se revertió sobre los países periféricos e impulsó el ensanchamiento de la dependencia con viejas y nuevas formas de control y sujeción. Este fenómeno hay que referirlo a la estructura de la producción interna de México, que se profundizó en este período ampliando la base de la acumulación; aun así no se formó una estructura de la producción en la que la acumulación del sector I se convirtiera en el elemento principal del proceso, por lo que el funcionamiento de la economía mexicana se encuentra cada vez más influido por el curso de la reproducción del capital internacional.

c) *El capitalismo de Estado.* El tercer rasgo característico de la acumulación de capital en México reside en que existe y se desarrolla un capitalismo de Estado constituido por empresas que operan en algunos sectores cla-

ves de la estructura industrial, del transporte y del sistema bancario. Para 1969 se estimó que, además de los sectores de energéticos, el Estado participaba en un 33.1% de la producción industrial manufacturera y en un 39.3% en el renglón de comunicaciones y transportes.¹ Una estimación reciente señalaba que el sector público —en el que se incluye además de las empresas del Estado y de los organismos de participación estatal al gobierno federal— participaba con aproximadamente el 20.1% del producto interno bruto, proporción equivalente a la alcanzada en países de mayor desarrollo como Alemania Federal,² (participación medida por la importancia del presupuesto federal y los sueldos y salarios pagados por las empresas del Estado). Sin embargo, todo este gigantesco mecanismo de acumulación favorece, en el periodo analizado, a la gran burguesía y alienta la penetración del capital extranjero.

Intentemos ahora establecer la relación entre las diversas facetas que reviste la acumulación de capital en el periodo de posguerra, para determinar cómo funciona su mecanismo.

II. El modelo de desarrollo del capitalismo dependiente. 1950-65

Aunque los años cincuenta se iniciaron con augurios de fuertes desequi-

¹ México, *la política económica del nuevo gobierno*, México, BANCAMEX, 1971, pp. 108-109.

² Alejo, Javier, "La política fiscal y el desarrollo económico de México", en *Crecimiento o desarrollo*, México, Sep Setentas, 1971, pp. 94-95.

libros económicos, las perspectivas de la entonces naciente gran burguesía, eran halagadoras. Fortalecida por los nuevos componentes de la burocracia política de los periodos presidenciales ligados al avilacamachismo y al alemanismo, enfrentaba con optimismo el futuro. No podía ser de otra manera; el movimiento sindical se encontraba, en lo fundamental, bajo el control oficial que asegura uno de los elementos vitales de cualquier proceso de acumulación: el mantenimiento de los salarios al más bajo nivel posible. El sector ejidal había sido frenado en su limitada expansión cooperativa y reducido a las peores tierras de temporal. También había sido sometido —en sus cultivos más rentables, como legumbres, algodón o henequén—, a la explotación general del sistema, mediante el concurso de las propias instituciones oficiales o de las empresas extranjeras. La gran propiedad de la tierra iniciaba su vertiginoso crecimiento en base a las reformas alemanistas al artículo 27 constitucional y se apropiaba grandes extensiones de tierra irrigada. Por primera vez en la historia moderna de México, los grupos de capital nacional habían logrado —siempre con la ayuda del Estado y mediante un sostenido proceso inflacionario—, aprovechar la coyuntura internacional favorable creada por la Segunda Guerra Mundial. Se inició un modelo de industrialización más profundo que abarcaría no sólo las industrias ligeras de bienes de consumo de tipo alimenticio y textil, sino —en la medida que se abría nuevamente el mercado de bie-

nes de capital en Estados Unidos y dada la disponibilidad de divisas—, un proceso más importante para desarrollar a ritmos elevados ramas como la siderurgia, cemento y las de bienes de consumo durable para el mercado interno.

Había sin embargo un factor de incertidumbre en este contexto: el representado por la creciente competencia del capital monopolista internacional. Este, una vez liquidada la economía de guerra, se encontraba decidido a participar, de ser posible en forma mayoritaria, en ese mercado interno en crecimiento. Esta contradicción debía resolverla la burguesía mexicana mediante su ensamblamiento con los intereses extranjeros y más tarde con su completa subordinación. El propio sector estatal sufriría —a medida que la acumulación derivada y dependiente del periodo avanzaba—, presiones cada vez más fuertes. Se iniciaba una contratación de créditos imperialistas que endeudarían fuertemente al país y que —al comenzar la segunda mitad de los años sesenta—, frenarían la tasa de expansión de sectores estratégicos de bienes de producción, entonces en manos del sector estatal.

Hacia 1950 la estructura de la producción en México era todavía la típica de un país subdesarrollado: el sector de bienes de consumo, en gran parte de origen agrícola, era predominante y representaba el 72% del producto total. Por lo tanto, la acumulación de capital era función del sector de bienes de consumo. De esta manera, había que fortalecer el sector de medios de producción, desarrollándolo y logrando su

mejor eslabonamiento. En 1950 apenas un 10.5% del producto industrial se originaba en ese sector. Al mismo tiempo, había que continuar con la política de obtener un excedente de exportaciones constituido por productos agrícolas y minerales.

En el inicio de los años cincuenta existía además el problema de que la industria manufacturera funcionaba con altos grados de capacidad ociosa por el retardo que se observaba en la demanda de bienes de consumo, derivada de una política de rebaja de los salarios reales. Sin embargo, la adopción de medidas para lograr cierta redistribución del ingreso implicaba una reducción de la tasa de ganancia que los grupos capitalistas no estaban dispuestos a aceptar.

La devaluación de 1954 marca así el principio de un periodo de ajuste a las nuevas realidades del periodo de posguerra. Las fuentes del crecimiento capitalista en esta fase de capitalismo dependiente fueron: a) el fortalecimiento del sector estatal —productor de bienes de producción de origen intermedio—, mediante la contratación de préstamos del exterior, que a mediano plazo minarían su expansión; b) una política de sustitución de importaciones de bienes de consumo duradero, que no contribuyó a la integración sustancial del mercado interno por orientarse hacia la elaboración de artículos terminados, como televisores, refrigeradores, automóviles y que demandaba la importación de un volumen creciente de insumos, ampliando el desequilibrio de la balanza comercial y facilitando la penetra-

ción de capital extranjero; c) orientación del crecimiento de la agricultura hacia la exportación.

Las medidas señaladas en el párrafo anterior fortalecieron a los sectores monopolistas y acrecentaron la dependencia del proceso de acumulación nacional, si bien se inició una etapa de crecimiento en el sector industrial y en la producción agrícola.

De las tres medidas enumeradas sólo la tercera se enfrentó a serios problemas. Por lo que hace al crecimiento del sector estatal, el gasto público federal creció a un ritmo de 17.3% a precios corrientes de 1950-60 y a un ritmo de 15.5% en el periodo 1960-64, reflejando el crecimiento del sector paraestatal en base al crédito externo. La política de sustitución de importaciones se desplegó, originando el crecimiento del sector de medios de producción de origen intermedio. Así, a mediados de los años 60, el sector I de la producción social era ya del 37% frente a un 63% del sector de bienes de consumo. Sin embargo, todavía era muy reducida la parte del producto industrial destinada a ampliar el propio sector de medios de producción, el que se situaba alrededor de 17% y cuyo volumen era en términos absolutos comparable al que se importaba desde las economías centrales en forma de bienes de capital y productos intermedios.

La base de la acumulación creada estaba así constituida básicamente de materias primas y energéticos, productos que podían ser utilizados en ambos sectores de la producción social, lo cual, en condiciones de una acelerada pene-

tración de capital extranjero, impedía lograr una estructura de la producción más congruente con las necesidades de la acumulación interna.

Por otro lado, el retraso en la demanda de bienes de consumo por parte del sector II se había agudizado. La existencia de un número grande de campesinos en tierras de temporal, la presencia de más de 3 millones de jornaleros en el campo, la reducción de los salarios reales mediante el elevamiento moderado pero constante en el precio de los artículos básicos, determinó una disminución de los salarios dentro del ingreso nacional.

Esta limitada transformación de la estructura de la producción, unida a la declinación de las exportaciones en el periodo 1956-62, sentó las bases para que la inversión extranjera directa se incrementara rápidamente en los años 60; también presionó para ampliar el endeudamiento con el exterior. Esta ofensiva del capital monopolista toma la forma de una estrecha fusión con algunos de los principales grupos monopolistas que se consolidaron en este periodo.

Las medidas adoptadas por el Estado para superar el estancamiento de las exportaciones, consistieron en intentar una "diversificación" de mercados y productos así como en desarrollar actividades como las del turismo y las de las transacciones fronterizas. Los resultados de esta política fueron totalmente negativos. Las exportaciones reanudaron su crecimiento, pero bastó una reducción en las ventas de algodón y café, para que en 1967 se regis-

trara nuevamente una contracción. La capacidad compensatoria del renglón servicios se fue reduciendo paulatinamente. Si en 1960 el país obtuvo un ingreso de 136 millones por este concepto, para 1965 esta entrada neta se había reducido a 69 millones únicamente; en 1969 el país pagó al exterior 15 millones de dólares por este concepto. Se habían creado las bases para el surgimiento de fuertes tensiones dentro del proceso de acumulación de capital.

Examinemos más detenidamente el proceso.

a) *Un desarrollo agrícola que pierde dinamismo*

Es conocido el hecho de que después de la etapa de los grandes repartos del periodo cardenista, el sector agrícola actuó como un elemento dinámico que impulsó de manera decisiva la ampliación del mercado interno. Este proceso, que aproximadamente culminó hacia mediados de la década de los cincuenta, fue lo que permitió a la economía nacional —junto con otros factores entre los que sobresale el desarrollo preferencial del sector de medios de producción—, efectuar el tránsito de país agrario a país agrario-industrial.

Sin embargo, este cambio se operó limitado por dos procesos paralelos que a la postre se convirtieron en un freno al desarrollo agrícola y determinaron la pérdida del dinamismo del sector, contribuyendo así a disminuir su influencia estimulante dentro de la dinámica general de la acumulación. Es-

tos dos factores fueron: una reforma agraria truncada, y una ligazón estrecha con los mercados de exportación que afectó, sobre todo, a las mejores tierras y a las áreas que se abrieron al cultivo como resultado de las grandes obras de irrigación.

El análisis que ha hecho Salomón Eckstein en *El marco macroeconómico del problema agrario mexicano* permite ejemplificar estos hechos. Después de una etapa de ajuste (1940-45) en la que el producto agrícola crece a una tasa de 3.5% (calculado a base de promedios quinquenales) se inicia una década de acelerado crecimiento (1945-56) en la que el ritmo alcanza su máxima tasa de crecimiento de 6.5% y que es de hecho el que determina el progreso agrícola en un 70% para el periodo 1940-60. Es significativo anotar —señala Eckstein— que gran parte de este avance fue conseguido por un aumento de 13.4% en la superficie cultivada de algodón entre 1946 y 1953.

El autor encuentra después que el quinquenio 1956-1961 es de receso relativo al reducirse el crecimiento agrícola a sólo 2.5%. Señala finalmente una etapa incierta de recuperación a partir de 1961 (crecimiento de 4.2% en el lapso 1960-1964) y concluye afirmando: “Como sea, presenciamos entonces una disminución en el ritmo de crecimiento agrícola, aun en la fase de recuperación del ciclo que comienza a mediados de los años cincuenta”.

En el periodo 1960-67, efectivamente, el ritmo de aumento del producto agrícola, medido a precios de 1950, ha sido más lento (3.9%) y apenas superior al

crecimiento demográfico que según estimaciones recientes se situaba en 3.5%.

El incremento anual de la producción agrícola ha sido menor al de la población en 1966, cuando fue del 2%; en 1967 del 1.5% y en 1969, cuando se registró un aumento de sólo 1.1%.

A veces se trata de restar importancia a estos hechos, aduciendo que el sector agrícola representa sólo el 10.6% del producto nacional (dato de 1967) y que el 35-40% de la producción agrícola se obtiene de las tierras de riego, lo que hace a la economía menos vulnerable a las variaciones de la producción agrícola, debido a causas climatológicas o sociales. Pero hay que tomar en cuenta que la exportación mercantil dependía en cerca de un 50% de los productos agropecuarios, y que el 50% de la fuerza de trabajo se encontraba ocupada en la agricultura. A pesar de la importancia cada vez mayor del sector industrial dentro del curso de la reproducción, lo cierto es que la agricultura todavía conservaba una influencia importante.

El descenso de la tasa de crecimiento de la producción agrícola, refleja la crisis actual por la que atraviesan las relaciones agrarias en México.

Como consecuencia del cambio de las relaciones de propiedad que se operaron con la reforma agraria, se abrió paso a un desarrollo del capitalismo en el campo. Sin embargo, al verse truncado el proceso de redistribución de la tierra, se dio lugar a la aparición de una reducida capa de burguesía agraria que paulatinamente acaparó las mejores tierras y concentró la mayor parte

de los instrumentos de producción, al tiempo que monopolizaba el agua y el crédito.

Esta vía de desarrollo agrario determinó que los progresos alcanzados por el sector, se limitaran preferentemente a las tierras de riego y a los productos ligados con el mercado exterior, mientras que en la mayor parte de las tierras de temporal susceptibles de explotación, el atraso técnico y la baja productividad eran fenómenos permanentes. Es cierto que en algunos cultivos de demanda interna —por ejemplo el trigo— se consiguieron avances de consideración a causa del establecimiento de la política de precios oficiales de garantía, pero éstos se obtuvieron a un costo social muy elevado.

Por otro lado, mientras la tendencia hacia la concentración de la propiedad y de la producción agraria se seguía manifestando con mucha fuerza, la mayor parte de la población rural —que se estimaba en 19.9 millones en 1968— se veía obligada a emigrar a las ciudades originando una depresión latente de los salarios industriales. También se veía obligada a subsistir precariamente, casi desocupada en las regiones agrícolas. Estos fenómenos deprimieron la demanda de bienes de consumo agrícola e industrial y frenaron el desarrollo del mercado interno, especialmente en lo que se relaciona con la producción de bienes de consumo (sector II).

El hecho de que en la agricultura con un volumen creciente de fuerza de trabajo, en gran parte subocupada, se observara un crecimiento más lento del

producto por hombre ocupado, es un índice más de las dificultades del desarrollo agrícola. Mientras en 1940-50 este índice creció a un ritmo anual de 2.9%, la tasa de crecimiento fue de sólo 1.9%. Se puede decir que esta tendencia en el periodo 1950-1960 se mantuvo, si consideramos que el producto por hombre ocupado fue de 1.4% entre 1960-1967 por lo que se refiere a la agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca.

b) *Un crecimiento industrial desequilibrado*

Es verdad que la producción industrial manufacturera logró avances considerables en esos años; la tasa de crecimiento que se alcanzó fue de 11% anual en el periodo 1960-67, y se tradujo en una mayor participación de la industria manufacturera en la producción global (de 23% en 1960 a 27% del PNB en 1967). Del mismo modo creció la fuerza de trabajo ocupada en la esfera de la producción industrial. En 1960 se estimaba que ésta ascendía a 2.1 millones de personas, cantidad que representaba el 19% de la fuerza de trabajo total. Este volumen aumentó hasta 3.7 millones de trabajadores en 1968, con una participación del 23.8% del total.

De manera aparente se podría pensar que el proceso de industrialización transcurría en forma ascendente. Empero, a pesar de los adelantos conseguidos, en el crecimiento industrial también se observaron importantes debilidades. La más importante de ellas fue sin duda la reducida participación

que todavía guardaba dentro de la estructura industrial el sector que producía medios de producción. El siguiente cuadro nos muestra los cambios que en este sentido se registraron en la etapa del capitalismo dependiente:

ESTRUCTURA DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL MANUFACTURERA

Sector	1950	1960	1966
I. Bienes de producción	27.4%	34.4%	37.2%
II. Bienes de consumo	72.6%	65.7%	62.8%

FUENTE: Para los años de 1950-1960: *La estructura industrial de México*, Banco de México, 1963. Para 1966: proyección hecha por el autor con base en el índice del volumen de la producción industrial de Nacional Financiera.

Estos datos permiten formarnos una idea aproximada de la dinámica que ha seguido el proceso de acumulación en México. En primer lugar destaca el hecho de que efectivamente se consiguieron avances en este terreno. Se observa una participación cada vez más importante del sector que elabora medios de producción (sector I) y la disminución correlativa del departamento que elabora medios de consumo (sector II). Sin embargo, a pesar de estos avances, nos falta recorrer un largo trecho para alcanzar estructuras de producción similares a las de los países industrialmente desarrollados. El peso que tenía el sector I dentro de la estructura in-

dustrial de los Estados Unidos era de aproximadamente 67% en el año de 1960 y de 72% en la Unión Soviética.³

Además, un examen más profundo de la estructura industrial nos señala que todavía era muy reducida la participación de aquella parte del sector I que se invertía en el propio sector (C₁). En 1950, esta porción del producto social era aproximadamente del 10.5% del producto industrial, participación que aumentó al 15.6% en 1960.⁴

La trascendencia de este hecho reside en que, de acuerdo con las leyes de la reproducción ampliada capitalista, es necesario que, por lo menos en las etapas iniciales de acumulación, esta parte del sector I (C₁) sea la más dinámica. En la medida que el proceso de industrialización se profundiza, el crecimiento preferencial del sector (y con ello la mayor parte de los aumentos de productividad del sistema) descansa sobre todo en el desarrollo de aquellas ramas que destinan su producto al propio sector I.

³ Vigotski, S. L., *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1964, p. 460.

⁴ Estas proporciones han sido determinadas con base en un reagrupamiento de las ramas que integran el sector de la industria de transformación en los dos departamentos fundamentales de la producción social (medios de producción y bienes de consumo), utilizando los cuadros de insumo-producto de México para 1950 y 1960 elaborados por el Banco de México. El método empleado parte del hecho que existe una estrecha vinculación entre los esquemas bisectoriales de Marx y el cuadro multisectorial de Leontief; y de que es posible por tanto obtener las proporciones básicas de los esquemas a partir de una matriz de insumo-producto. A este respecto, se han su-

De este modo, no puede considerarse que el sector I fuera el determinante del proceso de acumulación en México, por su reducida participación, su desarrollo desigual y la dirección de su crecimiento; es en este departamento de la producción —el decisivo en todo proceso de desarrollo independientemente de la forma social en que transcurra— donde se advertían las mayores dificultades y en donde los obstáculos al crecimiento que representaba la dependencia exterior actuaban con mayor fuerza.

En efecto, si de 1950 a 1960 la producción de medios de producción aumentó a una tasa del 17% (precios corrientes), en el periodo de 1960 a 1966 este ritmo se redujo a 9.6%. Es decir, se advertía en los últimos años de esta fase un crecimiento irregular del sector I y por tanto una más lenta modificación de la estructura industrial. Hubo años en todo este último periodo en los que el sector que elaboraba me-

gerido dos procedimientos fundamentales para realizar esta transformación. Oscar Lange ha expuesto una primera metodología en donde se agregan los dos sectores básicos del esquema marxista a partir de una matriz de insumo-producto. El otro procedimiento, que fue aplicado para el caso de México en este trabajo, ha sido sugerido por el economista soviético V. Nemchinov y consiste fundamentalmente en multiplicar una matriz de coeficiente de insumo directo por los vectores de demanda final y sumar término a término en sentido vertical los productos obtenidos; de esta manera se obtiene la estructura de los insumos, referida no al valor de la producción bruta total, sino separadamente para cada componente de la demanda final: insumos, existencias y formación de capital (sector I de la producción social) y consumo privado y público (sector II).

dios de producción creció menos que el sector de bienes de consumo. Así sucedió en 1962 y 1965.

Las causas de este crecimiento irregular obedecen a las condiciones en que se realiza la acumulación del capital industrial en México. En la década 1950-60, el proceso de industrialización se llevó a cabo con la activa intervención del Estado. La inversión estatal se orientó fundamentalmente a desarrollar las ramas del acero, del petróleo, de la energía eléctrica y, en forma indirecta —a través de su programa de obras públicas—, la de la construcción; fortaleció también el sector de transportes y comunicaciones y desarrolló un ramificado sistema bancario.

Al mismo tiempo, el nivel reducido que mantuvo la inversión extranjera permitió al capital nacional alcanzar ritmos importantes de acumulación y permitió que a fines de los años cincuenta se hubiera consolidado una estructura industrial a la que dotó de cierto dinamismo el crecimiento preferencial de los medios de producción en el periodo 1950-60.

Sin embargo, este crecimiento preferencial de los medios de producción se produjo en las ramas en las que los productos elaborados eran fundamentalmente energéticos y materias primas, mismos que podían ser utilizados indistintamente por los sectores I y II. Casi no se presentó en aquellas ramas que en forma predominante orientaban su producción a la elaboración de bienes de producción: por ejemplo, la construcción de máquinas herramientas.

Este ritmo de crecimiento irregular

que se advierte en el sector I obedecía a que las ramas que integran la industria pesada de transformación (destinadas a C_1 principalmente) no pudieron ser desarrolladas internamente con la suficiente intensidad y a que paralelamente durante los años sesenta se aceleró y profundizó la dependencia global del sistema respecto al capital monopolista internacional.

Así, el proceso lógico de la acumulación se vio truncado. Es natural que el crecimiento del sector I haya demandado en los últimos años un volumen considerable de capital constante, principalmente en la forma de maquinaria (C_1). También que el sector II haya requerido, posiblemente en un volumen mayor, este tipo de elementos. Sin embargo, todo este volumen de bienes ha tenido que importarse, a causa de la inexistencia o el retraso de estas ramas del sector I.

En 1960 la importación de bienes de producción fue considerable ya que alcanzó aproximadamente la misma magnitud que el valor de la producción del sector I utilizada en el mismo (C_1). Igualmente representó un 15% del valor de la producción industrial, con la desventaja adicional de que por su composición natural (C_1) estaba representada por materias primas y energéticos, mientras que la parte del capital constante de importación estaba compuesta de maquinaria y partes sueltas de reposición para equipo importado con anterioridad.

Este hecho es de gran importancia para entender lo que a nuestro juicio

constituye la esencia de la dependencia.

En el periodo 1965-68 la compra de "materias primas, bienes intermedios, partes sueltas y piezas de refacción y equipo de reposición" aumentó a una tasa de 8.9% anual; por otra parte, la compra de "equipo de capital que aumenta la planta productiva existente" lo hizo al 10.8% anual; finalmente, las exportaciones de mercancías aumentaron a sólo 4.2% anual. Esto explica por qué, para corregir este desequilibrio, hay necesidad de recurrir cada vez en mayor grado al endeudamiento externo, a la atracción del capital extranjero, al fomento de formas parasitarias como el turismo y otras.

Este es, desde nuestro punto de vista, el mecanismo interno de la dependencia. La realidad demuestra que, aunque la proporción que representa el contenido importación de la inversión nacional se ha venido reduciendo relativamente, por su composición natural ésta se refiere ahora a los productos que elaboran las ramas del sector I destinados a ser reinvertidos en el propio sector (C_1), compuestos por maquinaria y equipo que no existen en el país; y que, por lo que toca al problema del valor, por ser la importación uno de los elementos que crece más rápidamente, no puede ser financiado sino ampliando cada vez más la dependencia.

c) *El problema de la dependencia comercial y financiera*

El crecimiento en los años de 1950 a 1965, fue acompañado de una mayor

supeditación al exterior. La ampliación que alcanzó el mercado interno obligó al capital monopolista a desplazar sus inversiones de los servicios públicos y las industrias extractivas hacia la industria manufacturera y el comercio, originándose una mayor participación del capital extranjero en la economía nacional. También la deuda externa alcanzó niveles muy elevados que afectaron en forma muy amplia el desarrollo del país. Se reforzó la dependencia comercial y se amplió, por todo lo anterior, la tecnológica.

Los rasgos negativos que expresa la supeditación comercial de nuestro país se agudizaron. Mientras la participación de los Estados Unidos se ha situado por encima del 60% del intercambio total en la década de los sesenta, llegando en algunos años hasta cerca del 70%; los países que integran la ALALC apenas si participan con el 3% y los países socialistas en su conjunto no representan ni el 1%. La diversificación del comercio exterior marchó, pues, en forma muy lenta y apenas si los países de Europa Occidental, a cuya cabeza marchan los monopolios de la República Federal Alemana, han aumentado su participación del 10 al 12% del intercambio total. Estas cifras están deformadas, sin embargo, por la gran magnitud que alcanza el contrabando (en realidad el porcentaje de la importación desde EU es mayor).

Por otra parte, la estructura de las exportaciones siguió reflejando el atraso y el carácter agrícola de la economía. Aunque constantemente se habla de que los productos manufacturados tienen una participación creciente, lo

cierto es que se siguió dependiendo —para obtener el grueso de las divisas necesarias— de la venta de materias primas o del endeudamiento con el exterior. Así, si bien las exportaciones pasaron de 9,234 millones de pesos en 1960, a 14,535 millones en 1966, bastó que ocurriera una reducción de las ventas de algodón y café en 1967, para que las exportaciones experimentaran una reducción de aproximadamente 737 millones de pesos en ese año.

Como es sabido, las importaciones están integradas en más de un 80% por bienes de producción. Esta situación no es más que el resultado del débil desarrollo interno en las ramas que forman este sector que, como hemos visto, es el decisivo en el proceso de acumulación general.

Las compras al exterior aumentaron en el periodo 1961-67 a un ritmo de 7.6%, superior al incremento del producto nacional. Esto, unido al menor volumen de las exportaciones, amplió el déficit de la balanza comercial, que pasó de 5,596 millones de pesos en 1960, a 8,056 millones en 1967. De esta manera se facilitó la penetración de la inversión extranjera.

Mientras en 1950 la inversión extranjera ascendía aproximadamente a 570 millones de dólares, en 1960 alcanzó un volumen de 1,080 millones y se estimaba que a mediados de la década de los 60 llegaría a 1,600 millones. El 56% de este total se localizó en las industrias manufactureras y 10% en empresas comerciales, es decir, en los sectores en que la tasa de ganancia es más

elevada y en los que se observan las mayores tasas de crecimiento.

En los últimos años se ha presentado una gran ofensiva del capital monopolista que, mediante la fusión con algunos de los principales grupos monopolistas formados en México, controla los sectores y empresas más importantes de la industria mexicana.

Sin embargo, la inversión extranjera no se dirige hacia aquellas ramas de la industria pesada que podrían liberar al país de su dependencia. En los últimos años se ha canalizado principalmente a la producción de alimentos elaborados, a la industria electrónica, a la industria química y a la rama automotriz.

El elevado ritmo con que ha penetrado en el mercado interno la inversión extranjera puede apreciarse si se considera que la inversión promedio anual pasó de 84.1 millones de dólares en el periodo 1959-61, a 151.5 millones en el lapso 1960-66.

Otro de los renglones en que se aprecia el alto grado de supeditación en que se vio colocada la economía mexicana es el vertiginoso crecimiento experimentado por la deuda externa. Mientras que en 1961 la deuda externa era de 983 millones de dólares, en 1966 se había duplicado alcanzando un total de 1965 millones en sólo 5 años.

En consecuencia, aumentaron los intereses que por este concepto se tuvieron que pagar al capital extranjero. En el mismo periodo —1961-67— los pagos por concepto de intereses de las deudas oficiales aumentaron a un ritmo de

22% anual; esto es más del doble que el aumento registrado por el mismo concepto en la década 1950-60, en que fue de 10.5% únicamente, pasando de 35 a 121 millones de dólares. En 1968 se tuvieron que erogar por este concepto 160 millones de dólares. Así, el servicio total de la deuda externa ha pasado de 207 millones en 1961 a 710 millones en 1968.

d) *Capacidad limitada de consumo y acumulación*

Finalmente, existen suficientes evidencias de que el desarrollo en esos años se tradujo en un descenso de la ya baja capacidad de consumo de la masa principal de la población asalariada.

Hay numerosos testimonios que señalan la "injusta distribución del ingreso nacional" y esta tesis es reconocida de manera abierta. En especial se hace énfasis en las tendencias que se observan hacia su concentración: "El examen de los datos conocidos sobre la distribución de salarios y sueldos reales (expresada en pesos de 1950) indica que la proporción de trabajadores que ganaba menos de 75 pesos mensuales se elevó del 12% del total en 1950 al 14% en 1956 y al 19% en 1964-65".

"Los datos relativos a la distribución de ingreso monetario familiar mensual señalan que el 5% de las familias de mayores ingresos aumentaron su participación dentro del ingreso total del 26% en 1956 al 30% en 1964-65".⁵

⁵ Prieto Vázquez, Jesús, "La distribución del ingreso en México", *Comercio Exterior*, México, sept. de 1969. Este breve ensa-

Por otra parte, de acuerdo con estimaciones presentadas por el Banco Nacional de México, de 1960 a 1966 se registró una disminución de 28.7% a 26.3% en la participación de los sueldos y salarios dentro del producto interno bruto. Por su lado, las utilidades de los empresarios aumentaron del 30.1% al 34.8%.⁶

Sin embargo, por ahora nos interesa más que evidenciar el bajo nivel de consumo de la población —inseparable a todo proceso capitalista de producción—, explicar cuál es la influencia que este hecho tiene en el funcionamiento general del sistema.

Hemos visto ya que el desarrollo industrial da origen a una estructura productiva en la que todavía se advierte una reducida participación del sector I, sobre todo en lo que se refiere a la fabricación de medios de producción destinados al mismo ($C_1 =$ al 15% del producto de la industria de transformación en 1960). Esto significa que la mecánica de la acumulación derivada y dependiente del periodo, opera de manera que no se utilizan las posibilidades de expansión representadas por el he-

yo prueba mediante un estudio estadístico el "evidente empeoramiento de la distribución del ingreso". Empero, el autor estima, acertadamente, como de mayor importancia, la explicación de las causas de esta tendencia.

⁶ Banco Nacional de México, "Costo de la mano de obra", en *Examen de la situación económica de México*, junio de 1967. Estimaciones presentadas por el entonces Secretario de Hacienda, en "Desarrollo estabilizador. Una década de estrategia económica en México", *El mercado de valores*, año XXIX, No. 43, 3 de nov. de 1969, señalan por el contrario una leve mejoría en la posición de los asalariados.

cho de que el capital constante de este sector (C_1) no se traduce en ingresos. La producción capitalista puede expandirse dentro de ciertos límites con base en un aumento preferencial del sector I a pesar de que el consumo de las masas se estanque o incluso descienda.

De este modo, la especificidad del proceso interno de reproducción agota rápidamente estas posibilidades —precisamente por lo reducido de (C_1)— y pronto se alcanza el límite en que el sistema se ve constreñido dentro de los estrechos marcos del consumo personal para asegurar su expansión. De ahí que en condiciones en las que por diversas causas es muy reducida la capacidad limitada de consumo de la población total (básicamente integrada por $V_1 + V_2 + P_c$; este último entendido como la parte de la plusvalía que se consume por los capitalistas), se restringe el crecimiento general. Entonces “un nivel determinado de consumo, constituye uno de los elementos de la proporcionalidad” (del sistema R.G.).⁷

Así, no existe en el proceso de acumulación del periodo (dentro de ciertos límites) la ampliación del mercado interno en base a la aparición de nuevas ramas dentro del sector I. Se depende entonces de un bajo nivel de consumo que limita las posibilidades de crecimiento del sector II, o lo orienta hacia la obtención de artículos de lujo que demanda el sector reducido de altos

ingresos, frenando la ampliación del mercado interno.⁸

III. Surgimiento y desarrollo de la crisis estructural: 1965-1972

Al iniciarse la segunda mitad de los años sesenta se podían advertir ya claros signos de debilitamiento en el modelo de desarrollo capitalista dependiente seguido desde principios de la posguerra. Estas tendencias no afloraron en forma de crisis abierta sino hasta el periodo de receso de 1971 y el primer semestre de 1972; pero la segunda mitad de los años sesenta marca el fin, indudablemente, de toda una etapa en el crecimiento capitalista en México. Paulatinamente se habían venido imponiendo los intereses de la gran burguesía asociada con el imperialismo. El crecimiento que efectivamente alcanzó el capitalismo en el periodo 1950-1970 consolidó al sector monopolizado de la economía, en cuya cúspide se entronizó una poderosa oligarquía y se fortaleció al capital extranjero, truncando así las posibilidades de un crecimiento capitalista autónomo y regular, capaz de aprovechar la base interna de acumulación creada.

¿De qué manera se expresaban las principales contradicciones del capitalismo mexicano en esta etapa? Cuatro son, a nuestro juicio, las principales des-

⁷ Lenin, “Observación sobre el problema de la teoría de los mercados”, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, T. I, p. 56.

⁸ La otra limitación está representada por el hecho de que el capital constante del sistema ($C_1 + C_2$) se obtiene en una gran proporción del extranjero y está sometido a las presiones de balanza de pagos en particular y de los mecanismos de dependencia general ya analizados antes.

proporciones que, actuando en el conjunto de la misma estructura, explican el surgimiento y desarrollo de esta crisis.

a) Un crecimiento agrícola que no se traduce ya en una ampliación del mercado interno. Esto es producto de una reforma agraria incompleta que hizo muy lento y contradictorio el desarrollo del capitalismo en el campo.

Si analizamos cuál es el ritmo de crecimiento del producto agrícola en los últimos años se observa que de 1964 a 1972 el crecimiento medio anual fue de sólo 1.5%. México pasó así —después de ser uno de los pocos países capitalistas subdesarrollados que mantuvo incrementos en la producción agrícola por encima de los aumentos de su población—, a una situación crítica en la que se observan grandes déficits.

b) Una estructura industrial en la que la acumulación no es función principal del sector I. Si bien, al iniciarse los años setenta la proporción del departamento de bienes de producción superaba ya el 40% del producto manufacturero. De acuerdo con un estudio hecho por Gerardo M. Bueno y K.D.N. Singh sobre el sector de bienes de capital en México, el valor de la producción de maquinaria pesada en nuestro país, en el año de 1970, alcanzaba un total de 4,750 millones de pesos,⁹ valor que representa alrededor de un 4% del producto manufacturero. Ello significa que la base de la acumulación que se crea a partir de esta estructura de la producción

sigue estando en lo fundamental compuesta por materias primas, energéticos, productos siderúrgicos y químicos, los cuales, por su propia naturaleza, pueden ser destinados a cualquiera de los dos sectores fundamentales de la producción y no se canalizan necesariamente al sector de bienes de producción. Esto posibilita un tipo de crecimiento muy limitado y obliga a incrementar las importaciones de bienes de capital para ampliar la producción.

En su conjunto, la estructura de la producción requiere para su reposición y expansión de una importación creciente de piezas de repuesto, maquinaria y equipo, que agudizan el desequilibrio comercial y facilitan la penetración del capital extranjero.

Por otra parte, el sistema de empresas estatales depende cada vez en mayor medida —para impulsar el crecimiento de las industrias de energéticos y productos químicos y siderúrgicos— del financiamiento del exterior. La política de grandes subsidios concedidos al segmento monopolizado de la economía, le impide contar con recursos propios para la acumulación de este importante sector de bienes de producción.

En el curso de los últimos tres años el crecimiento del sector I ha sido nuevamente irregular. A partir de 1972 el ritmo de crecimiento de los sectores I y II ha sido de 9%. Lo anterior, unido al hecho de que la producción petrolera registra tasas de incremento muy reducidas —de 6% en 1972 y 4.5% en 1973—, hace pensar que se ha debili-

⁹ "El sector de bienes de capital en México", *Comercio Exterior*, enero de 1973, p. 71.

tado la utilización de la base de la acumulación, debido a que el capital constante adicional del sistema se canaliza en su mayor parte a las ramas que producen bienes de consumo cuya tendencia es irregular por la magnitud tan grande que adquiere el subconsumo.

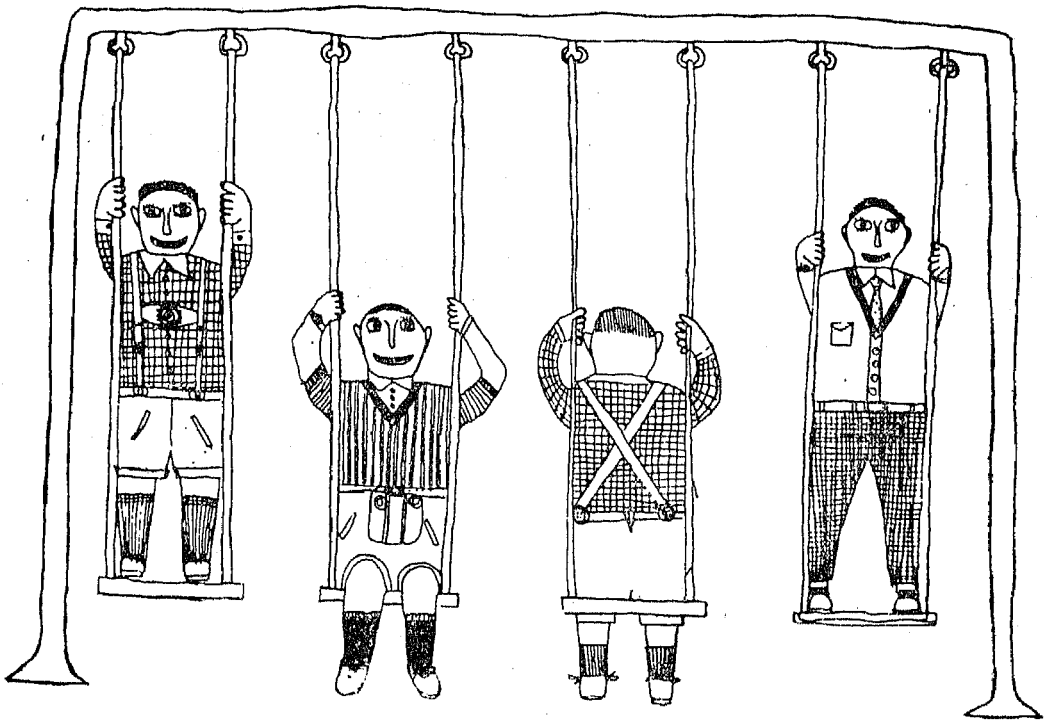
El crecimiento del producto manufacturero no es función principal del sector I, por el contrario, su reposición y expansión descansan en una importación creciente. El sistema de empresas estatales se basa, para lograr su acumulación, en el crédito externo.

c) A consecuencia de lo anterior, existe una elevación general del nivel de dependencia, dirigida básicamente a minar las posibilidades de acumulación interna. Esta elevación consolida y am-

plía aún más el predominio del capital norteamericano y le permite de este modo someter a una explotación global la economía mexicana.

d) Monopolización creciente de la economía con una inevitable secuela de subconsumo de las masas, descenso del nivel de vida, aumento del desempleo y subocupación, que van creando condiciones cada vez más difíciles para la expansión al sector de bienes de consumo.

Estas contradicciones actúan así dentro de la misma estructura y se condicionan, por tanto, recíprocamente, de manera que la agudización de una implica el fortalecimiento de las demás. Tal es la magnitud de la crisis de la estructura económica por la que atraviesa nuestro país.



Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia *

Agustín Cueva **

La teoría de la dependencia, al menos en su vertiente de izquierda que es la que aquí nos interesa analizar, nace marcada por una doble perspectiva sin la cual es imposible comprender sus principales supuestos y su tortuoso desarrollo. De una parte, surge como una violenta impugnación de la sociología burguesa y sus interpretaciones del proceso histórico latinoamericano, oponiéndose a teorías como la del dualismo estructural, al funcionalismo en todas sus variantes y por supuesto a las corrientes desarrollistas; con lo que cumple una positiva función crítica sin la cual sería imposible siquiera imaginar la orientación actual de la sociología universitaria en América Latina. De otra parte, emerge en conflicto con lo que a partir de cierto momento dará en llamarse el marxismo "tradicional".

Ahora bien, toda la paradoja y gran

* Ponencia presentada al XI Congreso Latinoamericano de Sociología (San José, Costa Rica, 1974) y elaborada en el Centro de Estudios Latinoamericanos, de la Facultad de Estudios Políticos y Sociales de la UNAM.

** Este trabajo ha sido realizado con la colaboración de Pilar Calvo.

parte de la originalidad de la teoría de la dependencia estriba, sin embargo, en una suerte de cruzamiento de perspectivas que determina que, mientras por un lado se critica a las corrientes burguesas desde un punto de vista cercano al marxista, por otro se critique al marxismo-leninismo desde una óptica harto impregnada de desarrollismo y de concepciones provenientes de las ciencias sociales burguesas.

El debate sobre feudalismo y capitalismo en América Latina, que derramó mucha tinta y sembró no poca confusión teórica, es sin duda el ejemplo más claro, aunque no el único de lo que venimos diciendo. Debate situado aparentemente *en el seno del marxismo*, el que Gunder Frank y Luis Vitale¹ sostuvieron con la "izquierda tra-

¹ Luis Vitale nunca formuló desde luego una teoría de la dependencia. Pero si trabajos suyos como el titulado *América Latina: ¿feudal o capitalista?* alcanzaron tanta difusión, es porque se inscribían dentro de una perspectiva teórica que ya empezaba a pensar nuestra problemática en términos izquierdistas pero que visiblemente se alejan de los del marxismo-leninismo.

dicional” tiene empero la particularidad de que por parte de esos autores se formulan tesis que sólo se vuelven comprensibles a condición de abandonar la teoría marxista.

En efecto, y por poco que uno haga caso omiso de *El Capital* y se ubique de lleno en la óptica de la economía y la historiografía no marxistas, las aseveraciones de Frank y Vitale se tornan límpidas e irrefutables. Definido el capitalismo como economía monetaria y el feudalismo como economía de trueque o, en el mejor de los casos como economía “abierta” y economía “cerrada” respectivamente, pocas dudas caben de que el capitalismo se instaló plena y profundamente en América Latina no sólo desde su cuna sino desde su concepción, como llegó a decirse. Para demostrarlo, ni siquiera era menester realizar nuevas investigaciones históricas —y en efecto nadie se dio el trabajo de hacerlas—; bastaba retomar los materiales proporcionados por la historiografía existente y demostrar que en el período colonial hubo moneda y comercio. Seguir, en suma, aunque no sin caricaturizarlo, un razonamiento análogo al que permite a Pirenne afirmar la existencia de capitalismo en la Edad Media, a partir del siglo XII por lo menos.²

Todo esto, envuelto en una especie de mesianismo cuya lógica política resulta además imposible de entender, a menos de tomarla como lo que en rea-

lidad fue: una ilusión de intelectuales. Las que aparecían entonces como nuevas líneas revolucionarias en América Latina, esto es el castrismo y el maóismo, se habían constituido desde luego con mucha anterioridad al “descubrimiento” del carácter no feudal de la Colonia; y, en cuanto a la táctica de frentes populares que se quería impugnar, era obvio que no iba a derrumbarse con el sólo retumbar de estas nuevas trompetas de Jericó. El Frente que se formó en Francia en 1936, por ejemplo, no necesitó hablar de feudalismo para sustentarse.

Sea de ello lo que fuere, lo que importa destacar aquí es esta primera gran paradoja que envolverá a la teoría de la dependencia “desde su cuna”: la de constituirse como un “neomarxismo” al margen de Marx. Hecho que pesará mucho en toda la orientación de la sociología latinoamericana contemporánea y terminará por ubicar a dicha teoría en el callejón sin salida en el que actualmente se encuentra.

Esta situación ambigua debilitará incluso las críticas hechas a las teorías burguesas del desarrollo y el subdesarrollo, en la medida en que sus impugnadores permanecen, de una u otra manera, prisioneros de ellas. Es lo que ocurre con Gunder Frank por ejemplo, quien en su ensayo *La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología*, por lo demás muy meritorio, entabla una descomunal batalla con los discípulos de Parsons, destinada a saber dónde existen pautas más “universales” de comportamiento, si en los países desarrollados o en los subdes-

² Cfr. por ejemplo, su *Historia económica y social de la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 119 y ss.

arrollados,³ embarcándose así en una polémica barroca de la que ni siquiera es seguro que resulte vencedor. Después de todo, la mistificación de los parsonianos no radica en el hecho de encontrar en los países subdesarrollados orientaciones de conducta que en realidad pueden darse en áreas donde el modo de producción capitalista aún no se ha desarrollado suficientemente, sino en sustituir el análisis de las estructuras por el de sus efectos más superficiales y presentar a éstos como las determinaciones últimas del devenir social.

El mismo debate sobre el *dualismo estructural*, tesis burguesa que en realidad era menester combatir, parece desembocar a menudo en la simple recreación de un dualismo de signos invertidos, en el que el planteamiento y por lo tanto los elementos básicos del análisis no cambian, sino sólo su papel. En las *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* de Rodolfo Stavenhagen, por ejemplo,⁴ los sectores "tradicional" y "moderno" siguen presentes como unidades analíticas fundamentales, con la única diferencia de que ahora ya no es el sector "tradicional" el causante del atraso sino más bien el sector "moderno". Por eso, la misma

³ Cfr. su libro *Desarrollo del subdesarrollo*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1969, p. 34 y ss.

⁴ Stavenhagen no formula en rigor una teoría de la dependencia y, lo que es más, se aparta del horizonte teórico de ésta en sus trabajos más amplios. Pero las *Siete tesis* se escriben indudablemente bajo la influencia de los autores dependentistas y constituyen en cierta medida el manifiesto de toda una generación.

teoría del *colonialismo interno*, al menos tal como es presentada en las *Siete tesis*, dificulta el análisis de clase en vez de facilitarlo, conduciendo además a conclusiones sumamente cuestionables como aquella de la séptima tesis, en donde se formula la inviabilidad de la alianza obrero-campesina en Latinoamérica aduciendo que "la clase obrera urbana de nuestros países también se beneficia con la situación de colonialismo interno". El propio autor parece haber sentido las limitaciones de este tipo de enfoque, por lo que reformulará posteriormente su tesis del colonialismo interno en términos de combinación de modos de producción,⁵ retomando de este modo uno de los conceptos centrales del marxismo clásico, que en las *Siete tesis* aparecía más bien catalogado como una sofisticada variante del dualismo estructural.

De todas maneras hay, en este trabajo de Stavenhagen y sobre todo en los de Frank, la presencia de un esquema en el cual la explotación y por tanto las contradicciones de clases son remplazadas por un sistema *indeterminado* de contradicciones nacionales y regionales que, justamente por su indeterminación, no dejan de plantear serios problemas desde un punto de vista estrictamente marxista. A este respecto, antes que preguntarse si el modelo frankiano, por ejemplo, es compatible o no con un análisis de clase, resulta importante constatar que en ensayos

⁵ Véase su intervención en el seminario sobre clases sociales realizado en Oaxaca en 1971, reproducida en *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI Ed., 1973, pp. 280-281.

como el titulado *Chile: el desarrollo del subdesarrollo*, la lucha de clases está simplemente ausente, pese a que en dicho país, hasta donde sabemos, la historia no parece ser muy pobre en este aspecto.

Este desplazamiento que convierte a los países y regiones en unidades últimas e irreductibles del análisis es el que confiere, además, un tinte marcadamente *nacionalista* a la teoría de la dependencia, y no porque la contradicción entre países dependientes y Estados imperialistas no se dé históricamente, cosa que sería absurdo negar, sino porque un inadecuado manejo de la dialéctica impide ubicar el problema en el nivel teórico que le corresponde: esto es, como una contradicción derivada de otra mayor, la de clases, y que sólo en determinadas condiciones puede pasar a ocupar el papel principal. Si no nos equivocamos, el único texto en que se aborda este problema de manera sistemática e inequívoca es *Imperialismo y capitalismo de Estado*, de Aníbal Quijano;⁶ pero no se olvide que tal escrito data de 1972, cuando ya los cimientos de la teoría de la dependencia están bastante resquebrajados y el propio Quijano se encuentra, a nuestro juicio, más cerca del marxismo a secas que de aquella corriente.

Y no es únicamente en estos puntos, de por sí importantes, que los nuevos modelos de análisis cojean. Antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia sigue moviéndose, de hecho, dentro del campo pro-

blemático impuesto por la corriente desarrollista e incluso atrapada en su perspectiva economicista. Ocurre como si el neomarxismo latinoamericano, al polemizar con sus adversarios, hubiera olvidado o desconocido la tajante advertencia de Marx en la *Ideología alemana*: "No es sólo en las respuestas, sino en las preguntas mismas, donde ya hay una mistificación".

En efecto, la pregunta que se hicieron los desarrollistas al comenzar la década de los 60 venía ya cargada de ideología, no sólo porque al indagar cuáles eran los escollos para un "desarrollo económico-social acelerado y armónico" (?) de nuestros países escamoteaban la cuestión central (*explotación de clase*) y reducían la problemática a la del simple *desarrollo indeterminado de las fuerzas productivas*, imponiendo así una perspectiva economicista, sino también porque de hecho tal pregunta involucraba la aceptación de que un desarrollo de este tipo —equilibrado, armonioso, sin depresiones ni crisis—, es posible alcanzar bajo el sistema capitalista. Así y todo, la pregunta tenía un sentido y una coherencia, que le eran dados precisamente por la ideología de clase en que se sustentaban. En cambio, ¿qué sentido podía tener para un marxista formularse las mismas preguntas, sin antes desmontar y rehacer toda esta problemática? ¿De qué desarrollo frustrado o frenado se estaba hablando en este caso?

Frank encontró desde luego una fórmula mágica, la del "desarrollo del subdesarrollo", que entre otros supuestos implicaba el de la "continuidad en

⁶ En rev. *Sociedad y política*, 1, Lima, junio de 1972, p. 5.

el cambio", que Theotonio Dos Santos no tardó en señalar, con razón, como una concepción a-dialéctica.⁷ En realidad se trataba de un mito, tal vez no del eterno retorno pero sí de la eterna identidad, que en lugar de introducir una dimensión histórica en el análisis suprimía la historia de una sola plumada. Pero aun así, Frank tuvo que recurrir a sutiles acrobacias verbales para apuntalar una teoría en que la retórica ocupaba visiblemente las lagunas dejadas por la dialéctica:

"Al extender esta vieja tesis sobre las regiones más colonializadas y explotadas, para comprender no sólo Latinoamérica sino Asia y Africa también, y al denominarlas 'ultrasubdesarrolladas' en mi exposición en Caracas, los compañeros Francisco Mieres y Héctor Silva Michelena objetaron que conforme a mi 'teoría' el ultrasubdesarrollo debería darse, no en aquellas regiones anteriormente más colonializadas, sino en las actualmente más colonializadas, y que de hecho, según Silva el país que sufre más ultrasubdesarrollo en América Latina es Venezuela. La objeción teórica me pareció correcta y también la evaluación del ultrasubdesarrollo venezolano a causa de la ultraexplotación del boom de exportación de petróleo. Acordamos denominar, muy provisionalmente este último como un desarrollo 'activo' del ultrasubdesarrollo y buscar otra palabra concep-

⁷ "El capitalismo colonial según A. G. Frank", en *Dependencia y cambio social*, Cuadernos de estudios socioeconómicos, No. 11, CESO, Universidad de Chile, 1970, p. 151 y ss.

tual para el estado 'pasivo' del ultrasub- (¿o lumpen?) desarrollo de aquellas regiones de exportación de etapas anteriores del desarrollo capitalista mundial".⁸

En un plano ya más serio, el propio Theotonio Dos Santos entabló una polémica con Lenin, que resulta interesante reconstituir para ver hasta qué punto la teoría de la dependencia y el marxismo-leninismo se movían en órbitas aparentemente muy cercanas pero en el fondo harto distintas. Nos referimos a aquel texto en que Dos Santos afirma que "la dependencia, conceptuándola y estudiando sus mecanismos y su legalidad histórica, significa no sólo ampliar la teoría del imperialismo sino también contribuir a su reformulación".⁹

¿De qué reformulación se trata exactamente? Según Theotonio Dos Santos, de "algunos equívocos en que incurrió Lenin, al interpretar en forma superficial ciertas tendencias de su época. Lenin esperaba que la evolución de las relaciones imperialistas conduciría a un parasitismo en las economías centrales y su consecuente estagnación y, por otro lado, creía que los capitales invertidos en el exterior por los centros imperialistas llevarían al crecimiento económico de los países más atrasados".

Al respecto, Lenin dice textualmente lo siguiente:

"La exportación del capital influye sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido,

⁸ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, Chile, Ediciones Prensa Latinoamericana, S. A., 1970, p. 37.

⁹ *Dependencia y cambio social*, pp. 41-42.

acelerándolo extraordinariamente. Si, por este motivo, dicha exportación puede, hasta cierto punto, ocasionar un cierto estancamiento del desarrollo en los países exportadores, esto se puede producir únicamente a costa de la extensión y del ahondamiento del capitalismo en todo el mundo".¹⁰

Afirmación errónea, a juicio de Dos Santos, porque: "En primer lugar, Lenin no estudió los efectos de la exportación de capital sobre las economías de los países atrasados. Si se hubiera ocupado del tema, hubiera visto que este capital se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de estos países. Es decir, no se trataba de la inversión imperialista en general, sino de la inversión imperialista en un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que abría realmente una nueva etapa de la dependencia de dichos países".

Sí, pero no nos parece nada seguro que si Lenin se hubiera ocupado del tema habría modificado lo substancial de su afirmación, al menos en lo que a los países atrasados concierne, entre otras razones, porque Lenin no dice lo que Theotonio Dos Santos le atribuye. En el resumen que éste hace de la tesis de aquél hay una diferencia terminológica que en el fondo remite a una diferencia de conceptos y universos teóricos que es el origen de todo

¹⁰ *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en lenguas extranjeras, 1972, p. 80.

el malentendido: Lenin no afirma, en ningún momento, que las exportaciones de capital "llevarán al *crecimiento económico* de los países más atrasados" sino que dichas inversiones producirán en estos países un acelerado *desarrollo del capitalismo* que significará, a la postre, una extensión y ahondamiento de dicho modo de producción en escala mundial. Ahora bien, decir que desde 1916, fecha en que Lenin redactó dicho texto, hasta 1969 en que Dos Santos escribe el suyo, no ha habido una extensión y un ahondamiento del capitalismo en América Latina, con desarrollo de las fuerzas productivas inclusive, es lisa y llanamente insostenible. ¿Qué ha ocurrido, si no, en nuestros países?

Que este desarrollo ha sido desigual y crítico en el sistema en su conjunto y en los países subdesarrollados en particular, siendo además la causa de la pauperización relativa y a veces absoluta de las masas trabajadoras, es un hecho que está fuera de duda; pero no debemos olvidar que, para Lenin, ello forma parte del concepto mismo de *desarrollo del capitalismo*, que por lo tanto no es equivalente a la expresión ideológica "crecimiento económico". De no darse esas desigualdades y esa pauperización, anota Lenin en el mismo texto, "el capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y el nivel de vida de las masas semihambrientas son las condiciones y las premisas básicas, inevitables de este modo de producción".¹¹

Lo que sucede es que Dos Santos se

¹¹ *Op. cit.*, p. 77.

ubica en una perspectiva diferente, que involucra necesariamente la idea de que, *a no ser por la dependencia*, América Latina hubiera tenido un desarrollo mucho más acelerado y armonioso del que en realidad tuvo. Admite que hubo una “modernización”, pero ella misma es reconceptualizada como elemento de perpetuación del atraso, en la medida en que éste no es definido en relación a la situación existente en un momento dado, sino en relación con una situación virtual: el desarrollo independiente del capitalismo en América Latina.

Y es que de hecho hay en los autores de la teoría de la dependencia, en mayor o menor grado, una como nostalgia del desarrollo capitalista autónomo frustrado, que es justamente lo que confiere a su discurso un permanente hábito ideológico nacionalista y determina que *la dependencia* se erija en dimensión omnimoda cuando no única del análisis. Lo que no quiere decir —y esto hay que dejarlo bien sentado— que ellos hayan propugnado el desarrollo capitalista autónomo como panacea para nuestros males: mientras para el nacionalismo reformista este tipo de desarrollo seguía presentándose como el camino más expedito hacia la tierra prometida, para el nacionalismo revolucionario ya no era más que un paraíso irremisiblemente perdido:

“Pero al aislar a su país, no de todas relaciones sino de la dependencia extranjera —escribe Gunder Frank—, los gobiernos del Dr. Francia y sus sucesores, los López, lograron un desarrollo nacional estilo bismarkiano o bo-

napartista como ningún otro país latinoamericano de la época. Construyeron un ferrocarril con capital propio; desarrollaron industrias nacionales contratando técnicos —pero no admitiendo inversiones— extranjeros, como lo harían los japoneses décadas más tarde; establecieron la educación primaria fiscal y gratuita, casi eliminando —según testigos contemporáneos— el analfabetismo; y es más, expropiaron a los grandes latifundistas y comerciantes en beneficio del régimen más popular de América con apoyo de los indígenas guaraníes. Cuando esta política ‘americana’ —que por cierto también devino ‘expansionista a mediados del siglo— tropezó con las ambiciones del ‘partido europeo’ en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y en la propia Europa, la Guerra de la Triple Alianza venció a la nación paraguaya y diezmó hasta 6/7 de su población masculina. Luego el Paraguay también se abrió a la ‘civilización’ ”.¹²

Nostalgia del capitalismo nacional perdido que no deja de ser por lo menos paradójica si se piensa que este texto fue escrito en el momento en que el futuro socialista estaba ya instalado en América, con la revolución cubana como bandera.

La presencia de este trasfondo desarrollista o nacionalista no anula, por supuesto, la validez de muchos análisis concretos ni resta mérito a investigaciones como la del propio Theotonio Dos Santos en *El nuevo carácter de la dependencia*, hito notable en el desarrollo

¹² *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, pp. 72-73.

de nuestra sociología, que sólo citamos a título de ejemplo ya que no es nuestra intención repartir premios y castigos ni hacer historia, sino sólo señalar con la mayor franqueza y precisión algunos puntos de discrepancia con respecto a la corriente sociológica más vigorosa y difundida en la última década.

Entre los problemas que esta corriente presenta está naturalmente el derivado del uso totalitario de los conceptos “dependencia” y “dependiente”, cuyos límites de pertinencia teórica jamás han logrado ser definidos y cuya insuficiencia teórica es notoria sobre todo cuando se trata de elaborar vastos esquemas de interpretación del desarrollo histórico de América Latina.

Que este desarrollo, en el siglo XIX por ejemplo, resulta absolutamente inexplicable si no se toma en cuenta la articulación de nuestras sociedades a la economía mundial, es algo que está fuera de toda duda, como lo está también la enorme contribución que para el conocimiento de este problema han realizado los estudios sobre dependencia. Admitido lo cual uno no puede dejar de constatar, sin embargo, las claras insuficiencias explicativas del concepto “dependencia”, sobre todo cuando se dejan de lado conceptos básicos como fuerzas productivas, relaciones sociales de producción, clases y lucha de clases, o se los remplace por categorías tan ambiguas como “expansión hacia afuera”, “colonias de explotación” o “de población”, “grupos tradicionales” y “modernos”, “integración social”, etc.

Tenemos naturalmente en mientes el libro *Desarrollo y dependencia en Amé-*

rica Latina, de Cardoso y Faletto, cuyas tesis generales se vuelven incluso difíciles, si es que no imposibles de organizar y discutir, en la medida en que todo el discurso teórico de los autores parece remitir constantemente a un doble código y ser susceptible por lo tanto de dos lecturas, una marxista y otra desarrollista, según que uno acentúe tal o cual afirmación, ponga de relieve uno u otro concepto o simplemente atribuya diferente significado a los términos (¿conceptos?) tantas veces entrecomi-llados.

Pero si nos fijamos ya no en los ambiguos enunciados teóricos, sino que reflexionamos sobre los análisis históricos concretos, descubrimos de inmediato las lagunas dejadas por la no aplicación de conceptos fundamentales como los arriba señalados. Es lo que ocurre por ejemplo en el capítulo III, intitulado “Las situaciones fundamentales en el periodo de ‘expansión hacia afuera’”, donde parecen escaparse muchos elementos sin los cuales se torna incomprendible la historia —incluso meramente económica— de los países latinoamericanos en ese periodo y aun más allá de él. Tales elementos son, entre otros, los siguientes:

Primero, el carácter básicamente pre-capitalista de América Latina al iniciarse ese periodo, lo que implica ya cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas y ciertas relaciones sociales de producción, es decir, una articulación concreta de modos de producción y por lo tanto de clases que de alguna manera determinará la forma de articulación de nuestros países al capitalismo mun-

dial, en un movimiento desde luego dialéctico.

Segundo, el proceso de acumulación originaria que en esas condiciones tenía que darse y se dio, no porque América Latina no hubiera “contribuido” desde antaño a la acumulación originaria en Europa, sino justamente por ésto: porque su situación colonial le impidió realizar *internamente* dicho proceso.

Tercero, y lo que es más importante, toda la lucha de clases que ello implicó, aunque sólo fuese por hechos como el despojo bárbaro a los campesinos desde México hasta Chile, la confiscación de los bienes eclesiásticos y las revoluciones liberales en sí mismas, que no necesariamente fueron un juego de niños.

Hechos de los cuales se hace caso omiso en el libro en cuestión, pese a que sin ellos resulta imposible entender la revolución mexicana, por ejemplo, sin la cual es incomprensible, a su vez, el ulterior desarrollo del capitalismo en México. De la misma manera que sin hablar de los desembarcos y ocupaciones militares del Caribe y Centroamérica por las fuerzas imperialistas, cosa igualmente omitida en *Desarrollo y dependencia*, es absolutamente imposible explicarse el desarrollo de esta área, revolución cubana inclusive. Tales actos, no lo olvidemos, crearon situaciones verdaderamente *coloniales* (Puerto Rico), o *semicoloniales* (Cuba, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, etc.), que el ambiguo término de “enclave” está lejos de describirlas y menos aún de captar su significación histórica.

No se trata pues, de reclamar el análisis de los modos de producción y de las clases sociales por razones “morales” o de principio, sino por ser categorías teóricas fundamentales sin las que ni siquiera se puede rendir cuenta del desarrollo puramente “económico” de la sociedad. Los propios autores de *Desarrollo y dependencia* parecen admitirlo implícitamente cuando escriben: “¿Hasta qué punto el hecho mismo de la revolución mexicana que rompió el equilibrio de las fuerzas sociales, no habrá sido el factor fundamental del desarrollo logrado posteriormente?”;¹³ pero es justamente la lógica y riqueza de procesos como éste las que dejan escapar al adoptar un modelo teórico que parte del supuesto de que es “*el tipo de integración de las clases*”, y no su lucha, uno de los “condicionantes (?) principales del proceso de desarrollo”.¹⁴

En general, es el análisis de las clases y su lucha lo que constituye el talón de Aquiles de la teoría de la dependencia. Para empezar, los grandes y casi únicos protagonistas de la historia que esa teoría presenta son las “oligarquías” y burguesías o, en el mejor de los casos, las capas medias; cuando los sectores populares aparecen es siempre como una masa amorfa y manipulada por algún caudillo o movimiento “populista”, de suerte que uno se pregunta por qué en Brasil, por ejemplo, se estableció un régimen claramente anticomunista (y no antipopulista), o cómo fue posible que en Chile se constituyese

¹³ *Desarrollo y dependencia en América Latina*, 2a. ed., México, 1970, pp. 8-9.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 17.

ra "de repente" un gobierno como el de la Unidad Popular. Además, no deja de ser sintomático el hecho de que, en la década pasada, no se haya producido un sólo libro sobre las clases subordinadas a partir de aquella teoría.¹⁵

En fin, el propio estudio de la burguesía y sus fracciones parece haberse visto interferido por un inadecuado manejo del marxismo. Tal es el caso de los análisis sobre la burguesía nacional (media y pequeña), a la que comienza por pedirle virtudes revolucionarias que jamás poseyó, para luego negar pura y llanamente su existencia en América Latina. Con el loable propósito de evitar las posiciones reformistas, en este como en otros aspectos se cae en el otro extremo, la ultraizquierdización del análisis, al borrar de una plumada todas las contradicciones secundarias de la sociedad y la posibilidad de actuar sobre ellas.

Algo semejante ocurre con los estudios sobre la llamada "oligarquía", a la que se le atribuye, de derecho, una contradicción antagónica con la burguesía industrial, para pasar a señalar de inmediato que la originalidad del capitalismo "dependiente" frente al capitalismo "clásico" determina la abolición de aquella contradicción. Razonamiento que uno tiene dificultad en seguir, aunque sólo fuese por la ambigüedad inherente al término "oligarquía". En todo caso, si se trata de la aristocracia feudal o esclavista, ella ha

sido eliminada de la escena social latinoamericana hace ya bastante tiempo o convertida, hasta en sus últimos reductos de Ecuador o Bolivia, en fracción terrateniente semicapitalista; así que por ese lado no se ve mayor diferencia de fondo entre el desarrollo "clásico" y el nuestro. Y si por "oligarquía" se entiende simplemente el sector agrario de la burguesía, uno no ve en virtud de qué habría que esperar su total eliminación. El desarrollo del capitalismo, clásico o no, convierte a esta fracción de clase en sector no hegemónico, como está ocurriendo por doquier en América Latina, mas esto es ya otro asunto.

Observación que nos coloca, además, frente a otro problema presente en la mayoría de los estudios sobre dependencia y que consiste en el manejo teóricamente arbitrario de dos modelos, el de un capitalismo "clásico" y un capitalismo "dependiente", que a la postre no son otra cosa que dos tipos ideales, en el sentido weberiano del término.

Meditemos, por ejemplo, en toda la ambigüedad de este pasaje extraído de *Desarrollo y dependencia en América Latina*:

"Metodológicamente no es lícito suponer —dicho sea con mayor rigor— que en los países 'en desarrollo' se esté repitiendo la historia de los países desarrollados. En efecto, las condiciones históricas son diferentes: en un caso se estaba creando el mercado mundial paralelamente al desarrollo gracias a la acción de la denominada *bourgeoisie conquérante*, y en el otro se intenta el

¹⁵ Hay, por supuesto, el libro ya mencionado de Rodolfo Stavenhagen, pero cuyo marco teórico poco tiene que ver con la teoría de la dependencia.

desarrollo cuando ya existen relaciones de mercado, de índole capitalista, entre ambos grupos de países y cuando el mercado mundial se presenta dividido entre el mundo capitalista y el socialista. Tampoco basta considerar las diferencias como desviaciones respecto de un patrón general de desarrollo, pues los factores, las formas de conducta y los procesos sociales y económicos, que a primera vista constituyen formas desviadas o imperfectas de realización del patrón clásico de desarrollo, deben considerarse más bien como núcleos de análisis destinados a hacer inteligible el sistema económico social".¹⁶

"La historia no se repite": he ahí una fórmula de perfiles peligrosos, puesto que puede conducir directamente al *empirismo* si es que no se precisa su alcance y su contenido. Entendida en el sentido de una "originalidad" absoluta de nuestro proceso histórico, esa fórmula ha sembrado de hecho una enorme confusión en las ciencias sociales latinoamericanas, como es fácil comprobar con sólo seguir la discusión sobre los modos "coloniales" de producción, supuestamente irreductibles a cualquier categoría antes conocida.

Que la historia de América Latina no es una forma "desviada o imperfecta de realización del patrón clásico de desarrollo", en eso estamos de acuerdo con Cardoso y Faletto, mas no por las razones que ellos aducen sino porque plantear el problema en términos de "patrones" o "modelos" nos parece sustancialmente incorrecto. Lo que existe, al menos desde un punto de vista

marxista, no son "patrones" sino leyes, como las del desarrollo del capitalismo por ejemplo, que se cumplen en América Latina como por doquier, dentro de condiciones históricas determinadas, claro está, pero cuyo estatuto tiene que ser definido con precisión si no se quiere caer en una teoría de la irreductible singularidad. Son esas "condiciones" (sobredeterminaciones) las que aceleran, por ejemplo, el paso de la fase competitiva a la fase monopolística, o las que "ahorran" al capitalismo periférico la necesidad de una "revolución" industrial, al mismo tiempo que entregan a sus masas trabajadoras a una doble explotación: la de la burguesía local más la de la burguesía imperial, o inversamente si se quiere. Y es en esto, así como en la articulación específica de varios modos de producción, y de varias fases de un mismo modo, donde reside la *particularidad* del desarrollo histórico latinoamericano, en el que no cabe buscar entonces una excesiva "originalidad". La historia no se repite al pie de la letra, es cierto; pero "milagros" como el brasileño o como el del propio Pinochet tampoco son del todo inéditos. Antes que "milagros" de la dependencia son milagros del capitalismo *tout court*.

Por eso conviene recordar, metodológicamente, que en la fórmula capitalismo dependiente hay algo que es un sustantivo (capitalismo) y algo que es un adjetivo (dependiente) y que por lo tanto la esencia de nuestra problemática no puede descubrirse haciendo de la oposición capitalismo clásico/ca-

¹⁶ *Op. cit.*, p. 33.

pitalismo dependiente el rasgo de mayor pertinencia, sino a partir de las leyes que rigen el funcionamiento de todo capitalismo. El mantenimiento de aquella oposición como eje central del análisis no es, por lo demás, otra cosa que el testimonio fehaciente de cierta "continuidad en el cambio", toda vez que representa la traducción a términos aparentemente marxistas del clásico binomio cepalino "centro/periferia", que Frank a su turno retomó con el nombre de "metrópoli/satélite".

En su afán de mantenerse fiel a la teoría de la dependencia, incluso un autor tan riguroso y ceñido al marxismo como Ruy Mauro Marini se ve obligado a estilizar tanto las situaciones, que a la postre termina trabajando con modelos antes que con leyes. En los capítulos 5 y 6 de su libro *Dialéctica de la dependencia*, por ejemplo, nos describe una situación específica del capitalismo latinoamericano que consistiría en la existencia de una estructura productiva basada en la sobreexplotación del obrero, la que a su vez determinaría una estructura de la circulación escindida entre una esfera orientada hacia el consumo suntuario, que sería la verdaderamente dinámica, y otra, la del consumo obrero, deprimida y en constante estancamiento. De suerte que, mientras en la "economía clásica" es y habría sido el consumo de las masas el motor principal de la industrialización (?), en la "economía dependiente" no ocurriría nada parecido, creándose así un problema de realización que originaría una tendencia de expansión hacia el exterior y sería la

causa fundamental del subimperialismo.

Muchos de los problemas planteados por Marini son desde luego ciertos; queda sin embargo la inquietud de saber si entre el capitalismo llamado clásico y el dependiente existe realmente una diferencia *cuantitativa* que autorice a formular leyes específicas para uno y otro,¹⁷ o si Marini no está simplemente cargando las tintas a fin de volver operables los modelos. Se puede poner en duda, por ejemplo, que a la Francia de los años 1930 ó 40 no se hubiera podido aplicarle esta afirmación con la que el autor cree describir una especificidad del capitalismo dependiente:

"El abismo existente allí entre el nivel de vida de los trabajadores y el de los sectores que alimentan a la esfera alta de la circulación hace inevitable que productos como automóviles, aparatos electrodomésticos, etc., se destinen necesariamente a esta última".¹⁸

Como se puede dudar también que ramas industriales como la electromecánica (televisores, radioreceptores, etcétera), la de productos metálicos

¹⁷ Punto sobre el cual las formulaciones teóricas de Marini se vuelven, por lo demás, equívocas. En la pág. 81 de su obra habla de "las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente"; en la 83 se refiere en cambio a "la manera como se manifiestan en esos países (los de América Latina, A.C.) las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente" (?); mientras en otros pasajes habla de "los grados intermedios mediante los cuales esas leyes (las leyes generales del capitalismo, A.C.) se van especificando" (p. 99); afirmaciones que no son exactamente equivalentes. Cfr. *Dialéctica de la dependencia*, México, Ed. ERA, 1973.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 72.

(muebles, por ejemplo) o petroquímicos (utensilios de material plástico), no estén dinamizadas en gran parte de los países latinoamericanos gracias a cierto consumo popular. Después de todo, la imagen de las masas semihambrientas pero provistas de *transistors*, parece ser más bien "típica" de las situaciones de subdesarrollo.¹⁹

Observaciones con las cuales no queremos decir —repetámoslo una vez más— que el desarrollo de los países dependientes ocurra en la misma forma que el de los países capitalistas hoy "avanzados", ni que la situación de las masas sea idéntica en ambos casos. Tanto la dominación y explotación imperialistas como la articulación particular de modos de producción que se da en cada una de nuestras formaciones sociales, determinan que incluso las leyes propias del capitalismo se manifiesten en ellas de manera más o menos acentuada o cubiertas de "impurezas" (como en toda formación social por lo demás), pero sin que ello im-

¹⁹ Incluso decir, como lo hace Marini, que el proceso de industrialización en América Latina se frenó por "la comprensión permanente que ejercía la economía exportadora sobre el consumo individual del obrero" (*Dialéctica de la dependencia*, p. 61) es sólo parcialmente cierto. La situación que describe Peter Klaren, por ejemplo, en su libro *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra* (Lima, Ed. Moncloa, 1970), no es una situación en la cual los obreros de la plantación no tienen acceso a bienes industriales; lo tienen, y justamente porque la compañía redobla su negocio instalando grandes tiendas donde se venden artículos... importados, cosa que está lejos de contribuir al desarrollo industrial del Perú por razones obvias, pero que no corresponden al mecanismo descrito por Marini.

plique diferencias cualitativas capaces de constituir un nuevo objeto teórico, regido por leyes propias, ya que la dependencia no constituye un modo de producción *sui generis* (no existe ningún "modo de producción capitalista dependiente" como en cierto momento llegó a decirse) ni tampoco una fase específica de modo de producción alguno (comparable a la fase imperialista del m. p. c., por ejemplo) sino que es la forma de existencia concreta de ciertas sociedades²⁰ cuya particularidad tiene que ser desde luego estudiada.

Nuestra tesis es, por lo tanto, la de que no hay ningún espacio teórico en el que pueda asentarse una "teoría de la dependencia", marxista o no, por la misma razón por la que no lo hubo ni en la Rusia de Lenin ni en la China de Mao, aunque en todos estos casos haya, naturalmente, complejos objetos históricos concretos cuyo conocimiento es necesario producir a la luz de la teoría marxista.

Además de los problemas ya mencionados, la teoría de la dependencia presenta otro, que consiste en el tratamiento no dialéctico de las relaciones entre lo externo y lo interno, lo que lleva en muchos casos a la postulación

²⁰ Por eso, aun aquel rasgo que Marini señala como más típico de éstas, es decir, la sobreexplotación, que se traduce por la comprensión del consumo individual del obrero, bien podría enunciarse con un nombre bastante clásico: proceso de pauperización, que en coyunturas a veces prolongadas se realiza incluso en términos absolutos. Y en cuanto al problema de la realización de la plusvalía que el mismo autor plantea, tampoco es del todo inédito; basta recordar la polémica que al respecto mantuvo Lenin con los populistas rusos.

de esquemas mecánicos en los que no queda otro motor de la historia que la determinación externa. Aquí como en puntos anteriores conviene partir de las tesis de Frank, que son las más elocuentes al respecto.

En el "Mea culpa" publicado como introducción a *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, este autor no deja de expresar su asombro por el hecho de que Ernst Halperin haya interpretado su libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* como "una presentación impresionante y convincente de la manera en que, a partir de la Conquista, el destino de los latinoamericanos siempre ha sido afectado por acontecimientos fuera de su continente y fuera de su control".²¹

Frank arguye entonces que ese no es su punto de vista, para comprobar lo cual cita este pasaje del libro comentado por Halperin:

"Para la generación del subdesarrollo estructural, más importante aún que la succión de su excedente económico... es la impregnación de la economía nacional del satélite con la misma estructura capitalista y sus contradicciones fundamentales... que organiza y domina la vida nacional de los pueblos en lo económico, político y social".²²

Luego añade que, "al contrario de aquella 'impresión' (la de Halperin, A. C.), la dependencia no debe ni puede considerarse como una relación meramente 'externa' impuesta a todos los latinoamericanos desde afuera y contra su voluntad, sino que la dependencia

es igualmente una condición 'interna' aintegral de la sociedad latinoamericana, que determina a la burguesía dominante en Latinoamérica, pero a la vez es consciente y gustosamente aceptada por ella".²³

Frank se defiende pues, aquí como en otros ensayos,²⁴ de haber realizado y difundido un tipo de análisis en el cual las determinaciones externas sustituyen y anulan a las determinaciones o contradicciones internas como núcleo explicativo del desarrollo de América Latina.

Ahora bien, el comentario de Halperin es en realidad una caricatura de las tesis de Frank, pero como toda caricatura no hace más que acentuar algunos rasgos del original. Por eso, lo que a la postre resulta asombroso no es tanto el que Halperin y otros hayan leído sin la debida atención a Frank, sino el que Frank se haya leído mal a sí mismo o no haya tomado conciencia de las implicaciones teóricas de lo que escribía. Suyas son, después de todo, las siguientes afirmaciones:

"Si es el status de satélite el que genera el subdesarrollo, una relación más débil o menos estrecha entre metrópoli y satélite puede producir un subdesarrollo estructural menos profundo y/o permitir mayores posibilidades de desarrollo local".²⁵

²³ *Ibid.*, p. 15.

²⁴ Cfr. "La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases", en rev. *Sociedad y desarrollo*, Santiago de Chile, CESO-PLA, No. 3, julio-septiembre de 1972, p. 228.

²⁵ Chile: *el desarrollo del subdesarrollo*, 2a. ed., Monthly Review, selecciones en castellano, s.f., p. 20.

²¹ *Op. cit.*, p. 14.

²² *Ibid.*, p. 15.

Y: "Es importante también para confirmar nuestra tesis, el hecho característico de que ciertos satélites lograron avances temporarios en el sentido del desarrollo durante guerras o depresiones ocurridas en la metrópoli, las cuales debilitaron o redujeron momentáneamente la dominación de ésta sobre la vida de los satélites".²⁶

¿Piensa realmente Frank que esos avances se debieron a que los satélites se "desimpregnaron" en ese momento de su estructura capitalista, o más bien realiza un "cuasi experimento" destinado a mostrar cómo un elemento exterior (crisis o depresión en la metrópoli) determina, en este caso favorablemente, el desarrollo del satélite? Sus análisis concretos sobre Chile no dejan lugar a dudas:

"Estimulada por la depresión y por la caída de las importaciones industriales provocadas por la guerra, la producción de la manufactura chilena aumentó en un 80% entre 1940 y 1948, pero sólo un 50% entre 1948 y 1960. En otras palabras, durante el primer lapso de ocho años la tasa no acumulativa anual de la producción industrial fue del 10%; y en los doce años que siguieron a la recuperación metropolitana, la tasa de crecimiento de la manufactura bajó al 4%. Desde entonces el promedio siguió descendiendo hasta tocar el cero, y a veces más abajo".²⁷

Que los autores cepalinos vean el desarrollo industrial de Chile a principios de los años 40 como un desarrollo "inducido" por una crisis en las "eco-

nomías centrales" que obligó a realizar una "substitución de importaciones" en los países "periféricos", parece lo más normal del mundo: se trata de una interpretación prudente y oficial. Pero que un autor como Frank ignore la existencia de ciertas luchas sociales en Chile, el triunfo del Frente Popular de Aguirre Cerda en el año 38 y la consiguiente implantación de una política planificada que "algo" tuvo que ver con la industrialización del país (en condiciones nacionales e internacionales *determinadas*, claro está), esto es un hecho ya más grave. Demuestra los límites a los que puede llegar una "revolución" teórica que, para superar al marxismo "tradicional", no vacila en remplazar la lucha de clases por la "substitución de importaciones" como motor de la historia.

Ninguno de los teorizantes de la dependencia ha llegado, desde luego, a manejar un esquema tan simplista como el de Frank. Sin embargo, ideas como la de que la industrialización de América Latina es explicable por las sucesivas crisis en el "centro" parecen ser harto difundidas, pese a que basta con revisar las tasas de crecimiento de la industria fabril en cualquier país latinoamericano entre 1929 y 1935, por ejemplo, para darse cuenta de que se trata de un simple mito. Mas, el hecho mismo de que el mito haya podido prender, demuestra hasta qué punto llegó a arraigar en nuestra sociología el esquema determinista mecánico difundido por Frank y los autores cepalinos.

Es cierto que en autores como Car-

²⁶ Op. cit., p. 21.

²⁷ Op. cit., p. 142.

doso y Faletto hay un importante esfuerzo por superar dicho esquema a través de planteamientos como el siguiente:

“Se hace necesario, por lo tanto, definir una perspectiva de interpretación que destaque los vínculos estructurales entre la situación de subdesarrollo y los centros hegemónicos de las economías centrales, pero que no atribuya a estos últimos la determinación plena de la dinámica del desarrollo. En efecto, si en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia y —por ende el cambio— aparece como reflejo de lo que pasa en la metrópoli, en las situaciones de dependencia de las “naciones subdesarrolladas” la dinámica social es más compleja. En ese último caso hay desde el comienzo una doble vinculación del proceso histórico que crea una “situación de ambigüedad” o sea, una contradicción nueva. Desde el momento en que se plantea como objetivo instaurar una nación —como en el caso de las luchas anticolonialistas— el centro político de la acción de las fuerzas sociales intenta ganar cierta autonomía al sobreponerse a la situación de mercado; las vinculaciones económicas, sin embargo, continúan siendo definidas objetivamente en función del mercado externo y limitan las posibilidades de decisión y acción autónomas. En eso radica, quizá, el núcleo de la problemática sociológica del proceso nacional de desarrollo en América Latina”.²⁸

Pero aun aquí las limitaciones son

²⁸ *Desarrollo y dependencia...* pp. 28-29.

evidentes. En primer lugar y como lo señaló oportunamente Weffort,²⁹ la contradicción entre un Estado nacional políticamente independiente y una economía nacional dependiente (del mercado mundial) resulta abstracta por decir lo menos, si es que no se liga a un riguroso análisis de clase. En el caso ecuatoriano, por ejemplo ¿qué contradicción podía haber entre el Estado nacional de la incipiente burguesía agro-mercantil y la economía mundial de mercado, siendo que esa burguesía se había sumado a la lucha independentista justamente para conseguir la abolición de las trabas comerciales impuestas por España, que le impedían desarrollarse como clase? Si contradicción hubo entre Estado independiente e incorporación al mercado mundial en el caso mencionado, no fue otra cosa que la que se estableció entre esa burguesía y los terratenientes feudales, cuyos rudimentarios “obrajes” no tardaron en desaparecer ante la competencia de los géneros importados. Es decir, una contradicción de clase que aquí remitía incluso a una contradicción entre modos de producción, que naturalmente no dejó de reflejarse a nivel del Estado nacional y en las relaciones de éste con los centros metropolitanos. Es por lo tanto esa contradicción interna —a cuyo desarrollo desde luego no es ajeno el de la economía capitalista mundial— la que permitirá comprender los aspectos contradictorios y no contradictorios de la relación entre el Estado ecuatoriano y el “mercado externo”.

²⁹ *Notas sobre la “teoría de la dependencia”: teoría de clases o ideología nacional?* México, ABIIS-UNAM, s.f.

En segundo lugar, la aseveración de que "en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia —y por ende el cambio— aparece como reflejo de lo que pasa en la metrópoli", es profundamente reveladora de cómo el esquema frankiano no está totalmente superado por Cardoso y Faletto, sino sólo relegado a la etapa en que no existía aún el Estado nacional, único elemento capaz de introducir cierto nivel de contradicción. Pero ¿cómo explicar, a partir de esta visión *nacionalista* de la historia, los levantamientos de los encomenderos a mediados del siglo xvi, la secular lucha de los araucanos, las continuas rebeliones populares y finalmente la independencia? ¿Fue esta última, por ejemplo, un simple "reflejo" de la crisis por la que en ese momento atravesaba la metrópoli?

Dicha crisis fue, sin duda *uno* de los elementos que configuraron la compleja situación en que pudo triunfar el movimiento independentista latinoamericano; mas ello no autoriza a establecer un determinismo tan mecánico, que bien podría llevarnos con igual legitimidad, a afirmar que los tiempos han cambiado tanto que ahora la situación de las metrópolis es un "reflejo" de lo que sucede en las colonias, como los recientes acontecimientos de Portugal lo estarían demostrando.

Hay, pues, un problema en el tratamiento de la relación externo-interno, que a nuestro juicio no ha sido adecuadamente resuelto por la teoría de la dependencia. De hecho, ésta parece oscilar entre una práctica en la que la

determinación ocurre siempre en sentido único (lo que sucede en el país dependiente es resultado mecánico de lo que ocurre en la metrópoli), y una "solución" teórica que es estrictamente sofisticada y no dialéctica: no hay, se dice, diferencia alguna entre lo externo y lo interno, puesto que el colonialismo o el imperialismo actúan *dentro* del país colonizado o dependiente. Esto último es cierto, ya que de otro modo se trataría de elementos no pertinentes, ajenos simplemente al objeto de estudio; pero hay un sofisma en la medida en que de esa premisa verdadera se deriva una conclusión que ya no lo es: ese "estar adentro" no anula la dimensión externa del colonialismo o el imperialismo, sino que más bien la plantea en toda su tirantez.

El capital imperialista invertido en la explotación del petróleo ecuatoriano, por ejemplo, está en el interior del país, forma parte de la estructura interna del Ecuador y hasta constituye, en el momento actual, el polo hegemónico de su economía. Sólo que, si por arte de magia suprimimos la dimensión externa del problema (externa a la formación social ecuatoriana), tendríamos que concluir, lisa y llanamente, que el Ecuador es un país imperialista puesto que el capital monopólico constituye el polo dominante de su economía. Desgraciadamente, lo que penetra en cada nación "dependiente" no es el concepto de imperialismo, sino el imperialismo "de carne y hueso", con todas las relaciones internacionales que ello implica (relaciones que, por supuesto, no pueden entenderse sin aquel concepto).

Weffort tenía razón de hacer notar que "la incorporación de la dimensión externa es obligatoria pues de otro modo no tendría sentido hablar de las relaciones internas como relaciones de dependencia",⁸⁰ pero su error consistió en creer que el problema podía resolverse mediante la simple supresión de las premisas nacionales de que había partido la teoría de la dependencia, cuando en realidad era menester buscar el fundamento de clase de la relación entre naciones y tratar dialécticamente la dimensión externa que ello implica necesariamente.

"En oposición a la concepción metafísica del mundo, la concepción dialéctica materialista del mundo sostiene que, a fin de comprender el desarrollo de una cosa, debemos estudiarla por dentro y en sus relaciones con otras cosas; dicho de otro modo, debemos considerar que el desarrollo de las cosas es un automovimiento, interno y necesario, y que, en su movimiento, cada cosa se encuentra en interconexión e interacción con las cosas que la rodean", escribe Mao en su conocido texto *Sobre la contradicción*.⁸¹ Gunder Frank arguye que, sin embargo, nadie ha logrado todavía "clarificarla suficientemente... cómo debe distinguirse exactamente entre las contradicciones 'externas' y las 'internas' en el proceso, tal como éste se desenvuelve en una parte determinada del sistema imperialista".⁸² Y es comprensible que esto

⁸⁰ *Loc. cit.*

⁸¹ En *Cinco tesis filosóficas*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971, p. 49.

⁸² *Op. cit.*, p. 51.

le ocurra. Para Mao, ese misterioso "interno" está constituido por una articulación específica de contradicciones "entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, entre las clases y entre lo viejo y lo nuevo"⁸³ en cada formación social concreta, llámese ésta China, Colombia o Argentina; articulación interna que resulta imposible imaginar siquiera en un esquema como el de Frank, en donde los conceptos de fuerzas productivas, relaciones de producción, estructura y lucha de clases están simplemente ausentes.

Este error de la teoría de la dependencia, que consiste en tratar de explicar siempre el desarrollo de una formación social a partir de su articulación con otras formaciones, determina que aun trabajos tan sólidos como *Dialéctica de la dependencia* desemboquen en un verdadero callejón sin salida. Como se sabe, Marini sostiene en este libro que en la relación entre países industrializados y países dependientes en la segunda mitad del siglo XIX —primera fase de nuestra dependencia— se encuentra ya la clave para entender las diferencias del desarrollo de estas dos áreas. Y aduce para ello buenas razones.

En primer lugar: "El fuerte incremento de la clase obrera industrial y, en general, de la población urbana ocupada en la industria y en los servicios, que se verifica en los países industriales en el siglo pasado, no hubiera podido tener lugar si éstos no hubieran contado con los medios de subsistencia

⁸³ *La dependencia ha muerto...*, *op. cit.*, p. 228.

de origen agropecuario, proporcionados en forma considerable por los países latinoamericanos. Esto fue lo que permitió profundizar la división del trabajo y especializar a los países industriales como productores mundiales de manufacturas".³⁴

En segundo lugar, la propia implantación del modo de producción específicamente capitalista en Europa, basado en la plusvalía relativa en lugar de la absoluta, no puede explicarse sin considerar la afluencia de productos agropecuarios provenientes de los países dependientes, productos que, obtenidos a precios cada vez más deteriorados, abarataban en el Viejo Continente el valor real de la fuerza de trabajo.

En fin, y coadyuvando en el mismo sentido, tendríamos el flujo de materias primas desde la periferia hacia el centro del sistema.

He ahí, según Marini, el anverso de esta medalla llamada dependencia. Su reverso, que es el que más nos interesa, estaría a su turno constituido por un contrario dialéctico. Esa misma producción exportable que hace posible la implantación de un modo de producción específicamente capitalista en los países industrializados tiene como contrapartida, en los países dependientes, el establecimiento de un modo de producción basado en la sobreexplotación, es decir, en la remuneración permanente del trabajo por debajo de su valor, sobreexplotación que a su vez se convierte en un freno para el desarrollo de

nuestros países, tal como se vio en páginas anteriores.

Ahora bien, la novedad del esquema de Marini no está en señalar la existencia de un intercambio desigual entre naciones, con la consiguiente transferencia de valores y en última instancia de plusvalía, ni en anotar que la baja remuneración de los trabajadores constituye un escollo para la creación de un amplio mercado interno en América Latina. Tampoco en recordar todas las tropelías y exacciones que el imperialismo ha realizado y realiza en nuestros países, cosa que Marini da por sabida. Lo nuevo está en establecer una relación directa entre la articulación países industrializados-países dependientes (causa) y el desarrollo interno de cada una de esas economías que de ahí se derivaría (efecto). Y es en este punto, precisamente, donde el esquema de Marini se torna cuestionable, no por falta de coherencia lógica ni de fuerza ideológica, sino porque la realidad histórica se resiste a encajar en él.

En efecto, basta pensar en dos casos concretos de la historia de América Latina —y no muy marginales que se diga— para que la relación causal establecida por Marini se rompa en uno u otro sentido. En el primer caso que tenemos en mientes, el de Brasil, uno puede admitir en rigor la tesis de la sobreexplotación, a condición de no poner reparos teóricos a su concepto mismo (remuneración permanente de la fuerza de trabajo por debajo de su valor) y de entenderlo más bien a partir del "sentido común"; pero en cambio resulta imposible concebir siquiera cómo

³⁴ *Op. cit.*, p. 21.

las exportaciones de café brasileño habrían podido abatir el valor real de la fuerza de trabajo en Europa y contribuir con ello al proceso que Marini señala (paso de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa), ya que se trata de un producto netamente superfluo desde el punto de vista de la reproducción de la fuerza de trabajo y cuyo principal consumidor ni siquiera fue la clase obrera.

En el otro caso significativo, el de la Argentina, uno puede aceptar la incidencia de la exportación de cereales y carnes en la disminución del valor real de la fuerza de trabajo en Inglaterra, por ejemplo, pero entonces resulta hartó difícil sostener que ello haya tenido como contrapartida la remuneración de la fuerza de trabajo argentina por debajo de su valor ni impedido la creación de un mercado interno para la industria de este país. Las masas argentinas de ese periodo fueron de las pocas aceptablemente nutridas del mundo capitalista en general y dicho país el primero de América Latina en tener un mercado significativo para productos industriales.

Además, los mismos ejemplos del Brasil cafetalero y la Argentina cerealera y ganadera contradicen flagrantemente la afirmación de Marini en el sentido de que sin la contribución de la economía agropecuaria latinoamericana habría sido imposible liberar la mano de obra que Europa necesitaba para su desarrollo industrial. Las áreas abastecedoras de cereales y carne —que por lo demás no siempre coinciden con los países hoy subdesarrollados— y aun una área cafetalera como la del Brasil, se

poblaron en el periodo en cuestión con inmigrantes extranjeros, esto es, con la población *excedente* de Europa.

¿Quiere decir todo esto que las tesis de Marini no funcionan a nivel de formaciones sociales concretas o que al menos pierden pertinencia en algunas de ellas? ¿Que deberían ubicarse entonces en un plano más general? Es posible que así sea pero, en ese caso, ya no estamos ante un proceso de abstracción que lleve al descubrimiento de verdaderas leyes, sino ante generalizaciones cuyo estatuto teórico habría que precisar, definiendo en primer término los objetos mismos sobre los que recae la investigación, esto es, lo que Marini denomina respectivamente “economía clásica” y “economía dependiente”.

Por su misma brillantez y rigor, el ensayo de Marini pone de relieve las fronteras insuperables dentro de las cuales se mueve toda la teoría de la dependencia. Es decir, las limitaciones inherentes a ese prurito inveterado de explicar el desarrollo interno de cada formación social a partir de su articulación con otras formaciones sociales, en lugar de seguir el camino inverso.

Y es que la teoría de la dependencia ha hecho fortuna con un aserto que parece gozar de la caución de la evidencia, pero que merece ser repensado seriamente. Según dicha teoría, *la índole de nuestras formaciones sociales estaría determinada en última instancia por su forma de articulación en el sistema capitalista mundial*, cosa cierta en la medida en que se presenta como la simple expresión de otra proposición, ella sí irrefutable: el capitalismo, una vez que ya lo tenemos como dato de base,

mal puede ser pensado de otra manera que como economía articulada a nivel mundial. Sólo que todo ese razonamiento supone que dicho dato (el carácter capitalista de nuestras sociedades) es un dato teóricamente irreductible, que no puede ser concebido como producto permanente de una estructura interna que en cada instante lo está produciendo y reproduciendo, sino que cuando más puede ser susceptible de una explicación genética (somos países dependientes porque siempre fuimos de una u otra manera dependientes), explicación que por lo demás nos encierra en un círculo vicioso en el que ni siquiera hay lugar para un análisis de las posibilidades objetivas de transformación de nuestras sociedades.

Por eso, la misma fórmula aparentemente evidente de la teoría de la dependencia podría enunciarse de manera estrictamente inversa, para poner de relieve sus limitaciones y su unilateralidad: ¿no será más bien la índole de nuestras sociedades la que determina en última instancia su vinculación al sistema capitalista mundial?

En rigor, es esta segunda formulación la que está más cerca de la verdad. Si la revolución boliviana de 1952, por ejemplo, hubiera seguido un curso similar al de la revolución cubana, Bolivia no sería hoy un país dependiente: para serlo (y aquí no estamos hablando de situaciones coloniales o semicoloniales sino de situaciones de dependencia en sentido restringido), hay que tener como premisa indispensable una estructura interna capitalista o preñada de fuerzas históricas que tiendan "natural-

mente" hacia el capitalismo, de la misma manera que para avanzar al socialismo son necesarias fuerzas internas capaces de romper la estructura existente. Esto es indudable, pero no se trata aquí de colocarse "más cerca de la verdad" ni de remplazar una visión dialéctica por otra similar, sino de recordar la doble perspectiva del problema.

Ningún error es gratuito sin embargo. Si la teoría de la dependencia ha enfatizado unilateralmente un aspecto del problema, es debido a su envasamiento en una problemática desarrollista, con su consiguiente perspectiva economicista no superada totalmente. Sólo así se comprende, además, que a partir de tal teoría no se haya producido un solo estudio sobre el desarrollo revolucionario cubano, caso omitido incluso en libros de un horizonte histórico tan amplio como *Desarrollo y dependencia en América Latina*.

La teoría de la dependencia no está desligada, sin embargo, de la revolución cubana y sobre todo de algunos de los efectos que en un primer momento produjo en el resto del continente. ¿Cómo entender, de no, esta extraña mezcla de premisas nacionalistas y conclusiones socialistas, de una epistemología desarrollista y una ética revolucionaria que hemos venido analizando, si no es a partir de un hecho como la revolución cubana que, entre otras cosas, determinó una radicalización total de vastos sectores medios intelectuales, desgraciadamente desvinculados del movimiento proletario tanto orgánica como teóricamente, y que incluso llegaron a ufanarse de su "inde-

pendencia" frente a las organizaciones obreras, como en el caso del mismo Frank o del grupo de *Monthly Review*?

A partir de esta constatación todo se torna en cambio coherente: el predominio omnímodo de la categoría *dependencia* sobre la categoría *explotación*, de la "nación" sobre la *clase*,⁸⁵ y el mismo éxito fulgurante de la teoría de la dependencia en todos los sectores medios intelectuales. Incluso la ilusión de que con ellos se habían superado las "estrecheces" y "limitaciones" del marxismo clásico: ¿y cómo no iba a ser posible esta "superación" teórica, si en la misma práctica política las vanguardias de extracción intelectual creían poder remplazar al proletariado en sus tareas revolucionarias?

Si esta hipótesis —seamos cautos— es cierta, el mismo movimiento crepuscular de la teoría de la dependencia hacia fines de la década de los 60 podría explicarse por razones que irían más allá del simple desarrollo de las contradicciones de tal teoría. Tal vez no sean extraños a este itinerario acontecimientos como el "cordobazo" argentino, la presencia de la clase obrera boliviana en el primer plano de la escena política de su país entre 1970 y 1971 o el ascenso de la Unidad Popular al gobierno en ese mismo momento; es decir, el repunte de las luchas proletarias en vastas zonas del continente.

Pero ¿ha muerto realmente la teoría de la dependencia? Más aún, ¿es algo que merezca ser enterrado? Ambiguo como siempre, Gunder Frank tituló a

⁸⁵ Marini tiene el enorme mérito de ser la excepción en ambos casos.

uno de sus más recientes escritos: "La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases". Ambiguo, decimos, puesto que no cabe confundir un hecho histórico objetivo con las teorías que a partir de él puedan elaborarse. La dependencia obviamente no ha muerto, ni nadie ha tratado en momento alguno de negar su existencia, ya que es una de las dimensiones más expresivas de nuestra realidad. Los estudios concretos que sobre ella se han hecho siguen y seguirán por lo tanto vigentes, y no como un simple reservorio de datos sino como una cantera inagotable de preocupaciones y sugerencias para la futura investigación. Lo que tal vez haya estallado sin remedio es esa caja de Pandora de la que en un momento dado llegaron a desprenderse todas las significaciones e ilusiones, y que recibió el nombre de teoría de la dependencia. Caja de Pandora que desde luego no era un "lugar sin límites", sino un marco de representación de contornos definidos por la idea de que toda nuestra historia es *deductible* de la oposición "centro-periferia", "metrópolis-satélite" o "capitalismo clásico-capitalismo dependiente", eje teórico omnímodo sobre el cual podían moverse desde los autores cepalinos hasta los neomarxistas.

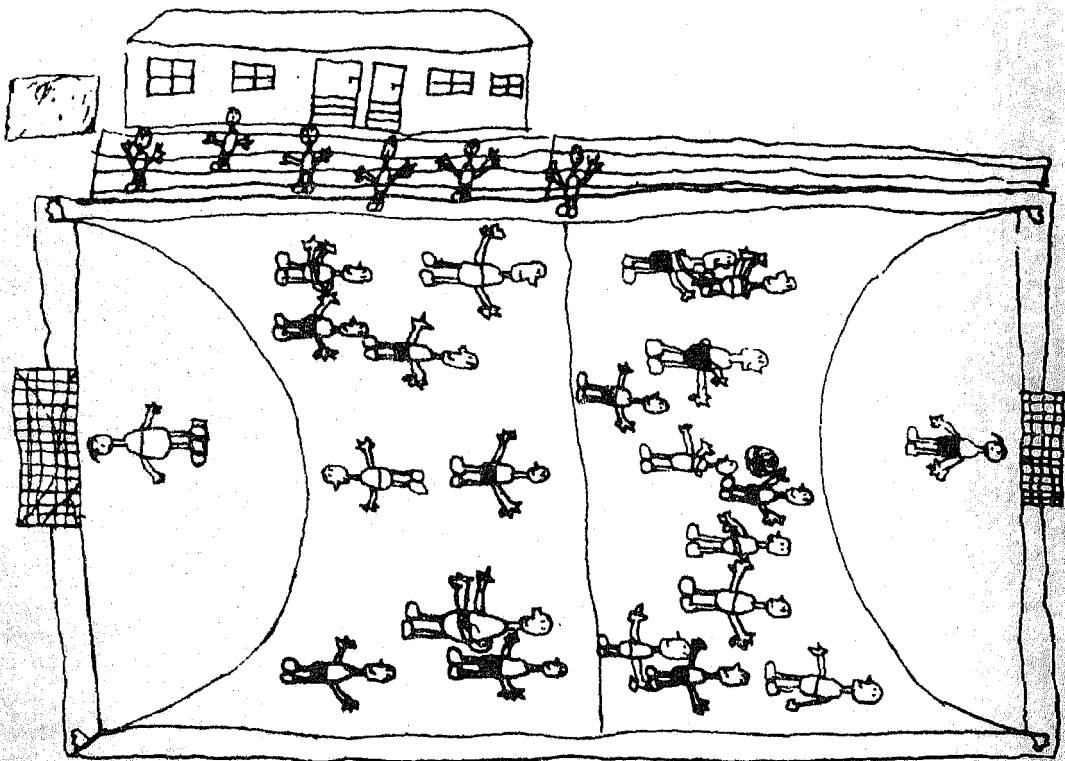
Es este movimiento sociológico, cuya sociología queda aún por hacer, el que parece encontrarse ahora en franco declive o en vías de una positiva superación. Lo que empezó como una construcción barroca en Gunder Frank tal vez termine, pues, con el edificio neoclásico de Marini, en el que se dibujan

ya nuevas perspectivas. Para no mencionar la clara ruptura operada por Aníbal Quijano, por ejemplo, quien en uno de sus últimos trabajos⁸⁶ no vacila en hablar de la teoría de la dependencia

⁸⁶ Cfr. *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú*, Seminario sobre clases so-

en pasado y retomar la línea general de análisis del marxismo-leninismo, recuperando incluso los aportes de uno de sus más grandes pensadores latinoamericanos: José Carlos Mariátegui.

ciales y crisis política en América Latina, Oaxaca, México, IIS-UNAM, junio de 1973.



Observaciones en torno a la dialéctica de la dependencia*

Fernando Arauco

I. La dialéctica de la dependencia

En el presente trabajo, se toma a la obra de Ruy Mauro Marini *Dialéctica de la dependencia*,¹ como punto de referencia para esbozar algunas reflexiones en torno a los problemas de interpretación del desarrollo histórico latinoamericano y de sus actuales características.

La elección de la obra no es casual; constituye un texto de ruptura, en el cual se entrelazan proposiciones que todavía se sitúan en el espacio de representación de la "teoría de la dependencia",² con agudas observaciones enunciadas a partir de leyes generales del desarrollo social.

* Ponencia presentada al XI Congreso Latinoamericano de Sociología (San José, Costa Rica, 1974) y elaborado en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

¹ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era, 1973.

² Al respecto, consultar el trabajo de Agustín Cueva, "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia", publicado en este número de *HyS*.

En este sentido, el libro de Marini presenta con gran nitidez, tanto los avances más significativos, como los límites propios al marco teórico de la dependencia. Esta situación revelará todo su carácter contradictorio al tratar de dar respuesta adecuada a los importantes problemas que el autor enuncia en la última parte de su obra. En efecto, una respuesta válida exige la reformulación de dichos problemas, o por lo menos su articulación en un marco teórico que requiere precisiones adicionales.

Sin embargo, el tratamiento de la temática en la obra mencionada, transforma el objeto de investigación, el cual no es ya una apariencia dada, sino una compleja totalidad que debe ser reconstruida a partir de sus determinaciones más simples.

Este enfoque presta una base de sustentación para avanzar en la "fijación" de las categorías y en el señalamiento de los requisitos metodológicos que faciliten su utilización en la "reconstrucción teórica" de las características

fundamentales del desarrollo histórico latinoamericano.

No pretendemos aquí sintetizar un análisis general sino, iniciar, a partir de las reflexiones metodológicas que se esbozan en la parte II de este trabajo, una exploración que permita establecer vías válidas de investigación. Siendo éste un inicio, nuestras reflexiones se limitarán a los problemas: 1) producción de plusvalía (parte III) y 2) sobreexplotación (parte IV).

Llegados a este punto, es necesario aclarar que nuestras reflexiones se sitúan a nivel de la estructura económica y que por el momento hacemos abstracción del estudio de la articulación de las formaciones sociales en la economía mundial.

Para Marini, el factor principal que incide en las características y tendencias de la acumulación capitalista en América Latina es la situación particular de la mano de obra. En efecto, el "hilo conductor" que le permite adelantar un esbozo de dichas características y tendencias, es el estudio de las condiciones de surgimiento y desarrollo de la clase obrera —y en consecuencia del régimen capitalista de producción— en el continente.

Estas condiciones particulares originan formas particulares de circulación, las que a su vez condicionan modalidades determinadas de reproducción del ciclo del capital; vale decir modalidades determinadas de desarrollo de la contradicción trabajo-capital.

La fijación de una tendencia de desarrollo de dicha contradicción, permitirá a su vez, establecer las condiciones generales de la lucha de clases y en

consecuencia el esbozo de una estrategia correcta para el movimiento obrero latinoamericano.

El desarrollo de la contradicción trabajo-capital presenta en el análisis de Marini, la siguiente evolución histórica:

1) La incorporación de América Latina al mercado mundial de bienes-salario en el siglo XIX, tiene como resultado su especialización como productora-exportadora de alimentos y posteriormente, además de materias primas industriales.

2) Se conforma así un proceso circulatorio en el cual la realización de los productos se efectúa básicamente en el mercado externo, separada del proceso de conformación del valor de la fuerza de trabajo. La contrapartida de la exportación está constituida por las importaciones de bienes suntuarios, creando una demanda para este tipo de bienes.

3) Se establece una estratificación del mercado interior, bajo la forma de escisión del consumo individual en dos esferas contrapuestas, una constituida por el consumo suntuario a partir de la importación (subcirculación 1) y la segunda (subcirculación 2), el consumo de los trabajadores, satisfecha por la producción interna.

Se desarrolla así una contradicción que caracterizará al ciclo del capital en América Latina y que tendrá profundos efectos sobre el curso que tomará la economía latinoamericana explicando muchos de los problemas y de las tendencias que en ella se presentan actualmente.

4) La crisis mundial de 1929 afecta notoriamente la subcirculación 1, la cual disloca su centro de gravedad hacia la producción interna, mecanismo específico de creación del mercado interior radicalmente distinto del que operaba en la acumulación "clásica" y en la cual la participación de los trabajadores no tiene un papel significativo.

5) Arrancado del modo de circulación que caracteriza a la economía exportadora, la producción industrial reproduce en forma específica la acumulación de capital basada en la sobreexplotación del trabajador, reproduciendo también el modo de circulación que corresponde a este tipo de acumulación, aunque de manera modificada:

La separación de dos esferas de consumo correspondientes a las dos subcirculaciones ya no tiene como característica principal el origen externo o interno de la producción, sino la constitución de sectores internos de producción diferenciados, acentuando la escisión entre el consumo suntuario y el consumo de los trabajadores. Esta tendencia, al no ser contrarrestada por factores que actúan en la "economía capitalista clásica" adquiere un carácter mucho más radical.

La causa fundamental de dicho fenómeno radica en el hecho de que la subcirculación 2 no es un elemento esencial para la realización del ciclo del capital, ya que: a) no es el valor de la manufactura el que determina el valor de la fuerza de trabajo y en consecuencia, b) la circulación no queda afectada por la situación del poder de compra de los trabajadores.

6) Cuando la oferta industrial así

desarrollada llega a copar la demanda existente (subcirculación 1), surgen dos tipos de adaptaciones:

a) Ampliación del consumo de las capas medias, generada a partir de la plusvalía no acumulada (renta capitalista) y un incremento de la productividad con objeto de abaratar dichas mercancías.

b) Este ensanchamiento de la subcirculación 1 neutraliza la posible ampliación de la subcirculación 2, obstaculizando la transición hacia una acumulación basada en la subcirculación 2 (acumulación capitalista clásica).

7) Después de la II Guerra Mundial se produce una nueva división internacional del trabajo, en cuyo marco se transfieren a los países dependientes etapas inferiores de la producción industrial. Los centros imperialistas se reservan las etapas más avanzadas y el monopolio de la tecnología correspondiente.

8) El flujo de capital y tecnología incide sobre la escisión subcirculación 1-subcirculación 2, concentrándose en la rama productora de bienes suntuarios, al no presentar la subcirculación 2 una capacidad real de consumo.

9) Los problemas de realización son solucionados comprimiendo aún más el nivel de salarios con objeto de transferir el poder de compra de la esfera baja a la alta. El Estado así como la inflación juegan en esta coyuntura un papel preponderante.

10) Se cierra cualquier posibilidad de estímulo a la inversión tecnológica en el sector de producción destinado a atender el consumo popular. Se produce un desarrollo de las industrias de

bienes suntuarios, mientras que las industrias de consumo popular se estancan o conocen una regresión.

11) Al no poder desarrollarse un acercamiento entre la subcirculación 1 y la subcirculación 2, se impone la repulsión entre ambas esferas, una vez que la compresión del nivel de vida de los trabajadores pasa a ser condición necesaria de la expansión de la demanda creada por capas que viven de la plusvalía.

12) La absorción del progreso técnico en condiciones de superexplotación del trabajador acarrea la inevitable restricción del mercado interno (característica básica de la subcirculación 2 en América Latina).

13) La ampliación subcirculación 1 es limitada, en consecuencia, se plantea a partir de cierto momento, la necesidad de expandirse al exterior (mediados de la década de los años sesenta) efectuándose un nuevo desdoblamiento —ahora a partir de base industrial del ciclo del capitalismo para centrar parcialmente la circulación sobre el mercado mundial.

II. Observaciones metodológicas

El análisis de Marini se mueve en tres planos de abstracción:

- 1o. La ley general de acumulación capitalista.
- 2o. Las condiciones generales de acumulación capitalista en América Latina.
- 3o. La incidencia de la ley general y de las tendencias señaladas, se-

gún la especificidad de las formas sociales latinoamericanas.

Un análisis crítico de las proposiciones del autor debe establecerse a nivel de los diferentes planos, observando el grado de abstracción y la especificidad de cada uno de ellos.

La obra de Marini se sitúa fundamentalmente en el segundo plano de abstracción mencionado, nutriéndose claro está, de los otros dos niveles.

Ahora bien, es precisamente el segundo plano de abstracción el que ha presentado las mayores dificultades para el análisis socioeconómico latinoamericano. Un breve inventario de las polémicas desatadas en torno a la caracterización de América Latina y la rapidez con que las nuevas aportaciones son superadas, proporciona prueba suficiente para lo que acabamos de afirmar. Esta situación no puede ser considerada casual, y requiere ciertas reflexiones teóricas.

La modalidad específica que presenta la acumulación capitalista en las distintas formaciones sociales latinoamericanas, no puede ser sino una determinación concreta de la ley general de acumulación capitalista; en caso de encontrarnos frente a determinaciones de una ley distinta y no a manifestaciones concretas de la primera, el aspecto dominante de las formaciones sociales latinoamericanas debería caracterizarse a partir de otro modo de producción que no sea el capitalista, situación a todas luces absurda. Estas modalidades concretas presentan deformaciones, caricaturizaciones, etc., debido a un juego de influencias originadas por factores

concretos que deben, a su vez, ubicarse en dos esferas distintas: a) en el seno mismo de la acumulación y b) factores que, a pesar de estar articulados con la economía capitalista, encuentran una explicación a partir de conceptos que escapan a la ley general de acumulación capitalista.

Al respecto Marx aclara: "No importa que una mercancía sea producto de un tipo de producción basado en la esclavitud o del trabajo de campesinos o de un régimen mercantil, etc... cualquiera que sea su origen, se enfrentan como mercancías y dinero al dinero y las mercancías que representan el capital industrial y entran en el ciclo de éste... como modalidades del capital industrial en su forma funcional de capital productivo. Con ello sus orígenes quedan borrados. Queda en pie sin embargo, la necesidad de la reproducción para poder reponerlos y, en este sentido podemos decir que el régimen capitalista de producción se halla condicionado por los tipos de producción que quedan al margen de su desarrollo".³

Este juego de factores concretos, que incluyen una modalidad de participación en la economía mundial o, si se quiere, una forma de estar "adentro" del imperialismo, sólo puede ser determinado a partir de los aspectos internos de dichas formaciones sociales.

Lo que acabamos de afirmar marca tanto la vitalidad de los aportes de Marini como también su límite. En efecto, las generalizaciones que propone adquieren especial significado si es que las re-

ferimos a la formación social brasileña, y en cambio, no es posible extenderlas mecánicamente a todas las formaciones sociales latinoamericanas. Esto último está condicionado, como dijimos antes, al desarrollo de los análisis concretos, que determinen la existencia de factores similares a los existentes en la formación social que proporciona la "materia prima" para los análisis del autor.

En este sentido, el propio Marini apunta: "la supervivencia de los antiguos modos de producción que regían en la economía colonial determinan todavía en un grado considerable la manera como se manifiestan en esos países las leyes del desarrollo del capitalismo dependiente".⁴ El alcance de observación y su relación con lo que acabamos de apuntar más arriba, se hace evidente, si recordamos las diferencias existentes entre el Brasil esclavista, el despotismo tributario de los países andinos, o el asentamiento poblacional en el Plata colonial.

La proposición de abundar en análisis concretos no altera el orden de sucesiva concreción propuesta por Marx, sino que sienta las bases de su implementación. En efecto, debemos señalar claramente que, a nivel del segundo plano de abstracción, la teoría se encuentra todavía muy lejos de establecer una suficiente fijación de las categorías; esta suficiente fijación constituye la condición necesaria para que éstas sean operativas y está condicionada a un desarrollo del tipo de análisis que proponemos, vale decir del tercer plano de abstracción.

³ Carlos Marx, *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, Libro II, pp. 98-99.

⁴ Ruy Mauro Marini, *op. cit.*, p. 83.

En este sentido podremos formular tendencias generales del desarrollo del capitalismo en América Latina, o, por lo menos, tendencias que rijan en determinados grupos de países, a partir de la producción de un número importante de estudios sobre las diferentes formaciones sociales en el subcontinente.

La explicación de la incidencia de los “antiguos modos de producción” sobre la actual acumulación capitalista puede ser dada, a condición de transformar cierta problemática. En efecto, la “supervivencia” de los “antiguos modos de producción” no puede ser tratada como tal, ya que es un elemento real y forma parte de la causalidad estructural de conjunto de los sistemas económicos en que se encuentra: así enfocados, estos factores no podrán ser considerados “resabios” o “supervivencias” —metáforas que indican algo que no logran explicar—, sino formas precapitalistas que han sido refuncionalizadas por el desarrollo del capitalismo.

Marx verifica una tendencia referente al proceso de transformación de las formas precapitalistas de producción al ser incorporadas al desarrollo capitalista: 1o. conversión de toda producción en producción mercancías; 2o. incorporación de estas producciones al proceso circulatorio del capital; 3o. generalización de la producción mercantil o producción capitalista de mercancías.

Está claro que, en lo referente a amplios e importantes sectores de la producción de nuestros países la tendencia ha sido “bloqueada” en su segunda fase: si bien las producciones precapitalistas no existen de manera indepen-

diente, éstas todavía no se han transformado en producción capitalista. Se conforma así un proceso circulatorio, a través del cual estas producciones influyen y condicionan, a su vez, las modalidades que presenta el ciclo del capital en América Latina.

Las importantes contribuciones de Marini se localizan en el análisis de este ciclo, pero, la explicación global de su funcionamiento debe tomar en cuenta adicionalmente —si es que pretende fijar toda su causalidad estructural— la problemática que está siendo tratada bajo la denominación general de articulación de modos de producción.

Dentro de este enfoque, se toma en cuenta a la complejidad de las estructuras económicas de las formaciones sociales latinoamericanas como un todo, en el cual las estructuras dominantes y subordinadas se interpenetran e interinfluyen en una relación dialéctica.⁵ No se trata pues, de la presentación bajo un nuevo ropaje, de la dicotomía entre un sector “atrasado” y uno “moderno”, sino de la explicitación de una refuncionalización de las viejas estructuras por el desarrollo del capitalismo.

A nuestro entender, este enfoque es

⁵ En este sentido, Roger Bartra anota en su libro *Estructura agraria y clases sociales en México* (México, Ediciones Era, 1974), la necesidad de ubicar tres niveles en la utilización del concepto modo de producción:

- a) Las contradicciones *al interior* de cada modo de producción.
- b) Las contradicciones que resultan de la relación *entre* diferentes modos de producción.
- c) Las contradicciones características del conjunto de la estructura.

un complemento necesario a los aportes del autor, ya que, tomando debidamente en cuenta lo "interno" en toda su complejidad, permite explicar una serie de fenómenos que de otra manera pueden ser simplemente constatados. Más adelante ampliaremos estas observaciones al realizar algunas consideraciones en torno a la relación entre las formas de plusvalía y a la tendencia a la "sobreexplotación", tan importantes en los textos de Marini.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que los "portadores de los modos de producción" son las clases sociales, debemos entender que el estudio de la problemática de "articulación de modos de producción" es un requisito necesario para la comprensión de la "articulación" de las contradicciones de clases en las complejas constelaciones de clase que caracterizan a nuestros países. En otras palabras, el tipo de estudio que proponemos permitirá ahondar en precisiones respecto a la conformación de la alianza de clases necesaria a la revolución, particularmente en lo que corresponde a sus componentes no proletarios. Así, no tendríamos solamente una claridad respecto a la alternativa histórica propia de la clase obrera —el socialismo— sino también en torno a las fuerzas sociales que bajo su dirección conformarían el contingente revolucionario y a las tareas concretas que este movimiento debe cumplir.

III. Los métodos de producción de plusvalía

El concepto básico de plusvalía da cuenta del valor adicional que produ-

ce la fuerza de trabajo obrero en el tiempo de trabajo excedente y que es apropiado sin equivalencia por los propietarios de los medios de producción.

Esta definición abstracta, resultado de todo un trabajo teórico, permite a Marx seguir a través de una progresión sistemática el análisis de la ley económica "que preside el movimiento de la sociedad moderna".

A partir de la definición general de la plusvalía, puntualizada a través de la fijación de sus contrarios —el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo adicional— se podrán establecer las dos formas de desarrollo de la relación tiempo de trabajo necesario-tiempo de trabajo adicional y la eficacia específica de cada una de ellas en el movimiento de la sociedad moderna.

Al respecto, Engels anota: (Marx) "siguió investigando la plusvalía y descubrió sus dos formas: la plusvalía absoluta y la plusvalía relativa señalando el *papel distinto, pero decisivo en ambos casos* que la plusvalía desempeña en el desarrollo histórico de la producción capitalista".⁶

La definición de las dos formas de plusvalía importa por una parte la consideración de la forma de desarrollo de los contrarios. Así Marx escribe:

"La plusvalía producida mediante la prolongación de la jornada de trabajo es la que yo llamo plusvalía absoluta, por el contrario, la que se logra reduciendo el tiempo de trabajo necesario con el siguiente cambio en cuanto a la proporción de magnitudes entre ambas partes de la jornada

⁶ *El Capital*, Libro II, p. 19.

de trabajo, la designo con el nombre de plusvalía relativa.”⁷

Empero, si nuestro trabajo sobre los conceptos de las dos formas de plusvalía se detiene en esta etapa, la distinción entre ellas no llegaría a determinar la diferencia específica de cada una, ya que “desde cierto punto de vista, la distinción entre la plusvalía absoluta y relativa puede parecer puramente ilusoria. La plusvalía relativa es *absoluta* en cuanto condiciona la *prolongación absoluta de la jornada de trabajo*, después de cubrir el tiempo de trabajo necesario para la existencia del obrero. Y la plusvalía absoluta es *relativa* en cuanto se traduce en un desarrollo de la productividad del trabajo, que permite limitar el tiempo de trabajo necesario a una parte de la jornada.

“Pero si nos fijamos en la dinámica de la plusvalía, esta apariencia de identidad se esfuma. Una vez instaurado el régimen capitalista de producción y erigido en régimen de producción general, *la diferencia entre la plusvalía absoluta y relativa se pone de manifiesto tan pronto se trata de reforzar, por todos los medios que sea, la cuota de plusvalía*”.⁸

De esta manera, queda clara la afirmación de Engels en el sentido de que los dos métodos fundamentales de producción de plusvalía ejercen una influencia *distinta pero decisiva* en el desarrollo del capitalismo: si “la primera gira en torno a la duración de la jornada de trabajo, la segunda revoluciona desde los cimientos hasta el remate

los procesos técnicos del trabajo y las agrupaciones sociales”.⁹

La eficacia específica del método de producción de plusvalía relativa en el desarrollo del capitalismo, contrariamente a lo que afirma Marini, se encuentra “en relación directa a la fuerza productiva del trabajo aumentando cuando ésta aumenta, y disminuyendo cuando ella disminuye” (*El Capital*, I, p. 256). Sólo así podremos comprender el “afán inmanente y la tendencia constante del capital de reforzar la productividad del trabajo, para de este modo abaratar las mercancías, y con ellas, los obreros”.¹⁰

Por su parte, la plusvalía extraordinaria no puede ser comprendida como una forma autónoma, como parece sugerir el texto de Marini, sino como una primera manifestación social de la plusvalía relativa. Esta primera manifestación se desarrolla en plusvalía relativa “tan pronto como el nuevo método de producción se generaliza”.¹¹

Ahora bien, en el curso de la exposición de Marx, la plusvalía —o *valor* adicional— no puede ser tomada a nivel de su manifestación formal. Las categorías mercantiles expresan siempre una relación social, y la categoría plusvalía, que implica la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía, la relación específicamente capitalista de explotación.

Desde este punto de vista, el estudio del desarrollo de las formas de plusvalía contiene el estudio del desarrollo de las relaciones capitalistas de produc-

⁹ *Ibid.*, p. 426.

¹⁰ *Ibid.*, p. 257.

¹¹ *Ibid.*, p. 256.

⁷ *Ibid.*, Libro I, p. 252.

⁸ *Ibid.*, p. 427.

ción;¹² al respecto Lenin anota: "el grado de desarrollo de la forma mercantil de la fuerza de trabajo caracteriza el grado de desarrollo del capitalismo".¹³

El periodo manufacturero está caracterizado por la aparición de relaciones capitalistas de producción y en consecuencia de la forma plusvalía; sin embargo, las condiciones incipientes del nuevo modo de producción no permitirían su generalización a nivel social ni su maduración. En efecto, fue necesario que la "supeditación formal" del trabajo al capital fuese remplazada por la "supeditación real" para que se den condiciones de su desarrollo ampliado: la maquinaria, "que encuentra en el capitalista conciencia y voluntad"¹⁴ se convierte en un *perpetuum mobile*, donde "cobran independencia la dinámica y el funcionamiento del instrumento de trabajo frente al obrero".¹⁵

Así, la maquinaria "comienza siendo, en las industrias de que se adueña directamente, el medio más formidable para prolongar la jornada de trabajo haciéndola rebasar todos los límites naturales".¹⁶

En la "acumulación clásica", el desarrollo de la plusvalía absoluta encuentra rápidamente "ciertas barreras de sus auxiliares humanos: su debilidad física

y su obstinación".¹⁷ Con el andar del tiempo, estas barreras determinarán la "transformación de las condiciones sociales y técnicas del proceso de trabajo, y, por tanto, el mismo régimen de producción hasta aumentar la capacidad productiva del trabajo".¹⁸ Al producirse este cambio, posibilitado por el desarrollo de la "supeditación real" el régimen capitalista alcanza plena madurez y entra en la etapa de producción de plusvalía relativa.

La "ilustración inglesa" permitirá a Marx delinear los aspectos básicos del desarrollo de los métodos de producción de plusvalía y por tanto de las relaciones capitalistas. Ahora bien, se debe establecer claramente la distinción entre la "forma clásica" del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, que ha servido para la fijación de su concepto y formas ulteriores de desarrollo de éstas —por ejemplo aquellas verificadas en América Latina. El señalamiento de Marx en torno a la "acumulación originaria" en el sentido de que "su sistema presenta una modalidad diversa en cada país, y en cada uno de ellos recorre las diferentes fases en distinta gradación y en épocas históricas diversas",¹⁹ debe ser tomada —*cum grano salis*— para orientar nuestras observaciones en torno al tema que tratamos.

En efecto, así planteado, el desarrollo del capitalismo en Inglaterra se verifica a partir de una estructura de producción, en la cual, en una época tan tem-

¹² La cuarta sección del primer libro de *El Capital*, que tiene como objeto la plusvalía relativa, contiene precisamente los capítulos consagrados al desarrollo de la manufactura y su transformación en maquinismo.

¹³ Lenin, *Obras Completas*, Tomo I, p. 456 (Ed. Cartago).

¹⁴ *El Capital*, Libro I, p. 331.

¹⁵ *Ibid.*, p. 331.

¹⁶ *Ibid.*, p. 331.

¹⁷ *Ibid.*, p. 331.

¹⁸ *Ibid.*, p. 252.

¹⁹ *Ibid.*, p. 609.

prana como el siglo xiv “y más todavía en el transcurso del siglo xv, la inmensa mayoría de la población se componía de campesinos libres, dueños de la tierra que trabajaban, cualquiera que fuese la etiqueta feudal bajo la que ocultasen su propiedad”.²⁰ Sobre este suelo socialmente fértil, germinarán formas capitalistas que, andando con el tiempo harán de Inglaterra “el hogar clásico de este régimen”.²¹

La cadencia del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción —y de las formas de plusvalía— verificadas en este contexto histórico, acusan necesariamente características distintas a aquellas que se presentan en formaciones sociales donde el capitalismo ha “germinado” en un “suelo social” estructuralmente distinto.

Ahora bien, aún en la “ilustración clásica”, el desarrollo del maquinismo determinó desde su inicio, una producción tanto de plusvalía absoluta como de plusvalía relativa. El problema parece radicar entonces en la determinación del *método dominante* de producción de plusvalía, como expresión del desarrollo del sistema; así, el paso de “la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa” debe ser interpretado como el paso de la dominación de un método a la dominación de otro, en términos de formas de desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y por tanto de sus contradicciones.

En este marco, la importación de bienes de consumo popular desde América Latina, mencionada por Marini,²² no

marca directamente el paso a la producción de plusvalía relativa, sino que, abaratando la fuerza de trabajo, al margen de un incremento de la productividad, logra una masa adicional de plusvalía absoluta. La masa adicional de plusvalía absoluta obtenida, será acumulada en el marco histórico tratado y contribuirá, esta vez, al paso a la hegemonía del método de producción de plusvalía relativa.

El “desdoblamiento” del impacto de la importación de estos bienes en dos fases es relevante para la reconstrucción de la matriz del proceso; ya que así planteado, dicha importación incide sobre *condiciones internas* muy determinadas o si se quiere, sobre un ciclo del capital con determinadas características. Estas condiciones quedarían resumidas en la siguiente frase de Marini: “En la economía capitalista clásica el mercado interno representa la contrapartida de la acumulación del capital”.²³

En el caso de América Latina, la situación se presenta de otra manera, ya que aquí “opera la separación entre la esfera alta y la esfera baja de la circulación en el interior mismo de la economía, separación que, al no ser contrarrestada por los factores que actúan en la economía capitalista clásica, adquiere un carácter mucho más radical”.²⁴

Las observaciones citadas nos conducen a establecer la necesidad de ubicar los “factores” que actúan en uno u otro tipo de acumulación, originando los efectos diferenciados anotados. Si tra-

²⁰ *Ibid.*, p. 610.

²¹ *Ibid.*, p. XIV.

²² Ruy Mauro Marini, *op. cit.*, p. 24.

²³ *Ibid.*, p. 58.

²⁴ *Ibid.*, p. 64.

ducimos este problema en términos del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción en América Latina, encontraremos que las modalidades de su desarrollo y las diferentes fases que recorre, plantean un problema que no puede ser dilucidado a partir de la cadencia observada en la "acumulación clásica" sino a partir de las estructuras reales en que se verifica. El desarrollo de las formas de plusvalía reflejará —de una manera más o menos adecuada— este proceso básico.

De esta manera, el problema de fondo que enfrenta el autor: "el hecho de que las condiciones creadas por la superexplotación del trabajo en la economía dependiente tienda a obstaculizar su tránsito desde la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa, en tanto que forma dominante de las relaciones entre el capital y el trabajo",²⁵ debe ser "puesto en pie" para ser solucionado correctamente; en otras palabras, debe ser repensado a partir de las formas de desarrollo del capitalismo en nuestros días.

Al respecto quisiéramos avanzar los siguientes puntos de reflexión:

1) En términos generales podemos afirmar que el análisis del capitalismo en América Latina adquiere significado a medida que explicitemos *su forma de dominación* en las diferentes formaciones sociales y los efectos de ésta a nivel de la interrelación dominante-subordinado.²⁶

²⁵ *Ibid.*

²⁶ La afirmación de que el capitalismo es la estructura dominante en América Latina es un lugar común y no puede fijar la especificidad de su desarrollo.

2) El "flujo de tecnología" determina en cualquier caso, una producción de plusvalía relativa; este flujo se concentra en los sectores hegemónicos de las economías latinoamericanas, originando formas determinadas de plusvalía relativa como expresión de las relaciones dominantes.

3) La expresión de las relaciones dominantes a nivel de las formas determinadas de plusvalía relativa, será portadora de las modalidades particulares de dominación-articulación de las primeras en las formaciones sociales tratadas.

4) Esta forma de dominación-articulación de las relaciones dominantes generará obstáculos a su propia expansión, que a nivel de la plusvalía relativa, se expresarán como obstáculos a su generalización.

El itinerario de investigación que proponemos nos permite sentar una base sólida desde la cual estaremos en condiciones de absolver —a partir de análisis concretos— otro de los interrogantes que avanza Marini:²⁷ "El problema está en determinar el carácter que asume en la economía dependiente la producción de plusvalía relativa y el aumento de la productividad del trabajo".²⁸

IV. La sobreexplotación del trabajo

En la obra de Marini, el término sobreexplotación, designa en los hechos dos situaciones fundamentalmente dis-

²⁷ Al respecto, ver parte IV del presente trabajo.

²⁸ *Op. cit.*, p. 100.

tintas, cada una de las cuales debe explicarse en sus propios términos.

1. Reducción del salario por debajo de su valor y,

2. el pago de la fuerza de trabajo por debajo del mínimo vital; es decir, en condiciones en que ésta no logra reponer las energías desgastadas en la jornada de trabajo.

1. Reducción del salario por debajo de su valor

Esta primera situación se presenta como un efecto en determinadas coyunturas y, como anota Marx “nada tiene que ver con el análisis del capital”.²⁹ Sabemos que la mercancía fuerza de trabajo “encierra —a diferencia de las otras mercancías— un elemento histórico moral”;³⁰ en esta perspectiva de consolidarse, la coyuntura mencionada conduciría a una conformación distinta del valor de la fuerza de trabajo. De esta manera, no podemos concebir un proceso sostenido de remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, como expresión de la ley general del capital.

Ahora bien, este “efecto” puede reproducirse, e incluso puede constatar-se la tendencia a su reproducción ampliada. Esta tendencia —que parece ser la que prevalece en Brasil y en no pocos otros países de América Latina— debe, además de ser constatada empíricamente, explicarse a partir de las condiciones que la determinan. Estas condiciones, externas al análisis general del capital, penetran el ciclo, pro-

duciendo el “efecto” de una manera más o menos regular, determinando, según su peso específico, la producción esporádica de éste o la conformación de la tendencia en términos de su continua producción. La ubicación de dichas condiciones, así como la determinación de su peso específico, depende de análisis concretos de las formaciones sociales latinoamericanas.

Sin embargo, en esta primera situación, todavía nos encontramos frente a mecanismos de reajuste de la ley del valor, a pesar de que no podemos identificarla con un proceso sostenido de descenso del valor de la fuerza de trabajo, alcanzado a través del incremento de la productividad en las ramas de “consumo popular”, ya que aquí, el descenso del valor de la fuerza de trabajo obedece a determinaciones internas de la acumulación capitalista y puede estar acompañado de una capacidad real de consumo creciente. Este fenómeno está analizado por Marx cuando trata la “pauperización relativa” y se ubica en lo que Marini llama “acumulación clásica”.

De esta manera, estamos en posibilidad de señalar, además de una diferencia cuantitativa, un mecanismo de determinación de la capacidad de consumo de clase obrera fundamentalmente distinto para el tipo de acumulación tratado por Marini. En este caso, el análisis debe determinar las condiciones básicas que actúan sobre la acumulación capitalista produciendo continuamente el efecto en cuestión; en cambio en la “acumulación clásica” el descenso del valor de la fuerza de tra-

²⁹ *El Capital*, Libro III, p. 235.

³⁰ *Ibid.*, Libro I, p. 124.

bajo es un proceso sostenido y expresión de la ley general del capital.

2. Pago de la fuerza de trabajo por debajo del mínimo vital

El pago de la fuerza de trabajo por debajo del mínimo vital implica un desplazamiento adicional del análisis. En efecto, a partir del momento en que se destruyen las condiciones normales de reproducción y funcionamiento de la fuerza de trabajo, “el precio de ésta y su grado de explotación dejan de ser magnitudes conmensurables entre sí”.⁸¹ Aquí no nos encontramos simplemente frente a un incremento de la explotación o una “sobrexplotación” entendida en su primera formulación, sino en una situación de verdadero “desfalco” de la fuerza de trabajo; al respecto Marx anota: “para conseguir este rendimiento máximo, el capital no tiene inconveniente en abreviar la vida de la fuerza de trabajo, al modo como el agricultor codicioso hace dar a la tierra un rendimiento intensivo desfalcando su fertilidad”.⁸² Este “desfalco” que “no sólo derriba las barreras morales sino que derriba también las barreras puramente físicas de la jornada de trabajo”,⁸³ no puede ser considerado como un mero reajuste de los mecanismos del valor; en efecto, su significado no podría ser establecido si no es analizado en torno a la categoría de *valor de uso*, tanto en lo referen-

te a la determinación del “mínimo vital”, como del desgaste sostenido y de las modalidades de reproducción social del valor de uso fuerza de trabajo.

Una referencia a textos históricos, así como un estudio de las páginas de *El Capital* consagradas a la jornada de trabajo y al maquinismo, nos revelará que tanto la reducción del salario por debajo de su valor, como el “desfalco” de la fuerza de trabajo, no han sido extrañas a las formaciones sociales del “capitalismo clásico”, y por lo tanto, no pueden ser considerados, en sí, como lo específico de la acumulación en América Latina. Lo que esta última presenta como particularidad —por lo menos en algunos países— es que tales situaciones no solamente se han consolidado, sino que existe una tendencia a su reproducción ampliada; esta última debe ser explicada a partir de los lineamientos metodológicos que señalamos en la segunda parte de este trabajo.

A nuestro entender, existe en América Latina una estrecha relación entre ambas situaciones: la reproducción del efecto —en el caso de la reducción del salario por debajo de su valor— está determinada por factores que conforman una tendencia que podrá llevar hacia la segunda situación. Esta observación nos parece necesaria ya que contribuye a establecer, más allá de la diferencia cualitativa entre ellas, criterios que permitirán fijar el grado de desarrollo de la primera tendencia, así como las condiciones de cambio de la primera en la segunda.

El texto de Marini propone en este

⁸¹ *Ibid.*, p. 441.

⁸² *Ibid.*, p. 208.

⁸³ *Ibid.*, p. 207.

sentido una rica veta de investigación, al sugerir la reformulación de la problemática de la "marginalización" en términos de "ejército industrial de reserva". Una exploración en esta dirección podrá dar cuenta —nos parece— de los determinantes básicos de la tendencia a la reproducción del "efecto" en el primer caso, así como de la situación de "desfalco" de la fuerza de trabajo. Como bien apunta el autor la "super-explotación" del trabajo más allá de los límites fisiológicos admisibles, que se salda con su agotamiento prematuro por muerte o incapacidad, "sólo puede darse si es posible reponer con facilidad la mano de obra desgastada".³⁴

La fuente de reposición de la mano de obra desgastada, está constituida por el "ejército industrial de reserva" en sus formas latente e intermitente. Estas formas del ejército industrial de reserva ejercen una presión constante sobre el ejército obrero en activo, "regulando la ley de la oferta y la demanda de trabajo", y es precisamente gracias a ellas "que el radio de acción de esta ley se encierra dentro de los límites que convienen en absoluto a la codicia y al despotismo del capital".³⁵

Una lectura cuidadosa de los capítulos sobre la acumulación capitalista en *El Capital*, nos indicará que la forma latente, no es simplemente un contingente agrícola de la forma flotante, sino una forma que se mantiene latente u oculta en algo que no es la producción capitalista. Las estructuras precapitalistas que sustentan esta población han

sido refuncionalizadas por el desarrollo del capitalismo, cumpliendo, entre otras cosas, el papel de fondo latente de fuerza de trabajo, a partir del cual se alimentarán la forma flotante y sobretudo la forma intermitente del ejército industrial de reserva. Si este es el caso, el peso específico de la forma latente y en consecuencia de la intermitente está en relación directa con el desarrollo y consolidación de las tendencias detectadas.

La reformulación, desde esta óptica, de los estudios concretos sobre la migración campo-ciudad en América Latina y su relación con los fenómenos del desarrollo del desempleo y del pauperismo, contribuirán, sin duda, al esclarecimiento del problema.

Ahora bien, si, como se ha mencionado antes, no está en tela de juicio la participación de las formaciones sociales latinoamericanas en la economía mundial, sino de lo que se trata es de establecer su forma de participación en ella, el marco de referencia que proponemos *conducirá a una mejor comprensión de la incidencia del aumento de la productividad sobre el desempleo y la sobreexplotación, como fenómenos que se presentan en nuestros países con especial intensidad.* En otras palabras, y volviendo a nuestro planteamiento metodológico original, también en este caso la explicación de las modalidades concretas que adopta la ley general en América Latina, pasa a través del estudio de las condiciones concretas que la deforman, modifican, etc. y le dan su especificidad

³⁴ Ruy Mauro Marini, *op. cit.*, p. 44.

³⁵ *El Capital*, Libro I, p. 541.

En memoria de Antonio Pesenti, economista y revolucionario*

Vincenzo Vitello

Es la historia humana de Antonio Pesenti lo que tal vez caracteriza mejor su perfil intelectual, su extensa obra y el lazo, casi indivisible entre el estudioso de los problemas económicos y sociales y el hombre empeñado con profunda conciencia en la lucha social de nuestra época. Así lo recordamos todos, dentro y fuera de este ateneo, hablando unas veces de la última crisis monetaria, otra de algún reciente debate en el Senado de la República en torno a problemas como aquellos de la reforma tributaria, que le eran cosa familiar.

* El día 3 de abril de 1973 en la histórica Aula Magna de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Pisa, han sido recordadas la figura y la obra de Antonio Pesenti, prematuramente desaparecido el 14 de febrero de 1973.

La conmemoración se abrió con un breve discurso del rector profesor Vincenzo Palazzolo, quien puso en evidencia especialmente los méritos adquiridos por Antonio Pesenti en su lucha contra la dictadura fascista y el alto significado de la actividad política posteriormente desarrollada por él como miembro del Parlamento. Después tomaron la palabra los profesores Ugo Natoli y Vincenzo Vitello. El discurso de este último se reproduce a continuación.

Teoría y práctica fueron para él una sola cosa. El análisis de los problemas se unía de manera casi natural con su labor en la vida pública del país

En esta peculiar unidad de pensamiento y acción se manifiesta la característica, creo, más significativa de su personalidad, tal que me parece un tanto arbitrario y casi un ejercicio académico abstracto el querer disociar estos dos aspectos, que en él nos parecieron estrechamente compenetrados. También su labor académica estuvo siempre enriquecida por cada nueva experiencia que ocurría en el ámbito de su vida social. Y de cuanto fue deudor a la vida por su formación ideal, quiso decirlo a sus estudiantes ya en la primera página de presentación de su *Manual de economía*, donde escribió: "Pero más que todo soy deudor a la vida, vivida sin compromisos, a la responsabilidad grande o pequeña aceptada siempre serenamente, a mi militancia política, a la acción y a la experiencia de grandes masas humanas que luchan por un porvenir más digno del hombre, de todos los hombres". Antonio

Pesenti, nació en Verona en 1910; a los 17 años terminó los exámenes del bachillerato clásico, como vencedor del concurso y fue admitido en el Colegio Borromeo de Pavia, lo que le permitió frecuentar la facultad de jurisprudencia de aquella ciudad y tomar contacto con un nuevo ambiente cultural y social, abriéndose así más amplios horizontes. Con particular interés siguió las enseñanzas de Benvenuto Griziotti, insigne estudioso de la ciencia financiera, quien comprendió en seguida el valor del alumno guiándolo con amoroso empeño. En su libro de memorias, *La cattedra e il bugliolo*, Pesenti dice sobre él: "Fue un magnífico maestro. Amaba y formaba a los alumnos, se interesaba por su futuro y sabía conquistar a aquellos que él juzgaba los mejores". Y entre ellos Antonio Pesenti fue el predilecto. Le hubiera gustado escoger para la tesis de grado un tema sobre la política financiera italiana, pero el maestro lo disuadió, conociendo las ideas del muy joven estudiante, por aquella época ligado a grupos republicanos, y sabiendo que un análisis crítico de la política financiera del régimen habría tenido consecuencias desagradables. Por esto el mismo tema sobre política financiera, fue más prudente tratarlo como le sugirió Griziotti, con referencia a Inglaterra.

Cuando Antonio Pesenti se presenta para la disertación se produce cierto estupor en el aula. Fue el único en entrar a la discusión de la tesis sin ponerse la camisa negra de los fascistas. No había aceptado inscribirse al FUG.¹

¹ Grupos Universitarios Fascistas (T.).

Su presentación fue brillantísima: 110 y laurea; y la publicación de la tesis. En seguida fue nombrado asistente provisional en la cátedra de Ciencia de las Finanzas, ganando además muchas becas de estudio para el exterior. Más tarde recordará esos duros años de estudios universitarios relevando la incidencia sobre su formación intelectual.

"Tal vez yo fui particularmente afortunado, escribió en la citada introducción del *Manual de economía*, pero no puedo olvidar nunca que en mis años jóvenes estuve en contacto con grandes y verdaderos maestros, no sólo por su doctrina sino también por su honestidad científica, el amor y el respeto con que seguían el desarrollo intelectual de sus jóvenes alumnos; y no puedo olvidar tampoco el afecto y la comprensión con que siguieron y confortaron mis primeros pasos de estudiante".

Si en Italia le fueron muy útiles las discusiones que tuvo, además de con Griziotti, con Cabiati y Luigi Einaudi, quien lo apreció muchísimo, en el extranjero como becado tuvo ocasión, siendo muy joven, de seguir en Londres las Lecciones del profesor Hayeck y, en Viena de frecuentar el círculo de Von Mises y encontrarse con Morgenstern, quien era entonces director del Institut für Konjunkturforschung.

A estos contactos y encuentros atribuyó el estímulo que trajo del extranjero para analizar más detenidamente su anterior preparación "rehaciendo el camino del pensamiento económico". Así evoca este periodo, en el cual rehizo sus estudios con renovado fervor: "Esto lo comencé a hacer en Sassari, en

aquella querida y tranquila universidad donde tuve el primer cargo, estimulado por estudiantes inteligentes y por colegas de la facultad que creaban un ambiente fraterno a mi alrededor". Su maduración científica y cultural se cumple con la estrecha unión entre los estudios de economía y derecho y las reflexiones sobre dramáticos acontecimientos vistos en Italia y en el extranjero, en Londres, París y Viena, que le proporcionaron una experiencia muy importante, no sólo para la exploración de nuevos e interesantes campos de la teoría económica, sino también para la comprensión de los fenómenos sociales y los acontecimientos políticos del momento: la gran crisis económica, la consolidación del fascismo en Italia después del asesinato de Matteotti y de Gobetti, la llegada al poder del nazismo y la consecuente carrera al armamentismo y la guerra.

Como lo recuerda en las memorias, desde el fin de su adolescencia presencié los asaltos de las escuadras negras contra la sede de los periódicos democráticos y contra las organizaciones de los trabajadores.

En el transcurso del decenio 1924-34 en el cual ocurre su primera formación intelectual, su pensamiento estuvo fuertemente influenciado por aquellos dramáticos acontecimientos, que contribuyeron de manera casi decisiva a lo que sería por toda la vida su empeño científico y político.

Justamente al final de aquel periodo, en 1934, obtuvo el grado en Ciencia de las Finanzas y Derecho Financiero a los 24 años, en tanto que sobre

el plano social su labor encontraba una de sus más altas expresiones con el discurso de acusación al régimen, que pronunció el 13 de octubre de 1935 en la tribuna del congreso de intelectuales antifascistas en Bruselas.

En esta forma se unificaron la conciencia moral y la ciencia, con las lecciones de los hechos de la historia.

Mientras tanto los acontecimientos se precipitaban y fue arrestado en Italia. De la cárcel degli Sealzi de Verona es trasladado a Regina Coeli y juzgado por el Tribunal Especial. La condena es durísima: 24 años de reclusión que es la pena máxima. Pesenti afronta la condena y la cárcel, ocho duros años, con dignidad y fuerza de ánimo ejemplares. Continúa estudiando en la cárcel. En una carta a su madre del 27 de diciembre de 1935, escribió: "No temo el porvenir. Estoy habituado a no dar mucha importancia a los acontecimientos de la vida que no afecten el espíritu. Yo confío en que después sabré reconstruir mi futuro, estaré nuevamente contigo y seré nuevamente útil a la sociedad. Espero sólo que este tiempo no resulte perdido y yo pueda estudiar y reflexionar. No abandonaré por esto mis estudios, por el contrario prepararé el trabajo en el cual pienso desde hace tiempo.

"Es inútil que yo te repita que te amo infinitamente y que ello debe hacerte feliz. Verdaderamente de nada de mi vida pasada me arrepiento". En otra carta enviada a Benedetto Croce en 1937, para pedirle consejo acerca del estudio que está realizando, le declara con fiereza que él no escribirá más en

honor de nadie y no tratará temas de moda para "conquistar títulos" y que ahora podrá trabajar sin aquella "preocupación académica que antes trababa su camino científico".

Aun en aquellas terribles condiciones, poco a poco, como recuerda en sus memorias, alcanzó a formar una biblioteca "importante por el número de volúmenes, pero sobre todo por el valor de las obras" y a procurarse toda la "nuova colana di economisti", la obra de Smith y de Ricardo, de Marshall y de Keynes y el texto de economía de Amoroso y de Del Vecchio; y otros que eran publicados en las revistas a las cuales estaba inscrito (*Il giornali degli economisti, Annali di economia* y la *Rivista italiana di scienze economiche*). Paralelamente profundizó su conocimiento del pensamiento y de la doctrina económica de Karl Marx. Desde prisión, escribió a uno de sus amigos: "por fortuna y confiado en la ignorancia de los carceleros, camuflábamos bajo títulos inocentes y escritos en alemán y francés, *El Capital* y la mayoría de los escritos de Marx y Lenin...".

Y es en la cárcel que se orienta hacia el marxismo y se hace comunista. Profundizó varios textos de economía y de política económica y financiera de los cuales ya se había ocupado y estudió las matemáticas. La cárcel en la cual lo recluyó el fascismo desde 1935 hasta 1943, no lo doblegó, ni como estudiante ni como combatiente por sus ideales. Sufrió largas privaciones e incomodidades de todo tipo, enfermó a veces gravemente y alcanzó no sólo a estudiar sino también a enseñar a sus

compañeros de celda, simultáneamente aprendiendo de ellos, de sus experiencias, y siempre dispuesto a ayudar a aquellos que lo necesitaran. Aun cuando llegó al extremo de sus fuerzas, en julio de 1942, estuvo casi interrumpidamente durante tres semanas, sin cerrar nunca los ojos, con un compañero moribundo que le había pedido acompañarlo hasta el último momento por miedo de revelar en su delirio, importantes secretos conspirativos. Aquella trágica vigilia le produjo una agudización de su mal, tan grave que por algunos días estuvo entre la vida y la muerte. En sus memorias recuerda este episodio: "Debido tal vez a una intoxicación, al agotamiento nervioso causado por la larga vigilia, a la emoción o al cansancio físico, el hecho fue que algunos días después cuando desperté por la mañana, me percaté de haber perdido por completo la noción del espacio. Yo dormía con los ojos vendados con un pañuelo para protegerlos de la luz prendida de la cárcel (costumbre que aún conservo) y aquella mañana mis manos buscaron la venda no sobre los ojos, sino más abajo a la altura del cuello. Inmediatamente después tuve un violento ataque que duró cerca de un cuarto de hora. No podía respirar, agitaba los brazos como alas de pájaro, y el corazón me latía con un ritmo violentísimo. Algunas horas más tarde el ataque se repitió y duró un poco más. Estuve gravísimo y por dos meses debí quedarme en cama".

El fue muy humano y fuerte de espíritu, dignísimo siempre para rehu-

sar las lisonjas y presiones que le hicieron a través de sus familiares para inducirlo a ceder. A su querida madre, con la cual estuvo siempre muy ligado, le respondió una vez a propósito de ello, con una carta en la cual incluía los versos de un poeta inglés: "No te amaría tanto, si no amase el honor más que a ti". Este sentido de la dignidad fue siempre altísimo en él, tal que prefirió el calvario de la cárcel a las glorias académicas que seguramente le habrían correspondido por sus trabajos científicos.

A final de 1933 se había distinguido por su agudo análisis de la política monetaria alemana e inglesa y por sus investigaciones sobre el costo de la actividad financiera (Pavia, 1935), a las cuales siguieron más tarde algunos trabajos sobre los límites económicos y otros aspectos de la actividad financiera, temas que retomó para su mayor desarrollo después de la liberación del país.

Antonio Pesenti fue puesto en libertad el 4 de septiembre, apenas con tiempo para huir de los nazis: afortunadamente alcanzó a llegar a Italia liberada, pasando la línea después de un largo y tormentoso viaje. El Partido Comunista, del cual vuelve a ser destacado representante, le encarga entonces tareas adecuadas a su capacidad intelectual y política. Con aquella modestia, que siempre fue una de sus más bellas virtudes, inicia desde aquel momento una intensa actividad ocupando cargos de alta responsabilidad. Viceministro de Finanzas durante el Gobierno de Badoglio (de abril a junio de

1944) y en el Gobierno de Bonomi (de junio a diciembre de 1944); es nombrado Ministro de Finanzas en el segundo gobierno de Bonomi (de diciembre de 1944 a junio de 1945). Sucesivamente fue llamado a formar parte de la Consulta Nacional y de la Asamblea Constituyente; fue miembro del Parlamento de 1948 a 1968. Llamado a formar parte del Comité Central del Partido Comunista a fines de 1945, debió compartir esta alta responsabilidad con su labor en la vida pública. Fue muy activo como economista y dirigente de la política económica para la reconstrucción del país, por la cual trabajó incansablemente. *Reconstruir sobre las ruinas* una de sus obras escrita en 1946, nos da la medida de sus empeños y de la valiosa contribución que hizo a la solución de los problemas más importantes de la reconstrucción nacional en aquel período. Retornó con pasión a su cátedra en la universidad. En 1948 fue titular de la cátedra de Ciencia de las Finanzas y Derecho Financiero de la universidad de Parma. Su producción científica se intensifica y es de veras muy grande el número de sus escritos de economía y de finanzas, de política económica y de derecho financiero que escribió durante los últimos veinticinco años. Citemos sólo algunos: "Sobre la validez y el significado de algunas proposiciones ricardianas relativas a la política de impuestos" en *Estudios en memoria de G. Borgatta* (Milano, 1951); "La actividad financiera en la Constitución" Vol. III de *Estudios sobre la Constitución* (Guiffré, 1958); "Sobre la naturaleza y la sistematización jurídica

de algunas contribuciones nacidas del control de los precios" en *Estudios Parmensi* (Guiffré, 1959). Y basta recordar, además de los ya citados, los ensayos publicados en *Crítica económica*, revista de la cual fue fundador y director, acerca del problema de la planificación económica, de la reforma tributaria, del capitalismo monopolista de Estado (que desarrolló en su último trabajo presentado en un congreso dedicado a este tema) y otros artículos que escribió al final sobre el rol de la empresa pública en Italia y sobre los acontecimientos de la crisis monetaria internacional.

El campo de sus intereses políticos fue muy amplio, pero dedicó una atención particular a los problemas de la actual fase de desarrollo del capitalismo monopolista, presentando contribuciones apreciadísimas en varias sedes (nacionales e internacionales), con aquella forma simplísima de expresión que también utilizó en su *Manual de economía política*.

Poco antes de dejarnos, estaba trabajando en la preparación de una nueva edición de su texto *Ciencia de las finanzas y derecho financiero*. En el trabajo estaba acostumbrado a discutir con sus colaboradores y confrontar su pensamiento con ellos. Tenía un sentimiento de absoluto respeto por las ideas y los enfoques de investigación de algunos de ellos; pero ello era sobre todo respeto por la persona humana, que él derivaba de su profunda dignidad como hombre. Por esto lo amaban todos sus estudiantes, colegas y colaboradores.

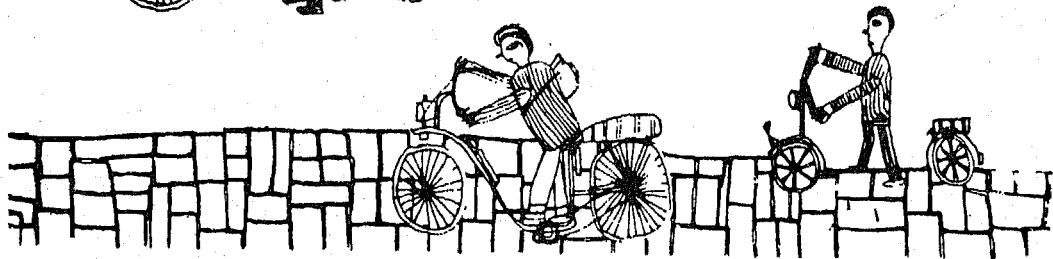
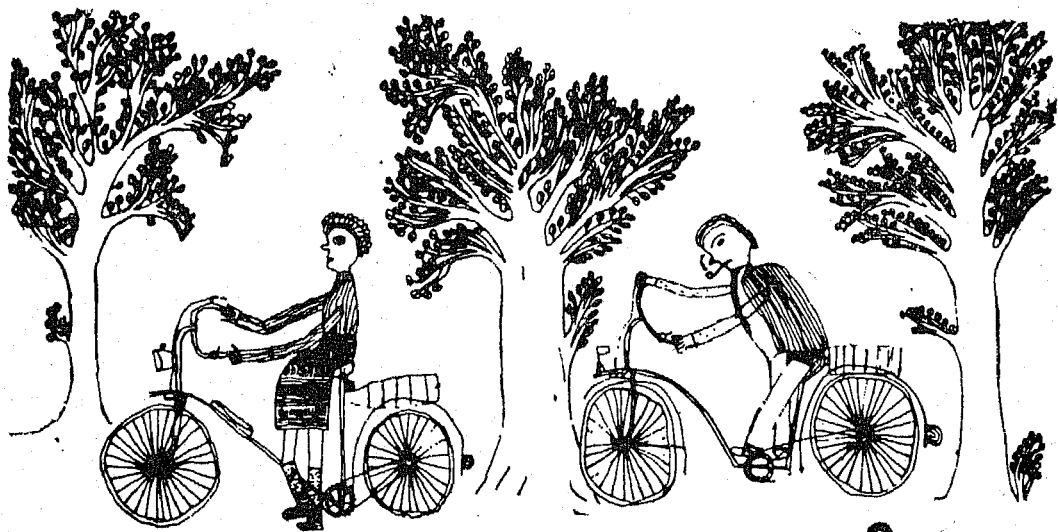
Lo conocí en los años febriles en los cuales, con su vivísima inteligencia y con la generosidad de su noblísima alma, era el propulsor del Centro Económico para la Reconstrucción, al cual dio su valiosa contribución de ideas y de apasionada actividad, teniendo a su lado colaboradores de la estatura de Rodolfo Morandi, Saracimo y Monichella. En torno a la revista *Crítica económica*, fundada y dirigida por él, se recogieron entonces las fuerzas más vivas de la cultura económica, en un momento en el cual todo su empeño en el campo del pensamiento y de la acción política, estaba dirigido a la elaboración y a la realización de una línea de desarrollo económico y social del país, que respondiese a las nuevas exigencias de la sociedad italiana, con una visión renovada y sustancialmente diversa de aquella heredada de la vieja doctrina liberal.

En esta empresa profundizó sobre el plano teórico, con ensayos y cursos, con congresos y confrontaciones críticas entre las diversas escuelas del pensamiento científico y la implantación de un "nuevo curso" de política económica que debería representar, una alternativa a la línea de política económica todavía profundamente enraizada (y anclada en el viejo dogma de "cuentas del balance iguales") y una vía original de desarrollo de la sociedad italiana con respecto a las directrices fundamentales de aquellas reformas de estructura que él teorizó en sus escritos.

En una época dominada por rígidos esquemas doctrinarios Antonio Pesenti,

por aquella sufrida experiencia de vida que nunca separó de la elaboración ideal, dio al estudio de algunos problemas un impulso vivificador y fecundo que aún hoy está vivo y se extiende más allá de los confines de su

misma ideología. Su gran humanidad y el ejemplo de una vida al servicio de un ideal de libertad y de progreso son parte integrante de la herencia espiritual, que como educador dejó a las nuevas generaciones y a todos nosotros.



El capitalismo actual como capitalismo de transición

Antonio Pesenti

Seguramente la clase obrera puede influir, y de hecho influye, sobre la política económica de la clase capitalista dirigente, a través de las luchas que desarrolla por la defensa de sus intereses de clase y por la conquista de un poder siempre mayor. Contra las posiciones sectarias, el marxismo contraponen el carácter impulsor y progresista de la lucha de clases. Reconoce que es posible obtener resultados parciales y que el poder político puede ejercer su influencia sobre la economía, por lo cual cada conquista política es también una conquista económica. El 27 de octubre de 1890 Engels escribía a Schmidt:

“...si Bart supone que nosotros negamos todas y cada una de las reacciones de los reflejos políticos, etc., del movimiento económico sobre el movimiento mismo, simplemente embiste contra molinos de viento. No tiene más que mirar *El 18 Brumario* de Marx, que trata casi exclusivamente del papel particular desempeñado por las luchas y acontecimientos políticos, desde luego dentro de su dependencia general de las condiciones económicas. O en *El*

Capital, en el capítulo sobre la jornada de trabajo, por ejemplo, aprenderá como la legislación que es un puro acto político, actúa de manera decisiva sobre las condiciones de dicha jornada. También podría leer el capítulo XXIV sobre la historia de la burguesía. ¿Para qué luchamos por la dictadura política del proletariado si el poder político es económicamente impotente? La fuerza (esto es, el poder estatal) es también un poder económico”.¹

Estos mismos conceptos aparecen repetidos en otras cartas de Engels,² y son la base de la concepción marxista sobre la conquista del poder por el proletariado y las condiciones necesarias para el “salto” a la construcción del socialismo.

En conclusión, sin la toma del poder por la clase obrera, solamente se puede pensar en una política burguesa, tendiente a conservar y garantizar la ac-

¹ Marx-Engels, *Correspondencia*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972, Tomo III, p. 177.

² Carta a Mehring, del 14 de julio de 1893, y a Starkenburg del 25 de enero de 1894 (*Op. cit.*, Tomo III, pp. 209 y 216).

tual estructura social, el actual sistema de producción y a mantener en vigencia las leyes económicas del sistema, con la consecuencia de desarrollar contradicciones que de vez en cuando deben estallar de manera violenta y con manifestaciones históricamente distintas en cada periodo. La guerra representa una forma de estallido violento de las contradicciones.

Los únicos que no se dan cuenta de esto son nuestros reformistas, porque tampoco los dirigentes burgueses niegan lo que nosotros afirmamos. Por el contrario, en las introducciones a los varios pactos de asistencia mutua como el Plan Marshall, el Pacto del Atlántico y otros, lo afirman explícitamente.

Pero nuestros reformistas se transforman en acusadores y dicen: ustedes los marxistas son dogmáticos, no ven los grandes y sustanciales cambios que se verifican en el capitalismo y las nuevas posibilidades que esos cambios abren para un desarrollo económico y social de la humanidad, ordenado y regular.

Si esta acusación fuera cierta, nosotros no seríamos marxistas. El marxismo o materialismo dialéctico es justamente el estudio, sin prejuicios, del desenvolvimiento de la realidad, el continuo confrontamiento de las leyes de la dinámica (que siempre son leyes tendenciales) descubiertas en el pasado, con el desarrollo real; el análisis cuidadoso de los nuevos elementos que surgen de la realidad y que diferencian el presente del pasado, porque en esos nuevos elementos es donde casi siempre está el germen del futuro.

En el pasado, el marxismo siempre cumplió con ese tipo de estudio. Una etapa notable, desde el punto de vista científico, en el análisis de las características nuevas, como todos sabemos, fue cumplida por Lenin con su concepto del imperialismo como fase superior del capitalismo. Desarrollando elementos analíticos presentes en Marx, y anteriormente en Engels, y estudios precedentes de escritores marxistas y no marxistas, Lenin constató la exactitud de las previsiones marxianas sobre el desarrollo de la sociedad capitalista. En base a esas previsiones enunció de manera unitaria y con una visión de conjunto, las características de la nueva realidad de su tiempo, integradas en la definición del imperialismo. El mérito de Lenin no es tanto haber analizado fenómenos aislados, que en parte ya habían sido reconocidos y que hoy son admitidos, en gran parte, por la doctrina burguesa, sino que a través del método marxista fijó la unidad de esos elementos y su recíproca interdependencia como etapa o fase del desarrollo capitalista no cerrada sino abierta a nuevos desarrollos, aun como fase final del capitalismo.

Es importante ver claro el concepto de fase. Ello significa que los cambios acumulados en el curso del tiempo durante el desarrollo del capitalismo, ya vistos por Marx en sus comienzos, han alcanzado una magnitud tal que modifican las características del capitalismo, pero no las leyes económicas en las cuales se apoya el sistema. Lenin y también Gramsci son precisos en in-

sistir que se trata de cambios en el ámbito del capitalismo.

Para usar un ejemplo, que a mí particularmente me parece extremadamente claro, la vejez del organismo humano es una fase en la vida del hombre que se insinúa lentamente con una serie de fenómenos que tarde o temprano se afirman, creando en su conjunto un estado particular del organismo. ¿Significa esto que el organismo humano ya está acabado al inicio de la vejez, sin posibilidad de vida posterior y aun de un cierto desarrollo? ¿Significa que las leyes fisiológicas que regulan la vida del organismo humano desde su nacimiento, no son ya válidas? Ninguna de estas cosas. Sólo significa que se han verificado algunas modificaciones no reversibles, alterando el funcionamiento de las leyes biológicas fundamentales, las cuales sin embargo siguen siendo válidas. Estas modificaciones representan las características que en su conjunto determinan el "estado" y el concepto de vejez, como fase de la vida humana: las leyes de la vida, son también las leyes de la muerte. Igualmente sucede con un organismo social o determinado sistema de producción. Reafirmando las leyes de la vida del sistema capitalista, Lenin resume en la fase del imperialismo, la vejez del sistema capitalista. El imperialismo es siempre capitalismo y como tal sigue las leyes económicas fundamentales. Es la fase superior última, y no porque el capitalismo esté en descomposición, sino porque la agudización de las contradicciones, empuja al hombre,

protagonista de la historia, a modificar las relaciones de producción capitalista.

Es evidente que siendo el imperialismo la última fase del capitalismo puede considerarse en sus dos aspectos de "degeneración" del capitalismo (de vejez) y de transición a la nueva sociedad socialista, por cuanto se crean las condiciones objetivas que empujan a la sustitución del sistema capitalista por el sistema socialista.³

El marxismo siempre reconoció que la realidad no es uniforme: en ella hay siempre residuos del pasado y gérmenes del porvenir, pero hay también un aspecto "dominante" que uniformiza a esa realidad social; para el marxismo una realidad social determinada no se establece de manera perenne. Según Lenin, el imperialismo es el "capitalismo moribundo" y es al mismo tiempo el capitalismo de transición. Es claro que la expresión capitalismo de transición o fase de transición, no sirve para indicar una serie cualquiera de cambios, inclusive algunos muy importantes, porque en tal caso las fases de transición serían innumerables. No se puede hablar de fase de transición solamente porque ocurren cambios incluso de la magnitud e importancia que ocurrieron, por ejemplo, con los nuevos fenómenos que se desarrollaron después de la gran depresión de 1873 y que determinaron el paso del capitalismo "premonopolista" al imperialismo. Fase de transición debe indicar aquel pe-

³ Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*: "De todo lo dicho sobre la esencia económica del imperialismo resulta que debe ser caracterizado como capitalismo de transición o capitalismo moribundo".

riodo más o menos largo en el cual se imponen los fenómenos que establecen la base objetiva para el cambio de un modo de producción a otro.

Pero nuestros reformistas dicen: desde que Lenin escribió su libro clásico, el capitalismo ha tenido nuevas modificaciones, por las cuales, entre otras razones, no puede considerarse al imperialismo como la última fase del capitalismo.

¿Ha habido modificaciones sustanciales del capitalismo después del análisis de Lenin? Ciertamente, hubieron algunas modificaciones. En primer lugar el capitalismo fue remplazado por el socialismo en una tercera parte del mundo, y en esos países seguramente el imperialismo fue la última fase del capitalismo. En segundo lugar, los países dependientes del imperialismo están alcanzando la independencia nacional y creando un nuevo tipo de desarrollo autónomo. No cabe duda además, que donde ha sobrevivido el capitalismo han ocurrido también modificaciones. ¿Pero se trata de cambios sustanciales, o de fenómenos característicos que se han añadido a los enunciados por Lenin, sin salir de la "fase" del imperialismo? A mi parecer, y no es una idea de este momento,⁴ se trata de nuevos fenómenos insertados ya permanentemente en la vida del capitalismo y añadidos a las características fundamentales enunciadas por Lenin, las cuales, lejos de desaparecer, han sido reforzadas, representando los nuevos fenómenos, su desarrollo lógico. El proceso de

concentración monopolista se ha intensificado, como ha sido confirmado incluso por encuestas oficiales en todos los países. Lo mismo ha ocurrido con la exportación de capitales, el dominio del capital financiero se ha consolidado y el mundo capitalista ha sido repartido entre los países imperialistas. Por esto, no se puede hablar de una nueva "fase", aunque en la actual se hayan desarrollado algunos fenómenos, que Lenin había señalado claramente, pero que en su tiempo no habían madurado todavía.

El capitalismo de Estado

El fenómeno que más particularmente se ha desarrollado, es el "capitalismo de Estado", del cual el "manejo de la moneda", puede considerarse como un fenómeno corolario o como un fenómeno por sí mismo.

El "capitalismo de Estado" no fue un fenómeno ignorado por los escritores marxistas del pasado (Bettelheim ya había recordado el magnífico paso de Engels en el *Antidühring*); Lenin en particular lo mencionó en muchas ocasiones y con significativas palabras; y muchos escritores soviéticos han dedicado una gran atención a este fenómeno.

Es cierto que el análisis no ha sido realizado a fondo; por ejemplo considero que no son científicamente satisfactorias las conclusiones del economista soviético Kusminov en su obra *Gosudarstviennno Monopolisticheskii kapitalism*, editada en Moscú en 1957, que por lo demás es muy rica en datos y

⁴ Véase en *Crítica económica*, 1946, No. 4: "Una nueva característica del imperialismo".

citaciones. En ella por ejemplo, bajo la denominación de "capitalismo de Estado" se tienden a unificar dos fenómenos que pienso sea más oportuno distinguir. Uno es la política económica de intervención estatal, desarrollada para conservar la estructura capitalista. En ella está comprendida la reglamentación de la economía que puede llegar hasta la economía de guerra o hasta los "planes capitalistas". El otro fenómeno es la modificación formal de las relaciones de propiedad, con el cambio de la propiedad privada a la propiedad estatal de sectores enteros de la economía o de grupos de empresas particulares.

Este último fenómeno incide sobre el derecho a la propiedad privada. Incluso si su efecto es solamente formal, representa en sí mismo un fenómeno distinto de la política económica en general, que tiende a sostener directamente la empresa capitalista privada asegurándole la obtención de una ganancia.

Pienso que se introducen confusiones cuando se define como "capitalismo de Estado" la simple política económica de intervención a través del presupuesto nacional. Es evidente que tal política requiere la construcción de los elementos apropiados para su ejecución, constituidos en general por entidades de propiedad estatal (por ejemplo la Credit Commodity Corporation en U.S.A. o L'Equalization Fund o L'Arar en Italia), pero por sí misma esta política no es más que una forma diferente de la actividad del Estado tendiente a mantener los intereses de

la clase dominante. En el pasado, durante la fase del capitalismo de libre concurrencia y de la mediana empresa individual, tal actividad se sustituía con el *laissez faire*; hoy, en la fase del imperialismo, en la cual domina el capital financiero en colusión con el Estado, el poder económico y político real se encuentra en manos de un restringido grupo de monopolistas, lo que no es incompatible con la mencionada política económica de intervención. Este hecho es solamente el desarrollo de aquella característica que Lenin relevó y documentó en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, y que otros escritores marxistas en todos los países han documentado para periodos más recientes: el dominio del Estado por parte de una oligarquía financiera, sea de manera directa, o a través de hombres políticos de confianza.

A mí me parece que el fenómeno "capitalismo de Estado" debe referirse de manera particular al hecho de que el "Estado" capitalista ha adquirido la "propiedad" total, o participaciones en la empresa productiva.

Tampoco este fenómeno pertenece exclusivamente a nuestros días. Como recordaba Engels en el *Antidühring*, cuando las fuerzas productivas han superado los límites de la propiedad capitalista y requieren una dirección centralizada, el Estado burgués se ve obligado a asumir la dirección de la producción. Pero "ni el paso a la sociedad por acciones, ni la transformación en propiedad estatal elimina el carácter capitalista de las fuerzas productivas. El Estado sigue siendo un ins-

trumento en manos de los capitalistas. Las relaciones capitalistas no son eliminadas, sino por el contrario son llevadas al extremo”.

Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, y en otras obras, subrayaba con mayor agudeza el carácter capitalista del fenómeno, que en ese tiempo se extendió notablemente; consideraba al mismo tiempo, el capitalismo de Estado como la “antecámara del socialismo”, es decir como una condición objetiva que facilitaba la transición al socialismo.

En el “capitalismo de Estado” se debe distinguir, a mi parecer, aquellas instituciones que no atacan la propiedad privada de los medios de producción, pero que actúan como instrumentos de política económica, del verdadero y propio traspaso a la propiedad estatal de empresas productivas, que general una ganancia. Esta distinción la hacen también los capitalistas en la práctica. El paso a la propiedad estatal y a la “gestión pública” de los servicios y de ciertas empresas aseguradoras y bancarias (ejemplo: cajas de ahorro), ha sido realizado y sostenido por abiertos defensores del capitalismo. Estos sectores de servicios o terciarios no son fuente originaria de ganancia, por lo cual su paso al Estado es muy conveniente para los capitalistas. La gestión de estas empresas se hace con criterio público, lo que significa por parte del Estado distribuir el costo total con criterio de clase (y no solamente entre los usuarios), por medio de los impuestos; mientras con tarifas subsidiadas para los grandes usuarios (monopolistas), se

aseguran condiciones ambientales (economías externas), destinadas a aumentar las ganancias de las empresas monopolistas y capitalistas en general.

Por otro lado, la centralización a través de institutos públicos de ahorro, no capitalista (seguros, empresas de servicio social, cajas de ahorro, etc.), pone capital a disposición del Estado para su política económica y sumas colosales a disposición directa de los capitalistas. De la misma forma han tenido una entusiasta adhesión por parte de los capitalistas, aquellos instrumentos estatales creados para ejecutar la política de intervención, sea para subsidiar la exportación (Import-Export Bank e institutos similares en todos los países capitalistas), sea para sostener los precios (Credit Commodity Corporation), o para estimular las inversiones en “infraestructura” (en Italia, Cassa del Mezzogiorno), etc.

Pero yo no diría que puede sostenerse lo mismo (como hace demasiado sumariamente el autor soviético que hemos citado), respecto a la nacionalización de los sectores productivos. Es cierto que, y de ello tenemos un ejemplo importante en Italia con el IRI,⁵ la propiedad estatal en el sector productivo industrial, puede ser resultado de “operaciones de salvamento” a favor del mismo capital monopolista. Pero el objetivo del capital monopolista, incluso en estos casos, es casi siempre la “reprivatización”. Lo mismo puede decirse de la propiedad estatal sobre plantas creadas para fines bélicos, como ocu-

⁵ Instituto de Reconstrucción Industrial (I. I.).

rió especialmente en los Estados Unidos, siendo reprivatizadas más tarde. Sin embargo, cuando la "nacionalización" corresponde a importantes sectores productivos y nace como resultado de la lucha de la clase obrera contra el capital monopolista, se produce un significado económico y político diverso, por lo que este tipo de nacionalización es combatido por los capitalistas. Sin duda esta propiedad estatal "nacionalizada" tiene que insertarse en el ambiente capitalista quedando condicionada a sus leyes, y dependiente del capital financiero dominante y de las relaciones de fuerza entre la clase dominante y la clase obrera. Sin embargo estas "nacionalizaciones" son verdaderamente un germen del futuro, que es sofocado por el ambiente capitalista hasta dominarlo; pero cuando el sector nacionalizado se extiende cuantitativamente (como resultado de la lucha de clases), el germen se desarrolla y a un cierto punto puede producirse un cambio cualitativo. En el fondo, ser propietario directamente o a través de otras personas, son siempre cosas distintas, tanto para los capitalistas como para la clase obrera.

En el fenómeno "capitalismo de Estado" coexisten elementos distintos, con distintas características. Sin duda, en el actual estado de las cosas el "capitalismo de Estado" se produce como una defensa necesaria y un fortalecimiento del capitalismo monopolista, que se ve precisado a buscar instrumentos aptos para su nueva política económica.

En esta nueva política económica el manejo monetario es un instrumento

de enorme importancia, que facilita una colosal transferencia de riqueza a los capitalistas, a través de la lenta inflación permanente, desde las capas populares trabajadoras (obrerros, empleados y pequeños productores) y las capas medias ahorradoras. Otro instrumento es la política financiera a través del aumento de los gastos, lo que se traduce en una mayor demanda, en subsidios a los capitalistas y en el aumento de los impuestos y la deuda pública, o sea en gastos onerosos para los no capitalistas.

Sobre estas breves consideraciones que he hecho, pienso que no es posible afirmar que el capitalismo ha entrado en una nueva fase, pero sí que se han acentuado aquellas características que Lenin ya relevó en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Menos aún puede decirse que se está "superando" el capitalismo, como afirman los reformistas. Las leyes fundamentales del capitalismo están necesariamente en la base del sistema, como nos recuerda Lenin y como lo testimonian los hechos recientes. No se ha verificado ninguna modificación sustancial. Los reformistas afirman que la extensión del régimen de las sociedades y la propiedad difundida de las acciones, representa una modificación estructural del capitalismo, que indica su superación hacia un "capitalismo popular". Esta afirmación es tan absurda, que no es necesario mucho esfuerzo para refutarla. La dispersión de la propiedad accionaria, favorece, como han demostrado incluso los estudios burgueses, el fortalecimiento del capital mayoritario, restringido siempre a un pequeño grupo de capitalistas

dirigentes, y desde un punto de vista económico lo que importa es la disponibilidad del capital acumulado de esta manera, su dominio, y no la propiedad formal en sentido jurídico. Es cierto también, y ha sido lúcidamente demostrado por Sweezy, que los "técnicos" dejan de tener una posición subordinada respecto al capital. Las estupideces que se afirman acerca de la revolución de los técnicos que se han puesto por encima del "capitalista", no tienen ninguna consistencia. Los técnicos ocupan sus posiciones porque sirven al capitalista y realizan las leyes económicas en ventaja del capitalista.

Estructura y superestructura

Pienso que es conveniente hacer una digresión sobre los conceptos de estructura y superestructura para precisar algunos otros, y entre ellos el concepto de fase. Esto porque me parece que una frase de Lenin, que además tenía un significado histórico concreto, ha sido interpretada en sentido absoluto y más allá de los límites que ella manifiesta. Lenin decía en su *Informe sobre el programa del Partido*:⁶

"En ninguna parte del mundo existió ni existirá el capitalismo monopolista sin libre concurrencia en toda una serie de ramas. Describir semejante sistema es describir un sistema falso y divorciado de la realidad. Si Marx decía de la manufactura que era una superestructura de la pequeña producción en masa, entonces el imperialismo y el ca-

pital financiero son una superestructura del antiguo capitalismo. Si destruye su cúspide, el antiguo capitalismo quedaría al descubierto. Defender el punto de vista de que existe un imperialismo integral sin el antiguo capitalismo es simplemente confundir la realidad con los propios deseos.

"Este es un error natural muy fácil de cometer. Si tuviésemos ante nosotros un imperialismo integral, que hubiese transformado totalmente el capitalismo, nuestra tarea sería cien mil veces más fácil. Tendríamos así un sistema en que todo estaría sometido al capital financiero únicamente. Bastaría con eliminar la cúspide y entregar el resto al proletariado. Sería algo infinitamente agradable, pero la realidad es otra. En la realidad el desarrollo es tal que tenemos que actuar de modo muy distinto. *El imperialismo es la superestructura del capitalismo*. Cuando se derrumba, nos encontramos con que se destruye la cúspide y queda al desnudo la base".

Las palabras de Lenin tienen un significado absoluto y otro histórico. Su significado absoluto es éste: nosotros llamamos estructura de la economía a un sistema de producción cualquiera, por ejemplo el capitalismo. El imperialismo como fase y cualquier manifestación del imperialismo, comprendido el capitalismo de Estado, es un desarrollo en la estructura, una superestructura. Lo cual corresponde a cuanto hemos sostenido en las páginas precedentes, hablando sobre modificaciones del capitalismo que conservan sus mismas leyes. Por otra parte, la afirmación de Lenin tenía un significado histórico concreto.

⁶ Lenin, *Obras Completas*, "VIII Congreso del Pc(b)R, 18-23 de marzo de 1919", Tomo XXXI, pp. 35-36 (Ed. Cartago, 1971).

Se refería a las tareas inmediatas que debía emprender el poder soviético una vez nacionalizados los más importantes sectores de la economía y afirmaba que con ello la estructura capitalista no era eliminada, sino que tendía a renacer.

Esta afirmación era cierta y lo era también en todos los países como Rusia en el cual los fenómenos de la concentración monopolista y del capitalismo de Estado no tenían la amplitud que es propia en el capitalismo actual. Hoy sin embargo el desarrollo capitalista se ha ampliado como un tumor.

Afirmar hoy que destruyendo el monopolio, se mantiene la base capitalista, es decir una frase abstracta cierta sólo en sentido abstracto y no histórico, en cuanto la destrucción del poder monopolista exige una dura lucha de clases y significa prácticamente la destrucción del sistema capitalista.

Bajo este aspecto es necesario precisar mejor los conceptos de estructura y superestructura. El concepto de "superestructura" puede ser confundido fácilmente por los no marxistas, con el concepto de formación artificial que se puede eliminar fácilmente, manteniendo la "estructura". Esta es en el fondo la tesis de los antimonopolistas burgueses, que quisieran regresar a la "libre competencia" y se ilusionan creyendo poder combatir el monopolio y hacer retroceder la sociedad. Ellos hablan de "estrangulación del monopolio" para regresar a la "economía de mercado".

Por ello es importante ponerse de acuerdo sobre el significado de la palabra; de hecho sería equivocado considerar al imperialismo como una superes-

tructura, entendida en el sentido que hemos mencionado atrás y no como la estructura propia y necesaria del capitalismo en el actual momento. Es justo hablar de "superestructura" cuando se da a esta palabra el significado restringido e históricamente determinado que le dio Lenin, con el ejemplo histórico de la manufactura. Pero considerando el capital monopolista de hoy, base del imperialismo, sólo como una superestructura de la sociedad capitalista, es peligroso olvidar que eso es la "estructura" (en el significado vulgar) propia y necesaria del capitalismo en su estado actual. O sea, si es cierto que el imperialismo es una etapa o fase del capitalismo que conserva sus mismas categorías y leyes económicas, entonces esta fase así considerada no es reversible. Repitiendo el ejemplo de la vejez del organismo humano, como un estado no reversible, vemos que en este sentido la vejez no es más que la estructura de dicho organismo una vez llegado a cierta edad.

Por tanto, es posible y justo afirmar abstractamente que eliminando el monopolio permanece el capitalismo, pero históricamente esta afirmación no puede ser cierta, como tampoco fue posible históricamente eliminar la manufactura y regresar a la producción artesana medieval.

Las conclusiones a las cuales podemos llegar de las braves consideraciones hechas en las páginas anteriores, pueden ser resumidas como sigue:

- 1) Los cambios ocurridos en los últimos años, se encuadran siempre en la fase del imperialismo, sin modificar sus

características y sus leyes y sin representar una fase nueva o distinta.

2) Considerando esta fase como un momento en la vida del sistema de producción capitalista (y en este sentido una superestructura de la estructura capitalista), son válidas para ella las leyes fundamentales del capitalismo, que determinan las contradicciones económicas, las cuales como dice Lenin, en vez de atenuarse, se agudizan.

3) En el ámbito del capitalismo no es posible la superación de las crecientes contradicciones para asegurar a la humanidad un desarrollo pacífico.

Sin embargo, pienso que faltaríamos como marxistas a nuestra tarea de estudiosos y políticos si no estudiásemos la realidad considerando también los gérmenes del futuro que en ella se van desarrollando. Además es necesario estudiar las modificaciones bajo el aspecto de las condiciones objetivas que maduran históricamente al socialismo y facilitan la conquista del Estado por parte de la clase obrera y sus aliados, condición necesaria para la transformación socialista de la sociedad. Un examen así hecho permite establecer indicaciones concretas para la lucha que debe desarrollar la clase obrera, sea para la conquista del poder, o para una vez cumplida esta etapa, empezar la construcción del socialismo con el apoyo de la mayoría de la población, de manera que no haya divisiones entre la clase obrera y sus aliados los campesinos y las capas medias. Este análisis nos permite evaluar con mayor comprensión los errores de los reformistas. Para ello es necesario considerar con mayor aten-

ción la época actual bajo el aspecto de "fase de transición", refiriéndonos a la definición de Lenin citada anteriormente y refiriéndonos al presente históricamente como fase de transición al socialismo. En los estudios posteriores a Lenin, el acento del análisis ha sido puesto sobre el aspecto de la "degeneración" del capitalismo, sobre el "capitalismo moribundo" y no sobre el "capitalismo de transición", es decir sobre los nuevos fenómenos que representan el germen de la nueva vida que se prepara para la humanidad.

Este análisis correspondía a las características del momento, a las relaciones de fuerza y al estado de la lucha de la clase obrera. Es justo y necesario que no sean puestos de lado los aspectos críticos del capitalismo y se insista sobre los aspectos de degeneración del sistema, pero es necesario tener en cuenta que con el paso del tiempo han cambiado los elementos objetivos y las relaciones de fuerza, lo cual ya ha sido ampliamente desarrollado en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, constituyéndose en la base de las nuevas formulaciones programáticas de los partidos obreros.

En el particular desarrollo de las fuerzas productivas en este periodo, los nuevos elementos a considerar son el creciente carácter social de la producción y, por consiguiente la agudización de las contradicciones que nacen del aspecto social de la producción en contraste con la propiedad privada de la fuerza productiva y la apropiación privada del producto, el avance político de

la clase obrera en todo el mundo y el crecimiento de su poder incluso en el ámbito del capitalismo.

El tema es mucho más amplio y no me es posible desarrollarlo aquí, por lo cual me limitaré a precisar y ordenar algunos fenómenos:

Iniciando con lo referente a la técnica productiva no puede negarse, a mi parecer, que esté en curso una gran transformación que representa un salto cualitativo respecto al pasado e implica un gran desarrollo de las fuerzas productivas.

Después de la segunda guerra mundial se inició un nuevo desarrollo de la técnica, basado sobre la máxima utilización de la energía eléctrica y electrónica y sobre la utilización de la energía nuclear con la consecuente introducción del proceso de automatización. La utilización de estas investigaciones es un proceso que recientemente comienza, pero que sin duda pertenece al futuro. ¿Estos descubrimientos son semejantes a los realizados en el pasado durante el capitalismo o tienen una relevancia cualitativa diferente? Este es un tema para estudiar profundamente. A mí personalmente me parece que hay una diferencia.

El aspecto cualitativo de los descubrimientos que determinaron el pasaje de la manufactura a la gran industria, fueron la base técnica de la "revolución industrial", y estuvo representado, como menciona Marx, por el paso del instrumento de trabajo a la máquina compleja.⁷ Entonces el capitalismo, es decir

⁷ Marx, *El Capital*, México, F.C.E., Tomo I, p. 302 y siguientes: "La máquina con la cual comienza la revolución industrial,

las relaciones de producción capitalistas ya en acción, "encuentran su base en la esencia técnica del proceso de producción, una herramienta determinada por un mecanismo que tan sólo en una de las partes funciona con una masa de esas mismas herramientas, de herramientas análogas que se ponen en movimiento por una fuerza motriz única, cualquiera que sea su forma. Esta es la maquinaria, pero sólo como instrumento simple de la producción de tipo mecánico."⁸

El contenido económico del capitalismo, subrayado muchas veces por Marx en *El Capital*, está en que "el capital subordina la producción a sí mismo, en la forma que la encuentra, y sólo después la transforma técnicamente". Y más adelante: "Esta subordinación comienza con el capital comercial y usuario, pasa por el capitalismo industrial que a su vez es absolutamente primitivo al principio, de tal forma que no se distingue del viejo sistema de producción, después organiza la manufactura basándose en el trabajo manual y especialmente en el artesano, sin romper la relación del obrero asalariado con la tierra y coronando su desarrollo con la gran industria mecanizada.

Los diferentes progresos técnicos ocurridos durante el siglo XIX, estuvieron dentro del contexto de la revolución industrial. Sin duda los grandes problemas económicos impulsaron dos grandes descubrimientos: el uso del petróleo

sustituyó al obrero que manejaba, superando la producción de tipo artesanal".

⁸ Lenin, *Obra*, ed. Rinascita, Vol. I, p. 480.

leo para el funcionamiento de los motores a explosión y la producción y el uso de la energía eléctrica. Estos descubrimientos fueron una novedad por sí mismos y por la época en la cual ocurrieron. La novedad se refirió a su decidida "naturaleza social", especialmente del segundo. Las anteriores fuentes de energía usadas durante siglos, y durante siglos de propiedad privada, entraron con el capitalismo en relaciones de producción capitalista (la minería del carbón). Su distribución se producía a través del mercado, como cualquier mercancía. Pero el petróleo exige grandes inversiones en investigación, concesiones públicas, redes especiales de transporte (oleoductos, cisternas), etc.; de manera que los aspectos sociales empiezan a ser dominantes produciendo una inevitable contradicción con la propiedad privada.

El mismo razonamiento debe hacerse para la energía eléctrica. Necesita de altísimas inversiones de capital, concesiones de aguas y costosas redes de distribución que deben pasar sobre propiedades privadas. Por otra parte es base fundamental de los servicios públicos, de manera que el aspecto social predominante entra en contradicción con la propiedad privada. De otra parte, la concentración monopolista de estos sectores es necesariamente muy elevada. Esta afirmación es más cierta, por lo que se refiere a la producción de energía nuclear; basta pensar que el 50% de los gastos en equipo deben concentrarse en la protección social contra las radiaciones.

Es necesario tener presente que los

efectos completos de los viejos descubrimientos han comenzado a sentirse plenamente después de la primera guerra mundial. Durante su primer momento, el periodo entre las dos guerras, estos descubrimientos no representaron una novedad revolucionaria en el proceso productivo. Ese periodo del desarrollo de la técnica productiva y de la productividad del trabajo estuvo dominado por una mejor organización de los elementos técnicos, por una mayor potencia y precisión de la maquinaria, y por el taylorismo en el campo del trabajo, es decir por el fenómeno que se encuadró bajo el nombre de "racionalización" y estandarización. En aquel periodo la "línea de ensamblaje" exigía una relación más estrecha entre las distintas fases. Pero la situación cambió después de la segunda guerra mundial. La utilización científica de la energía generada por diversas radiaciones, y de la energía nuclear actualmente, requiere de inversiones de capital colosales, lo cual implica necesariamente una creciente socialización de las fuentes de energía (con la tendencia consecuente a negar la propiedad privada). Este hecho tiene como efecto una sustitución de la sensibilidad física por la sensibilidad humana (célula fotoeléctrica, procesos de medición, telecomandos, uso de los isótopos) y un consecuente proceso de automatización, en el cual el hombre se convierte en el dirigente de procesos caracterizados por su complejidad, con un enorme aumento de la productividad del trabajo.

Este hecho, a mi parecer, señala un salto técnico de tipo cualitativo, cuyas

consecuencias no pueden ser plenamente evaluadas todavía, pero seguramente serán muy notables.

La contradicción entre la propiedad privada de los medios de producción y su carácter social, tiende a acentuarse cada vez más, haciendo más evidente la conciencia de esa contradicción. La solución de "nacionalización" o de "control" público de las nuevas fuentes de energía, y consecuentemente de las tradicionales como el carbón, es impulsada también por los no socialistas.

Del desarrollo de los mencionados descubrimientos, deriva otra consecuencia. La organización de la producción es dominada y tiende a ser más dominada que el factor medio de producción, sea este instrumento de producción u objeto de trabajo (según la terminología marxista).

Pero en el régimen capitalista los medios de producción (instrumentos y objetos de trabajo) son capital. La tendencia de la composición orgánica del capital es creciente. El altísimo capital inicial necesario, el altísimo capital adicional (plusvalía convertida en capital) esencial para la renovación técnica o para el surgimiento de nuevas empresas, constituyen la base económica de la concentración del capital, o sea, en el sistema capitalista de monopolio de la producción y de la organización vertical monopolista, como también de las ganancias de los monopolios necesarias, dentro de esta estructura, para la acumulación. Consecuentemente el capitalismo en su momento actual solamente puede ser monopolista.

La lucha contra la baja de la tasa de

ganancia y por el incremento de la plusvalía relativa, lleva dentro de la política monopolista al mantenimiento elevado de los precios, incluso si los costos caen y si es necesario reducir la producción, al acaparamiento del capital y de las ganancias generadas en el interior de la sociedad, o sea a una distribución diversa del plusvalor total, con perjuicio para los sectores capitalistas no ligados al monopolio y para los sectores de productores independientes no capitalistas.

De esa manera, aumenta objetivamente la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y su aspecto social, con la propiedad privada de los medios de producción concentrada en grupos restringidos que actúan de acuerdo a la luz de la ganancia en contradicción con estratos sociales más vastos. A una tendencia de socialización de la estructura productiva, corresponde una tendencia creciente a la socialización del ciclo productivo.

La creciente socialización del proceso productivo

El desarrollo descrito conlleva, como hemos dicho, al crecimiento del capital inicial necesario y del capital de trabajo, así como al crecimiento de las dimensiones de la empresa, y a relaciones técnicas y económicas más estrechas entre empresas que tienen el mismo ciclo de producción. Las relaciones económicas se socializan más y el ciclo económico se hace más dependiente de la sociedad. Por medio de la estructura monopolista se produce una acumu-

lación ingente que se hace posible debido a la acumulación interna y la acumulación social captada a través de sus mecanismos financieros, dejando una pequeña parte a los sectores no monopolistas.

Estos sectores no monopolistas, la pequeña y mediana empresa, pierden casi toda autonomía y toda independencia técnica y económica salvo algunas excepciones naturalmente. Si permanecen en el sector productivo se convierten en un apéndice, generalmente proveedor de la gran empresa; pero más a menudo se trasladan a los sectores terciarios y marginales.

Este aumento de la concentración, con el consecuente aumento del tamaño de la empresa y la forma de organización económica que de él se deriva, tiene además otras consecuencias que ponen de relieve la creciente "socialización de la producción". De hecho el proceso productivo debe continuar a un determinado nivel. La crisis conlleva a una contracción del producto social y a la desocupación de un cierto número de obreros.

La paralización del ciclo productivo, por razones técnicas o económicas, genera hoy consecuencias mucho más graves y a menudo incalculables. La caída de la producción social no es superior al 5% o 10%, pero puede llegar hasta el 40% o 50% como ocurrió durante la crisis de 1929-33. Las interrelaciones entre los distintos sectores vuelven a ser objeto de atención especial (relaciones insumo-producto). La gran mayoría de los costos se transforman en costos constantes.

Cuanto más unificado sea el proceso de producción, se hace más necesario un tamaño mínimo de la empresa por debajo del cual es imposible caer. Si se reduce la producción por debajo de dicho tamaño, el costo se reduce sólo mínimamente. El trabajo mismo vuelve a ser solamente un apéndice del progreso tecnológico, el cual condiciona su productividad (aunque no en lo referente a su "especialización, capacidad y calidad individual"). Bajo este aspecto, para que la empresa funcione, los costos de administración y los costos de trabajo (capital variable) se transforman en costos fijos; como dicen los ingleses, "running overhead costs". En consecuencia, no desde un punto de vista fijo, pero sí económico, lo conveniente para la empresa es cerrar totalmente o mantener la producción a un cierto nivel. De otra parte, como señala Dobb en su óptimo libro *Studies in the development of capitalism*, crecen los costos de instalación y de clausura, "Stopping and startline costs". De esta forma se determina cierta rigidez en el nivel de producción necesario desde el punto de vista económico.

En esta situación es conveniente que incluso el capital variable (salarios) se transforme en un costo constante, bien porque incide cada vez menos en los costos totales o bien porque su estabilidad es un punto de referencia para otros precios y garantías de un determinado nivel de consumo.

En ello está la base económica del "salario anual garantizado" aceptado por los monopolistas americanos, pero a este punto, debido al conjunto de las

relaciones económicas que se han creado, a la concentración del capital y la consecuente posibilidad de controlar el conjunto del proceso productivo social, a la necesidad de garantizar un nivel de consumo mínimo, el capitalista razona y actúa ya no como *uti singolus*, sino cada vez más como "clase", utilizando la forma más elevada de organización social para sus intereses, o sea utilizando el Estado. En este proceso está la explicación económica del capitalismo de Estado y de la intervención estatal, generando y aumentando así una nueva contradicción.

Como hemos visto, el capital monopolista tiende a utilizar al Estado con sentido de clase para apropiarse de una parte mayor del producto social y en este sentido actúa. Para realizar tales objetivos crea instrumentos que objetivamente constituyen la negación de la propiedad privada, tal como era entendida en el pasado, afirmando así la necesidad objetiva de tener una visión social y no sólo una visión privada empresarial del proceso productivo. Asistimos, por un lado, al acaparamiento por parte de los grupos dominantes del capital social y del nuevo capital, o sea de la plusvalía social. Por otra parte, a través de las ganancias de la empresa, el capital financiero utiliza la concentración surgida del sistema crediticio y de los instrumentos monetarios.

De esta forma el capital monopolista absorbe la plusvalía social y parte del valor. Absorbe la plusvalía y el plusproducto del artesano, del campesino, de las capas medias a través de la ganancia de monopolio, del dominio del

mercado de capitales y de las organizaciones bancarias y finalmente absorbe parte del valor a través de la política de precios y de las maniobras monetarias.

Todo ello implica la creación de una organización centralizada encargada de los recursos financieros y la creciente posibilidad de usar instrumentos de dirección central, que superan objetivamente los límites de la propiedad privada (incluso sin considerar las "nacionalizaciones" realizadas). Un ejemplo de la importancia que estos instrumentos representan, lo tenemos en el hecho que ellos constituyen el principal método de dirección, para mí no suficiente, utilizado por la clase obrera en Yugoslavia para la construcción del socialismo después de tomado el poder.

El conjunto de estas relaciones permite la subordinación de todas las capas sociales al capital monopolista, subordinación que se produce de manera engañosa, pero por ello más profunda, por la cohesión que ejercen relaciones económicas objetivas y necesarias.

Es también este conjunto de relaciones lo que permite el uso del Estado como instrumento coordinador y conservador de la actual estructura social. Pero, con ello el capitalista como clase dirigente, actúa de manera distinta que el capitalista individualmente considerado. Su visión ya no es empresarial sino política, considerando sus intereses en el conjunto de la sociedad. Y también en este campo se ve constreñido a crear y superar contradicciones. El Estado ya no es más, para el capitalista, solamente un policía como en el pa-

sado, para convertirse, como decía expresivamente *El economista* veinte años atrás, en el papá Noel otorgante de regalos a través de tarifas aduaneras, premios, subsidios y créditos. Esta intervención determina problemas de economía social: de equilibrio entre sectores económicos y de equilibrio entre las clases. Equilibrio no quiere decir que el plato de la balanza deba estar nivelado, lo que naturalmente no puede ocurrir en el capitalismo, pero sí la necesidad, en cada momento, de desplazar el núcleo, de encontrar el punto y de hacer consideraciones de economía social, contra "la espontaneidad" y la no ingerencia que se afirmaban en el pasado.

El proceso de consumo tiende cada vez más a ser un proceso social. La "canasta de consumo" se modifica con el capitalismo y hoy con mayor potencia por el capitalismo monopolista que hace amplio uso de la publicidad, gastando notables sumas en ella. La canasta de consumo incluye cada vez más mercancías industriales del tipo bienes duraderos (radio, electrodomésticos, etc.).

Esto implica un crecimiento del valor de la fuerza trabajo y del consumo de grandes masas de la población, incluso si dicho crecimiento es bastante inferior al aumento de la productividad del trabajo e incluso si hay un empobrecimiento de capas populares.

Los salarios reales crecen a una tasa inferior a la de producción de la riqueza social, lo que implica la reducción de ciertos consumos tradicionales; se disminuye la alimentación para tener en casa la radio o la motoneta. Todo

esto golpea más duramente al sector menos desarrollado del capitalismo.

La construcción del socialismo

Estos aspectos nuevos de la realidad no deben ser ignorados, pero tampoco debe ser confundida la intervención del Estado capitalista o el creciente aspecto social de la producción, con el socialismo o con la tendencia al socialismo. Como habíamos recordado antes, estos nuevos elementos objetivos no pueden por sí mismos, conducir a un derrumbamiento "espontáneo" del capitalismo y tampoco a su transformación, manteniéndose por el contrario la vigencia de las leyes económicas del capitalismo.

Tampoco tiene ningún fundamento la tesis de que nos encontramos frente a una nueva revolución industrial, entendida en el sentido que la aplican los escritores burgueses, es decir como la confirmación sobre la vitalidad y la estructura del capitalismo, o como una modificación que sin embargo mantiene sus fundamentos. Ya habíamos recordado que la revolución industrial, como lo enseña Marx y como lo reconocen ahora la mayor parte de los historiadores, no significó solamente un progreso de la técnica. El conocimiento de la extracción del carbón fosilizado y su aplicación, por ejemplo, a la fundición de minerales de hierro se usaba ya a finales del siglo xvi, como también eran conocidas otra serie de máquinas. Ni aun el descubrimiento de la máquina de vapor significó por sí mismo la revolución industrial. Este descubrimiento fue posible, así como la revolución indus-

trial, por el ambiente económico particular que exigía el modo de producción capitalista, consolidándose con caracteres dialécticos. Fue un fenómeno social y no un fenómeno técnico, que se realizó en un periodo bastante amplio y sin solución de continuidad con los periodos precedentes.

Hoy existen condiciones objetivas para la nueva revolución industrial, pero el descubrimiento de la energía nuclear no es por sí mismo la nueva revolución industrial, como tampoco lo es la automatización. La nueva revolución industrial solamente puede ser realizada en el sistema socialista, el único capaz de liberar las fuerzas productivas de los vínculos impuestos por el capitalismo.

En conclusión, es seguro que en el capitalismo existen nuevos elementos que representan los gérmenes del porvenir, los cuales se fortalecen continuamente. Pero estos elementos no pueden actuar, estos gérmenes no pueden desarrollarse, ni ser dominantes, sin la toma del poder por la clase obrera, que es la que representa al porvenir. La toma del poder por la clase obrera constituye el elemento económico decisivo, sin el cual no es posible superar la sociedad capitalista y crear la sociedad socialista.

Seguramente también el concepto de toma del poder ocurre dialécticamente y debe considerarse respecto a él que cuando ocurren "saltos", no hay nunca soluciones de continuidad en la historia. Es decir, también en este campo existen hechos nuevos. La toma del poder por la clase obrera y la construcción del socialismo en una tercera parte del

mundo es un hecho nuevo de importancia colosal y decisiva

Pero no hay duda de que también en la sociedad capitalista la clase obrera ejerce hoy un poder superior al que tenía en el pasado. Lo ejerce con las huelgas, con la imposición, por ejemplo, de condiciones para la estabilidad del trabajo, de la escala móvil, del bloqueo a los despidos y en ciertos momentos también pidiendo y obteniendo la participación en la dirección de la vida productiva. Lo ejerce con la lucha política, conquistando más amplias libertades y luchando por la paz contra la guerra.

También la burguesía, por lo demás, conquistó un cierto grado de poder en la sociedad feudal. Pero también es cierto que solamente la toma del poder político, es decir del Estado, caracteriza el pasaje de un sistema de producción a otro, constituye el "salto" necesario de cualquier manera que se produzca, incluso si esta toma del poder ocurre, como reconocía el XX Congreso del PCUS, dadas las nuevas y diferentes condiciones, por vías diversas, por vías nacionales que corresponden a las realidades nacionales individuales, y por tanto con métodos diferentes. No fue necesario cortar la cabeza a los reyes para hacer la revolución burguesa. De todas maneras la conquista del poder por parte de la clase obrera y sus aliados es condición necesaria para realizar el nuevo cambio en la producción.

Naturalmente la toma del poder por la clase obrera y sus aliados, no es por sí mismo el "socialismo", pero sí es condición necesaria para su construcción.

La construcción del socialismo es una

acción larga y difícil y también con el socialismo habrá contradicciones para superar. Es necesario superar fases de crisis propias de los grandes cambios sociales y Marx advertía esto explícitamente.

La dificultad para la conquista del poder y para construir el socialismo dependen del grado mayor o menor de maduración de las condiciones objetivas para el socialismo, de las cuales hemos hablado antes.

¿Significa esto que la clase obrera no debe tomar el poder hasta que no han madurado todas las condiciones objetivas?

No, ciertamente. Es la historia la que condiciona: *Hic Rodhus hic salta*. Pero justamente esta diferencia de condiciones objetivas, de situaciones históricas, de formas en las cuales ocurre el "salto", constituyen la explicación científica y la justificación de las diversas vías al socialismo. Por ello es necesario tener conciencia de las dificultades y de las diversas condiciones para superar los obstáculos a la construcción del socialismo, con el menor sacrificio posible.

Las condiciones para la construcción del socialismo son la propiedad social de los medios de producción social, la conquista del poder por parte de la clase obrera ligada a sus aliados de los distintos estratos sociales, la existencia de una consciente vanguardia política de la clase obrera que la guíe coherente y unitariamente a la construcción del socialismo. Pero la forma y la vía son el resultado de situaciones objetivas específicas que comprenden las tradiciones

históricas, culturales y nacionales. Como en el parto, el parto sin dolor se basa en el conocimiento del suceso natural y sobre la consciente adecuación a ello, asimismo el parto de la nueva sociedad será menos difícil y laborioso en la medida que se conozcan las condiciones objetivas que llevan al socialismo, favoreciendo el desarrollo espontáneo y armónico, de forma que cada vez el movimiento socialista será más democrático.

El crecimiento de las contradicciones propias del imperialismo ha hecho improrrogable la necesidad de la sociedad socialista en la conciencia de masas humanas siempre más numerosas, constituyéndose en otro elemento nuevo y decisivo.

En Italia, por ejemplo, los campesinos y las capas medias adquieren cada vez más una orientación socialista y siguen a los partidos de la clase obrera, el partido comunista y el socialista.

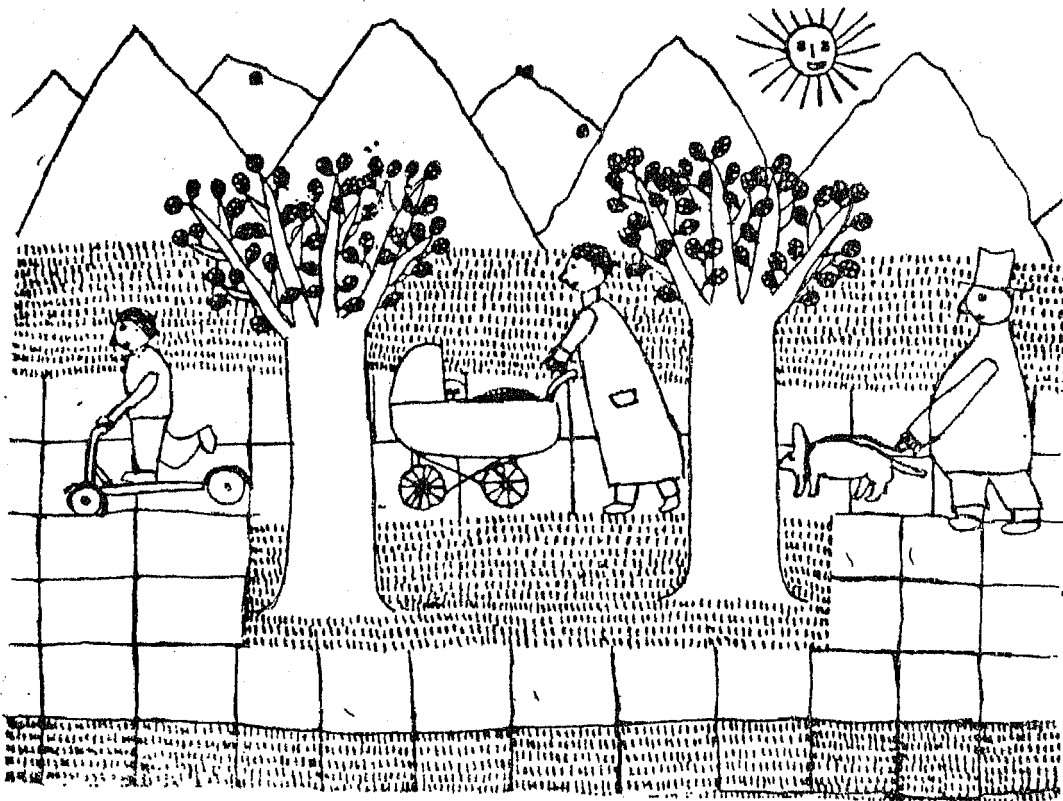
En la vía italiana al socialismo, trazada por el VIII Congreso del Partido Comunista, la alianza con los campesinos y las capas medias se considera como condición esencial para la transformación democrática de la sociedad italiana, sobre la base de la realización de la Constitución, para abrir el camino al socialismo.

Se considera que tal alianza no será quebrada porque, en las nuevas condiciones objetivas en las cuales es posible construir el socialismo, con los mismos instrumentos que se han creado en la sociedad capitalista, será posible y conveniente económicamente la conservación por un largo periodo de la pro-

riedad privada campesina, artesana e incluso de los pequeños capitalistas.

A juicio de la corriente marxista más consecuente y políticamente activa, se niega la posibilidad de transformaciones espontáneas del capitalismo y que el capitalismo pueda asegurar a la humanidad un porvenir feliz, lo cual se combate como afirmaciones reformistas. Al mismo tiempo el movimiento socialista italiano tiene en cuenta los fenómenos nuevos que se han verificado y acentuado o están aún en curso, para

comprender mejor la realidad y actuar mejor en la lucha por la transformación socialista de la sociedad, obteniendo la adhesión al socialismo de todos los estratos explotados por el capital monopolista, para que las capas trabajadoras bajo la guía de la clase obrera conquisten unidas el poder, es decir, el Estado, condición necesaria para construir el socialismo y la nueva sociedad en la democracia, en la paz y la libertad, para asegurar a los hombres el bienestar y el progreso social.



SOBRE LOS ORIGENES DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

C. B. Mcpherson, *La théorie politique de l'individualisme possessif, de Hobbes à Locke*, París, Gallimard, 1971.

Según C. B. Mcpherson, la teoría y la práctica política inglesa del siglo xvii se hallan en el origen de los principios que servirían de fundamento a la democracia liberal. Los derechos del individuo alimentarán la lucha práctica e inspirarán sus justificaciones teóricas. El individualismo del siglo xvii zapó la tradición cristiana de la ley natural. Pero se trataba de un individualismo esencialmente posesivo, que constituye la afirmación de una propiedad: en el siglo xvii, la sociedad se halla reducida al conjunto de individuos libres e iguales, ligados los unos a los otros en tanto que propietarios de sus capacidades y de lo que el ejercicio de éstas les ha permitido adquirir. Dicho de otra manera, la sociedad se halla reducida a las relaciones de cambio entre propietarios. Y la sociedad política no es más que el artificio destinado a proteger a la sociedad económica y a mantener el orden de las relaciones de cambio. Los presupuestos fundados en la noción de propiedad (libertad, derechos, obligaciones y justicia) encarnan el concepto de posesión y corresponden en

sustancia a las relaciones reales que había establecido la economía de mercado.

En el siglo xix, el desarrollo de la economía de mercado barrió con ciertas condiciones que habían permitido deducir una teoría liberal a partir de esos presupuestos, pero no entrañó la desaparición de estos últimos y la sociedad continuó conformándose estrechamente a ellos. E incluso actualmente no los hemos abandonado ni los abandonaremos (pese a las modificaciones y cambios introducidos ideológica y prácticamente en la doctrina democrática y liberal fundada en esos presupuestos) mientras la sociedad se halle sometida a una economía de mercado.

Además, los presupuestos de orden social sobre los cuales reposa el liberalismo democrático jamás han sido plenamente identificados. Quizá esta es la razón por la que jamás les hemos prestado la atención que merecen. En consecuencia, casi siempre han sido formulados a mitad o aceptados como implícitos en las diferentes interpretaciones que se han hecho de la teoría liberal. Actualmente es, pues, necesario redescubrir esos principios, en los que parece fundarse el orden social existente. Hasta aquí Mcpherson.¹

¹ C. B. Mcpherson, *La théorie politique de l'individualisme possessif, de Hobbes à Locke*, París, Gallimard, 1971.

Es verdad que el pensamiento político inglés manifiesta una notable unidad del siglo xvii al siglo xx. Desde Hobbes (teoría de los derechos y las obligaciones en el régimen de mercado) y Locke (teoría política de la apropiación) hasta John Stuart Mill (gradación de los valores eudemónicos), pasando por los niveladores (el sufragio universal fundado en el privilegio del nacimiento o en la igualdad natural de todos los ingleses, exceptuados, por supuesto, los sirvientes y los indigentes), Harrington (principio general del equilibrio o teoría de la balanza) y Bentham (quien consideraba que, en sus relaciones políticas, el hombre es siempre el frío calculador de sus propios intereses y que, en consecuencia, debe ser tratado en tanto que tal), todos los pensadores ingleses traducen una notable unidad. En gran medida, esto se debe al hecho de que todas esas teorías y creencias tienen la misma base: conciben al individuo en tanto que afirmación de una propiedad, en tanto que propietario de sí mismo, se fundan en aquello que Mcpherson llama el "individualismo posesivo", es decir, "la tendencia a considerar que el individuo no es, de ninguna manera, deudor para con la sociedad en lo que concierne a su propia persona o a sus capacidades, de las que, al contrario, él es el propietario exclusivo por esencia".²

Aunque haya sido considerado como una perversión de los propósitos fundamentales de la tradición liberal anterior, es cierto que el utilitarismo de los siglos xviii y xix en el fondo no es más que una afirmación de los principios individualistas elaborados en el siglo xvii. En consecuencia, es posible afirmar que el edificio construido por Bentham está edificado sobre los fundamentos establecidos por Hobbes, como lo confirmó, entre otras cosas, la generalización de la economía de mercado a partir del siglo xix.

Pero, por otra parte, también es cierto que la teoría y la práctica del pensamiento

político inglés presentan numerosas contradicciones que ha soportado como un defecto la doctrina democrática y liberal desde sus inicios. De la misma manera que, en sus orígenes, el pensamiento democrático y liberal excluye del derecho al sufragio a los sirvientes y a los indigentes, en la época de la generalización de la economía de mercado, ésta excluye de muchos otros derechos a todos aquellos que no son ciudadanos ingleses. Así, tanto por sus fundamentos, como por su propia práctica, la unidad del pensamiento democrático se vuelve muy relativa.

Pero, las exclusiones y omisiones hechas por el pensamiento liberal, ¿constituyen verdaderamente una contradicción con el cuerpo de la doctrina liberal y democrática? ¿O se trata simplemente de presupuestos que no han sido enteramente identificados y que, por el hecho de no haber sido enteramente formulados o por haber sido aceptados implícitamente en las diferentes interpretaciones que se han hecho de la doctrina liberal y democrática, nos llevan a creer equivocadamente que existen ciertas contradicciones en los fundamentos de la doctrina y en la aplicación práctica de la misma?

Si se toman en consideración, tanto el carácter específico del "individualismo posesivo", como la historicidad de las exclusiones, omisiones y presupuestos no siempre claros de la doctrina democrática y liberal, es posible que, a fin de cuentas, no exista ninguna contradicción entre los presupuestos de esta doctrina y la práctica política que se desprende de la misma. En última instancia, el "individualismo posesivo" siempre ha sido practicado tal como fue comprendido e interpretado por el pensamiento político inglés del siglo xvii. Pero en la medida en que esos presupuestos siguen constituyendo el fundamento teórico de esta doctrina, tal como se presenta actualmente en todo el mundo, es preciso destacar esas omisiones, exclusiones y presupuestos no siempre claros, a fin de confrontarlos con la práctica política contem-

² *Ibid.*, p. 13.

poránea, de ninguna manera para intentar realizar una inútil demostración del desapego de esta práctica a la doctrina, sino para destacar algunas de las transformaciones operadas en la práctica política que se reclama de la doctrina democrática y liberal.

En esta forma, podemos afirmar que, hasta cierto punto, la unidad del pensamiento político inglés es solamente válida en el interior de la sociedad inglesa. Pero tanto la significación teórica como el significado práctico de la doctrina democrática y liberal acusan sensibles variaciones y modificaciones en el curso de los últimos cuatro siglos. Y esto no obstante que, por el hecho de seguir viviendo en una sociedad sometida a una economía de mercado, no hayamos podido abandonar esos presupuestos, ya que ni el pensamiento político ni su práctica correspondiente son estáticos.

Además, la doctrina democrática también ha sido sometida a numerosas y diversas interpretaciones que, confrontadas entre sí, dan resultados si no radicalmente opuestos, por lo menos contradictorios. Y esto sin que, en ciertas ocasiones, sea necesario ir más allá del ámbito de un país (el sufragio fundado en el derecho de nacimiento en Inglaterra) o de los límites de una época (la generalización de la economía de mercado en el siglo XIX).

En poco menos de cuatro siglos, la teoría democrática y liberal ha sido sometida a tal cantidad de ajustes, cambios e interpretaciones (incluso en los tres países que, de acuerdo con Barrington Moore, constituyen la cuna de la sociedad liberal y democrática moderna³), que según la manera como sean enfocadas, actualmente la teoría y la práctica del pensamiento democrático no siempre coinciden enteramente con los fundamentos de la doctrina democrática.

Teóricamente, la doctrina liberal mantiene una cierta unidad, incluso confrontada con la práctica política en la que se traduce. Pero, hoy en día, las necesidades ideo-

lógicas parecen haber agudizado las contradicciones entre práctica política y los fundamentos de la doctrina.

Sometidos a modificaciones sustanciales en la cuna de la sociedad democrática moderna, los principios del liberalismo democrático han sido modificados todavía más en los países que fueron asimilados por la economía de mercado en los últimos dos siglos. Así, las clases dominantes de las naciones teóricamente constituidas, en particular en América Latina, en el curso del siglo XIX, se han limitado a reproducir, de acuerdo a las necesidades propias del desarrollo de sus economías, las diferentes interpretaciones dadas a la idea de democracia por las exigencias que plantea el desarrollo histórico al pensamiento político que domina en Europa y en los Estados Unidos desde el siglo XVII y XVIII respectivamente. Adaptado a realidades sociales radicalmente diferentes de la realidad social europea y norteamericana, el ideal democrático ha sido teórica y prácticamente deformado. Y la razón (o la causa) de esta deformación no es difícil hallarla, puesto que la democracia no se establece ni se impone por decreto: es el producto específico del desarrollo de condiciones sociales que, en un momento dado, la hicieron posible. Más aún: es el producto de condiciones que la hicieron propia naturalmente, como ocurrió en Inglaterra, donde, tal vez a causa de esto, el pensamiento político manifiesta una notable coherencia y continuidad *internas* del siglo XVII al siglo XX, no obstante las modificaciones introducidas en el pensamiento político por razones de práctica económica de una potencia colonial. Es verdad que hay otros países en los que esta misma coherencia y continuidad se expresan de manera similar (Francia y Estados Unidos), pero en estos países la democracia también es producto de un desarrollo histórico *hasta cierto punto* similar al de Inglaterra (no obstante la desventaja que representó para Francia la supremacía de Inglaterra en tanto que potencia colonial primero y, poste-

³ Barrington Moore, *Les origines sociales de la dictature et de la démocratie*, Paris, Maspero, 1969.

riormente, industrial⁴) y no el producto de caprichos o decretos que pretenden reproducir o adaptar mecánicamente los resultados de un desarrollo social históricamente particularizado.

En la medida en la que, en un momento dado de su desarrollo histórico, otros países crearon las condiciones de posibilidad para la introducción de los principios democráticos de la sociedad inglesa (o sus hermanas gemelas, la francesa y la norteamericana), la adopción o la reproducción (puesto que ya no podía tratarse del producto natural de un desarrollo histórico libre de influencias o presiones) de los principios democráticos fue posible hipotéticamente. Pero en la medida en que el desarrollo histórico de Inglaterra, Francia y Estados Unidos impidió o, por lo menos, limitó la adopción íntegra de una teoría y una práctica políticas similares a las suyas (sistemas coloniales, guerras de conquista y agresión, libre cambismo, etc.), la reproducción de éstas en los países que no habían alcanzado el desarrollo histórico que, eventualmente, podía servirles de base para el ejercicio de esta teoría y esta práctica política, se vio reducida a una simple imitación, cuyos resultados prácticos de ninguna manera pueden ser comparables a los resultados de la práctica política en los países donde el ideal democrático fue la consecuencia natural del nacimiento de la economía de mercado.

Es verdad que la introducción y el desarrollo de la economía de mercado en algunos de esos países les permitiría reclamarse continuadores de la tradición democrática, pero esto no bastaba para que hubiesen podido insertarse dentro de esta tradición sin alterar considerablemente su significación original, viéndose limitados a reproducir sólo de manera parcial su práctica política correspondiente. El pensamiento político engendrado por la sociedad inglesa del siglo xvii es un producto específico del grado de desarrollo alcanzado por esta sociedad, y es válido (o practicable) únicamente en el in-

terior de ella misma: el pensamiento político inglés conoce los límites que le imponen las fronteras de Inglaterra en tanto que potencia colonial; sus colonias y rivales (las demás potencias europeas) reciben el trato democrático que les impone el grado de desarrollo alcanzado;⁵ la India será miembro de la Commonwealth, pero no por esto los hindúes perderán su condición de ciudadanos de segunda categoría. La Francia republicana pondrá en práctica los mismos principios aplicados por Inglaterra en las relaciones con sus colonias: los derechos del ciudadano serán válidos para los franceses, pero Toussaint Louverture no podrá dispensarse el derecho de transformar Haití en república independiente. Y los Estados Unidos no solamente han continuado la práctica colonial iniciada por Inglaterra, Francia y las demás potencias europeas, sino que la han perfeccionado en extremo, transformando los principios democráticos en bagaje ideológico al servicio de una minoría cada vez más refractaria a la práctica democrática, incluso en el interior de los propios Estados Unidos. Y esto sin tomar en consideración los criterios políticos que han llevado a guerras de agresión como las de Indochina.

Por sus fundamentos, la democracia liberal responde a la aparición de relaciones sociales que, desde entonces, no han dejado de reproducirse incesantemente y que de *ninguna manera pueden ser reinventadas*. En otros términos, el individualismo burgués original y la posterior generalización de la economía de mercado no pueden reaparecer: son un hecho histórico que remonta a la Inglaterra del siglo xvii y su surgimiento original hace imposible un surgimiento que de ninguna manera sería tal. Así, la democracia liberal moderna sólo relativamente puede ser considerada como la heredera del pensamiento político inglés del siglo xvii en los países donde el desarrollo histórico ha sido influido y condicionado en gran medida por el desarrollo del mercado capitalista

⁴ E. J. Hobsbawm, *L'ère des révolutions*, Paris, Fayard, 1969.

⁵ *Ibid*, Cap. II, pp. 41 a 72.

a escala mundial y, en consecuencia, por los valores políticos engendrados por este desarrollo. Además, estos países poseen una especificidad que, teóricamente por lo menos, los diferencia, aunque no radicalmente, de los países que, según Barrington Moore, constituyen la cuna de la democracia liberal. Por su parte, C. B. Mcpherson considera que, independientemente de su relativa vigencia histórica, los fundamentos de la doctrina democrática liberal presentan contradicciones que se desprenden de los presupuestos de orden social que es preciso someter a una crítica radical, tarea que en parte ya ha sido llevada a cabo por el propio Mcpherson.

Por otra parte, la economía de mercado y la doctrina democrática no se generalizaron sin que de una u otra manera pronto hubiesen sido puestas en tela de duda. En la primera mitad del siglo XIX, la idea de democracia comenzó a ser sistemáticamente sometida a una crítica radical por el pensamiento político revolucionario, que desde entonces enarboló una nueva fórmula de democracia, según la cual es preciso afirmar al ser social por oposición al "individualismo posesivo" de la sociedad regida por una economía de mercado. Y no obstante que, hasta el presente, la práctica política revolucionaria haya quebrantado sólo relativamente la idea de democracia en tanto que afirmación del "individualismo posesivo", teóricamente ésta ha sido superada. Pero, tanto teórica como prácticamente, tal vez la contradicción más patente entre el ideal democrático y la práctica política de la sociedad liberal moderna es puesta al descubierto cuando se establece una comparación entre sus presupuestos de orden social y la expresión económica por excelencia del capitalismo contemporáneo: en tanto que afirmación del "individualismo posesivo", la misma propiedad privada se halla amenazada por el capital monopolista, en la medida en que éste constituye una total negación del "individualismo posesivo" ligado a la propiedad privada.

En estas condiciones, es preciso redescu-

brir no solamente los presupuestos y la significación original de la teoría democrática, sino confrontar ambos con la significación (teórica y práctica) que pueden tener actualmente, tanto para el pensamiento político burgués (que reivindica como suyo —indistinta e indiferenciadamente— el patrimonio de la idea original de democracia), como para el pensamiento político que, proclamándose revolucionario, se opone a la práctica política burguesa al mismo tiempo que se erige en defensor de los principios democráticos, reproduciendo así la fusión que dio origen a la socialdemocracia: "A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se les despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista".⁶

Julián Meza

AUTOCRITICA DE ALTHUSSER

I

En junio y julio de 1972 Louis Althusser escribió una serie de reflexiones sobre su propia filosofía. Estas reflexiones tienen la finalidad de aportar los primeros elementos para una crítica radical de sus propias "desviaciones teoricitas" contenidas en *La revolución teórica de Marx*, que recoge ensayos escritos entre 1960 y 1965, y en *Para leer El Capital*, publicado en 1965. Una parte de estas reflexiones fueron incluidas en *Para una crítica de la práctica teórica* (1973) y otra parte en *Éléments d'autocritique* (Ed. Hachette, París, 1974).

En realidad, la autocritica de Althusser es al mismo tiempo una crítica demoleadora al "althusserianismo". ¿Quién es "althusseriano"? "Althusseriano" es aquel que aplica un método general (la estructura sobre-

determinada) a los datos sobre lo social para ordenarlos y transformarlos en "conocimiento científico" (materialismo histórico). "Althusserianismo" significa idealismo: la creencia en un método general de producción del conocimiento científico en general, método general que supuestamente fundaría a la ciencia y que por ello sería anterior y exterior a la ciencia. Idealismo que ha penetrado profundamente en el pensamiento marxista y que se expresa en la tesis siguiente: el materialismo-dialéctico (método general, filosófico) funda al materialismo-histórico (ciencia de lo social). "Althusserianismo" es una forma del idealismo ("teoricismo"), es decir, una forma de método general: la "estructura sobredeterminada", que funciona como "teoría del conocimiento". "Althusserianismo" es una de las formas que asume el pensamiento marxista que todavía no puede "desprenderse de la trampa de las trampas: la idea y el programa de una *teoría del conocimiento*, pieza maestra de la filosofía burguesa clásica, aún dominante" (*Eléments*, p. 37).

Althusser se acusa de haber caído en el "racionalismo-especulativo", pecado mortal de toda filosofía, que consiste en concebir a la filosofía como si fuera una ciencia; la ciencia de cómo se produce la ciencia ("Teoría de la práctica teórica"). Esta ciencia de la producción de las ciencias tendría como misión construir un instrumento capaz de cumplir las tres funciones siguientes: 1) servir como criterio para *distinguir* y *separar* el conocimiento científico del conocimiento no-científico (ideológico); 2) servir como instrumento para *transformar* el conocimiento ideológico en conocimiento científico; 3) servir como prueba para *garantizar* que el conocimiento así transformado es efectivamente un conocimiento científico. Para Althusser estas tres funciones eran cumplidas a la perfección, por primera vez en la filosofía marxista, por la "estructura sobredeterminada".

Pero al releer a Spinoza, Althusser se da cuenta que había caído en la trampa de las trampas. Spinoza, al igual que Feuerbach casi doscientos años más tarde, demuestra que la idea de una ciencia creadora origina-

ria de las ciencias (conocimientos científicos del universo) es tan ilusoria como la idea de un ser creador originario del universo. Pero también demuestra que esta ilusión es provocada por una necesidad política, y que por lo tanto la ilusión tiene efectos prácticos sobre el comportamiento de los individuos en la sociedad. Spinoza descubre la primacía de la política sobre la religión y la filosofía.

Habiendo disipado la ilusión de un método general "trascendente" (más allá de las ciencias, Spinoza establece una concepción "inmanente" de las ciencias, asentando la tesis siguiente: "lo verdadero se indica a sí mismo e indica lo falso". En otras palabras, sólo la ciencia *concreta* es capaz de distinguir si un conocimiento *concreto* perteneciente a su dominio es científico o no lo es; sólo la ciencia *concreta* es capaz de producir conocimientos científicos concretos: quien quiera producir conocimientos concretos tiene que asimilar la ciencia *concreta*; no hay métodos generales, sencillos y cortos, que sustituyan a las ciencias, difíciles y largas. La "estructura sobredeterminada", al igual que todo "método dialéctico", es una supervivencia idealista en el marxismo, una ilusión piadosa que pretende ayudar al marxista a hablar de la política y de la sociedad, es decir, a opinar sobre la lucha de clases y a tomar partido, dispensándolo del estudio largo y difícil de la ciencia social.

Lenin entiende esto con absoluta claridad. Al método general especulativo opone el método concreto de análisis de la sociedad (*El Capital*), y no cesa de criticar durante toda su vida a aquellos que quieren ahorrarse el trabajo de aprender *El Capital* y de aplicarlo a situaciones concretas, conformándose con hablar de generalidades. Es decir: al criterio de verdad, absoluto y especulativo, Lenin opone el criterio de la práctica científica.

II

Ahora bien, ¿qué queda de la filosofía (ciencia de las ciencias, esto es, método general, esto es, Teoría de la práctica teórica) cuando se ha desvanecido su "teoría del conocimiento"? Nada. Es preciso cambiar de te-

reno. Si la filosofía, así como la religión, es producida por la política para tener efectos sobre la política, no podremos entender a la filosofía a partir de la filosofía misma. La crítica de una filosofía por otra filosofía no puede sino girar en torno a ilusiones filosóficas. La crítica de un "método dialéctico" por otro "método dialéctico" es la crítica de una ilusión por otra ilusión. Por lo tanto, para hacer una crítica materialista de la filosofía es necesario salir del terreno de la filosofía y situarse en el terreno de la política, es decir, de la lucha de clases, que es quien determina su existencia y su proceder. No es el "método dialéctico" (filosofía) el que puede explicar al materialismo-histórico (ciencia de la lucha de clases). Al contrario: es el materialismo-histórico, aplicado al análisis concreto de una situación concreta, el que puede explicarnos cómo una filosofía es expresión de la lucha de clases y cómo una filosofía se *ajusta* o no a los intereses objetivos de una clase. Así, la filosofía marxista *en general* no existe. Existen sólo *interpretaciones* particulares y concretas que se *ajustan* o no se ajustan a los intereses y las necesidades objetivas de la clase proletaria en su lucha contra la clase capitalista en un momento concreto y determinado. No se puede juzgar a una filosofía como se juzga a un conocimiento científico: diciendo que es "verdadero" o que es "erróneo", porque la filosofía no es ciencia sino expresión teórica de la lucha de clases, lucha de clases ideológica. De una filosofía sólo puede decirse que es *justa* o no, según que se ajuste o no a la coyuntura concreta de la lucha de clases. No puede hablarse de "errores" en la filosofía, sino sólo de desajustes, de "desviaciones". El teorismo no es un error sino una desviación que tiene efectos políticos, es decir, que es una desviación en última instancia política.

Por todo esto, la función de la filosofía no es producir conceptos científicos, sino

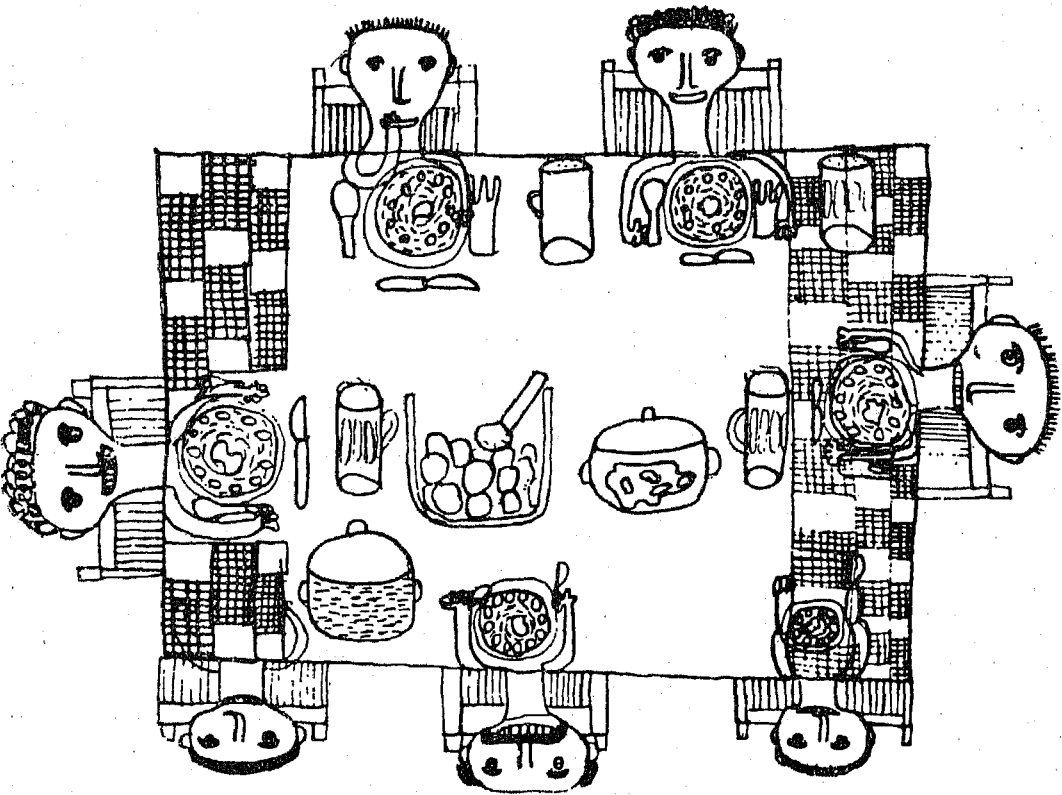
enunciar tesis filosóficas que se ajusten a los intereses y necesidades de una clase y que produzcan efectos de lucha ideológica contra las otras clases. Una filosofía es un sistema de *posiciones* (tesis) de combate ideológico. Es por eso que "en filosofía no se puede pensar (...) más que en forma de metáforas", como lo es, en la filosofía idealista, la metáfora de la relación entre un Sujeto *en general* y un Objeto *en general* para producir el Conocimiento *en general* por medio del Método *en general*: metáfora, pues en la realidad concreta sólo existen sujetos, objetos, conocimientos y métodos particulares y concretos. Metáfora de metáforas, pues sobre ella se construyen las filosofías. Filosofías: construcciones de metáforas, es decir, de tesis filosóficas, es decir, de posiciones de combate en la lucha de clases ideológica.

III

Elementos de autocrítica: "Al hacer esto (al pensar la filosofía como si fuera una ciencia), fui arrastrado hacia una interpretación *racionalista* de la 'ruptura', oponiendo la *verdad* al *error* bajo la forma de la oposición especulativa de "la" ciencia y de "la" ideología en general, donde el antagonismo entre el marxismo y la ideología burguesa no era sino un caso particular (...) De esta escena racionalista-especulativa la lucha de clases estaba prácticamente ausente. Todos los efectos de mi teorismo resultan de esta reducción y de esta interpretación racionalista-especulativa".

Autocrítica que es la crítica más radical que se haya jamás hecho a Althusser y al "althusserianismo". Los dos filósofos marxistas de este siglo, posteriores a Lenin, que más influencia han tenido sobre el marxismo occidental, son ahora célebres por sus autocríticas: Georg Lukàcs y Louis Althusser.

Raúl Olmedo



JUAN PABLOS EDITOR, S. A.
Mexicali 39, Col. Condesa, Tel.: 5-25-06-61



DE PROXIMA APARICION

**El Libro fundamental para el conocimiento de la polémica
de las izquierdas en México:**

**CARDENAS Y LA
IZQUIERDA MEXICANA**

de
Guadalupe Pacheco Méndez y Arturo Anguiano Orozco

**Con entrevistas a Miguel Velasco, Valentín Campa y José Revueltas.
Documentos y situaciones.**

EN PRENSA

- * Abraham Leon, *La concepción materialista de la cuestión judía.*
- * Max Stirner, *El único y su propiedad*
- * Karl Polanyi, *La gran transformación*



NOVEDADES Y REIMPRESIONES

Furtado, Celso:

Formación económica del Brasil
259 pp. \$60.00

Von Ranke, Leopold:

Historia de los papas
628 pp. \$150.00

Warren C., Howard:

Diccionario de psicología
383 pp. \$90.00

Wolff, Werner:

Introducción a la psicología
369 pp. \$50.00

García Riera, Emilio:

El cine y su público
64 pp. \$15.00

Varios autores (entrevistas
obtenidas por Rosa Castro):
La explosión humana
64 pp. \$15.00

Calvert, Peter:

Análisis de la revolución
373 pp. \$40.00

Barnet, R. J.:

Guerra perpetua
278 pp. \$40.00

Mendoza T., Vicente:

El corrido mexicano
465 pp. \$35.00

Azuela, Mariano:

Páginas autobiográficas
276 pp. \$20.00

De venta en las librerías del Fondo de Cultura Económica, en todas
buenas librerías y en las tiendas de autoservicio.



NOVEDADES

- CARPENTIER, A.**
Concierto barroco
96 pp. **\$ 50.00**
- COLL, J. O. de**
**La resistencia indígena ante la
conquista**
288 pp. + 5 desplegados **\$ 40.00**
- SILVA HERZOG, J.**
**Una historia de la Universidad
de México y sus problemas**
224 pp. **\$ 30.00**
- CROOME, D. y ROBINSON, J. N.**
**Iniciación a la teoría macroeconómica
(Curso universitario de economía)**
216 pp. **\$ 54.00**
- BRUNHOFF, S.**
La política monetaria
192 pp. **\$ 40.00**

**DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A. - Av. Cerro del Agua 248
MEXICO 20, D. F. - Tél.: 550-25-71**

EDICIONES ERA, S. A.



Avena 102, México 13, D. F. / ☒ Apartado postal 74-092, México 13, D. F. / ☎ 82-03-44

NOVEDADES

Obras de Isaac Deutscher:

Colección

El hombre y su tiempo

Trotsky, el profeta armado

\$ 75.00 / 492 pp. / 3a. ed.

Trotsky, el profeta desarmado

\$ 75.00 / 465 pp. / 3a. ed.

Trotsky, el profeta desterrado

\$ 75.00 / 482 pp. / 2a. ed.

Stalin. Biografía política

\$ 88.00 / 522 pp. / 3a. ed.

La Revolución inconclusa

\$ 38.00 / 136 pp. / 4a. ed.

Los sindicatos soviéticos

\$ 37.00 / 148 pp.

Rusia, China y Occidente

\$ 68.00 / 286 pp.

Serie Popular Era

El maoísmo y la Revolución Cultural China

\$ 12.00 / 96 pp.

La teoría leninista de la organización

\$ 14.00 / 95 pp. / 2a. ed.

Introducción a la teoría económica marxista

\$ 13.00 / 114 pp. / 2a. ed.

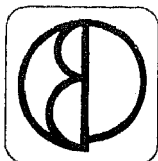
El dólar y la crisis del imperialismo

\$ 19.00 / 224 pp.

MOVIMIENTO OBRERO SINDICAL

1974

**Introducción - Documentos - Gráficas
(en prensa)**



Ediciones de Cultura Popular, S. A.

Filosofía y Letras 34

México, D. F.

Ediciones de Cultura Popular, S. A.



PUBLICACIONES RECIENTES Y TITULOS EN PREPARACION

BIBLIOTECA DEL MILITANTE

- 1 Ramón Danzós
*Desde la cárcel de Atlixco
Vida y lucha de un dirigente
campesino*
- 2 Manuel Díaz Ramírez
*Apuntes sobre el movimiento
obrero y campesino de México*
- 3 Mario Gill
*México y la Revolución de
Octubre*
- 4 Maurice Dobb
Argumentos sobre el socialismo

ECONOMIA

Jurgen Kuczynski
Breve historia de la economía

CLASICOS DEL MARXISMO

- Karl Kautsky
La cuestión agraria
- C. Marx y F. Engels
La ideología alemana
- F. Engels
*La situación de la clase obrera
en Inglaterra*
- V. I. Lenin
Lenin y la lucha armada. Antología

BIBLIOTECA MARX-ENGELS

- C. Marx
*Formaciones precapitalistas
(en prensa)*
- C. Marx
*Critica de la Filosofía del
Derecho de Hegel
(en prensa)*
- C. Marx, F. Engels, V. I. Lenin
*La moral comunista
(segunda edición)*